Camillo Berneri

Escritos

VII. Antifascismo

[Anarquismo en PDF]

CAMILLO BERNERI

ESCRITOS

(Tomo VII – Antifascismo)

[Anarquismo en PDF]

Edición: *La Congregación* **[Anarquismo en PDF]**

Traducción: Concetta

Portada: Hangagud

Rebellionem facere Aude!

ÍNDICE

MUSSOLINI GRAN ACTOR

Introducción 5

Capítulo I. La época de Mussolini 13

Capítulo II. El Barnum de los dioses 20

Capítulo III. El actor-director 28

Capítulo IV. El orador 32

Capítulo V. El mito del demiurgo 40

Capítulo VI. César Borgia 46

Capítulo VII. El superhombre 53

Conclusiones 63

FASCISMO. AUTORRETRATO DE UNA NACIÓN

El fascismo, la masa, los jefes 71

Consideraciones obsoletas 79

De la demagogia oratoria I 83

De la demagogia oratoria II 86

De la demagogia oratoria III 89

El gran constructor 92

MUSSOLINI A LA CONQUISTA DE LAS BALEARES

Introducción 95

Capítulo I. Monumentos, costumbres, paisajes 97

Capítulo II. El prestigio imperial 104

Capítulo III. Celos 117

Capítulo IV. La mirada del águila.....129
Capítulo V. Las Baleares: colonia mediterránea 136
Capítulo VI. Las herramientas de penetración.....141
Capítulo VII. Cómo avanza Roma.....145
Capítulo VIII. Dos hermanas latinas.....150
Capítulo IX. La ocupación italiana.....155
Conclusiones.....159
MUSSOLINI Y LA PRENSA ANTIFASCISTA.....161

MUSSOLINI GRAN ACTOR[1]

Introducción

UN ANTIFASCISTA ITALIANO invitado por un extranjero a expresar con sinceridad y serenidad su opinión sobre el valor de la personalidad política de Mussolini, se sentiría a menudo incómodo. Si niega al «Duce» una personalidad excepcional, rebaja a su país al rango de las naciones balcánicas, convirtiéndolo en una especie de México europeo; si reconoce que Mussolini es un gran hombre político, pero por otro lado critica su método de gobierno y el fascismo, puede correr el peligro de resbalar como el agua sobre el mármol, a poco que el extranjero curioso simpatice con «la mano dura», cuando la crea necesaria.

En los países donde la democracia parlamentaria y el liberalismo enseñan que «los negocios son los negocios» —donde la vida política se hace muy difícil, a causa de la alquimia minis-

[1] Para digitalizar este volumen hemos usado algunos extractos del libro de Stefano D'Errico, *Anarquismo y política. El «programa mínimo» de los libertarios del Tercer Milenio*. Para completar el texto hemos traducido desde el original encontrado en www.liberliber.it. Edición del Archivo de la Familia Berneri. Pistoia 1983. Escrito a principios de los años 30 y editado en España en 1934. [Editado y traducido por AEP. Traductora Concetta].

terial, las logomaquias académicas, los retrasos y complicaciones burocráticas, la vida administrativa de la nación que nos arruina, las artimañas y la corrupción—, existe una simpatía por el fascismo italiano, simpatía somera y con muchas reservas, pero viva y extendida. La nuestra es una época de dictaduras: Pilsudski en Polonia, Stalin en Rusia, Horthy en Hungría, Kemal en Turquía... Y hace poco, la dictadura de Primo de Rivera. En Alemania, Hitler gana terreno. ¿No es posible comparar a un Mussolini homeopático con un Tardieu cualquiera, que muchos franceses de la media e incluso pequeña burguesía, están esperando?

El antifascista italiano, consciente de esta ola de simpatía que el dictador de Roma se ha creado en ciertas capas de la opinión pública extranjera, que sabe nacida de la «gran prensa», debe exagerar; está obligado a desprestigiar al mito y cubrirlo de barro, es decir, no sólo rebajarlo hasta reducir la personalidad de Mussolini a una pura nulidad, sino también presentarlo como un monstruo de maldad política. A veces esto es un artificio propagandístico, pero más a menudo es una tendencia instintiva, un exceso espontáneo por espíritu de lucha. En este último caso, al que habla le sorprende la realidad de la demostración que tiene que interpretar y describir. Esta dictadura le parece absurda e imposible en un país no inferior al más civilizado; y para escapar a esta íntima vergüenza trata de cargar las tintas del retrato moral de Mussolini y del movimiento fascista, o culpar a los líderes de los diversos movimientos políticos y sindicales derrotados, reprochándoles no haber sabido «hacer como Mussolini». De hecho, es una reacción habitual de perdedores señalar la causa de la victoria del enemigo en su traición o en su crueldad y, en los momentos de mayor desesperación, por confiar en la cobardía y la estupidez de sus generales. Se han acumulado sobre la figura de Mussolini todo un conjunto de preocupaciones, pasiones, prejuicios, malentendidos,

intereses, tantas alteraciones, que la han deformado de diversas maneras, a veces opuestas.

Así, el biógrafo honesto debe trabajar con el hacha en este bosque virgen de anécdotas tan ingeniosamente inventadas que parecen reales, o tan monstruosamente ciertas que parecen falsas, o tan groseramente exageradas que parecen mentira, aunque sean sustancialmente verdad. ¿Cómo puede orientarse ese biógrafo si no es observando bien y teniendo constantemente presente las líneas básicas, el perfil, por así decir, de la psicología de Mussolini? Este texto, más psicológico que histórico-político, trata de responder a la pregunta: ¿es Mussolini un gran hombre político? Y la respuesta es sí. Pero añade y explica que para ser un gran hombre político, es necesario ser un gran *actor*. El argumento no es original: nuestro personaje ya ha sido juzgado gran actor por muchas personalidades del mundo literario, científico y político. Si H. G. Wells ha visto en Mussolini un «vulgar actor popular», el profesor G. Salvemini, el historiador del fascismo italiano, lo ha llamado «un comediante increíble», y su mejor biógrafo antifascista, Alceste De Ambris, dice de Mussolini: «Como histrión es un verdadero genio». Podría recoger muchos juicios similares a los citados, pero aunque estos juicios contribuyen a perfilar la figura de Mussolini, es necesario pintarla, colocarla en una atmósfera: la psicosis de un pueblo.

No pretendo haber hecho una obra literariamente brillante e históricamente completa, pero espero haber hecho un trabajo útil. Me atrevo a creer que los lectores no italianos encontrarán en estas páginas un poco de luz para la comprensión del fenómeno fascista-mussoliniano.

Esto, en mi opinión, no puede sino contribuir a desarrollar un odio hacia el régimen de la dictadura, cualquiera que sea el color y cual sea el cielo bajo el cual se corrompe y oprime.

Mussolini es un gran hombre político porque es un gran actor. ¿Se puede ser un hombre político sin ser un actor? Creo que no. La política no es la actividad plenamente entendida y

descrita en la cínica definición de Talleyrand («Un modo seguro de sacudir al pueblo antes de usarlo»). La base de la suerte del hombre político que llega al poder, en el marco de un partido o de un régimen, fue, es y será siempre la del tribuno, el periodista, el estratega.

El hombre político no es el pensador-escritor político. Este último, o es un utópico, del cual se puede repetir lo que Luciano dijo de Platón: *él es el único habitante de la ciudad*, o es el intérprete de la historia (Gobineau), o es el apóstol-profeta (Mazzini), o es el poeta (Carlyle, Victor Hugo). La arbitrariedad de las construcciones ideales del utópico está justificada por la función del mito; la interpretación de los acontecimientos humanos es fructífera como canon metodológico; el apostolado del profeta puede ayudar a crear situaciones históricas de gran importancia y nos da figuras ejemplares de «maestros de la vida». La idealización historiográfica ensalza el valor estético y ético de los esfuerzos del hombre por modificar la fría y unilateral interpretación materialista. Pero el utópico nunca será un hombre político, en el sentido de que nunca será un vencedor en la realidad contemporánea. Podrá crear una secta, desatar una agitación, dejar discípulos devotos y entusiastas, pero su destino es escribir en la penumbra de una prisión, como Campanella, ser quemado en una hoguera como Bruno, consumir su vida en luchas continuas, durante las cuales el éxito será breve y le seguirá una rápida caída. El utópico enciende en el cielo la estrella de la dignidad humana, pero navega en un mar sin puertos. Su naturaleza psíquica es la del místico, su ingenuidad es la del verdadero poeta; está fuera del tiempo, vuelto a un pasado muy remoto y desconectado y ciego a un posible futuro. El utópico puede arribar a la ciudad histórica, pero no puede conquistarla. En cualquier momento, Florencia matará a Savonarola.

El apóstol-poeta es Mazzini[2], que es el poeta de su utopía, que vive en la lucha política como la superstición quiere que la salamandra viva en el fuego. Él habita el presente con el recuerdo del pasado más bello y con el sueño de un futuro mejor. Estos recuerdos y estos sueños se dan a los cándidos para que no caigan en el compromiso, para saciar al demonio de la seducción, de la vanidad y la ambición personal. La voz del apóstol-poeta es siempre correcta, porque siempre es sincera. Pero su destino es el mismo que el del utópico. Tendrá que pasar de los *Deberes del hombre* a la República romana, pero será derrotado. Mazzini, la incansable araña de conspiraciones y traslados, vive casi toda su vida en el exilio y muere bajo un nombre falso, escondido en la Italia unificada bajo la monarquía piamontesa. Sin embargo, su voz sigue siendo un pilar de fuego: ha sido oída hasta en la India, y ahora regresa desde Oriente. En cambio ¿qué es lo que ha dicho Cavour? Casi nada. ¿Qué ha dicho Bismarck? Casi nada. Mientras vive, el apóstol-profeta es una Biblia andante, un Cristo que sigue predicando después de muerto. Sus errores son mínimos, porque la verdad eterna le abraza con sus rayos. El apóstol-profeta escribe páginas que no mueren. Va más allá de su tiempo, habla a todos los hombres de la tierra. Es vencedor porque ha sido vencido. No es el hombre político sino el hombre de la polis: el hombre que vive y está dispuesto a morir por ella. No es Alcibíades sino Sócrates. Trabaja en el presente, pero piensa en el futuro; ve a los ciudadanos, pero no se olvida del *hombre*; es el tribuno pero no el retórico; puede ser hombre de Estado, pero a la caída de la República, irá, como iba Mazzini por las calles de Roma en 1849, a buscar la muerte.

El intérprete de la historia está destinado a engañarse en sus profecías, como el utópico. De Gobineau, escribiendo a Tocqueville, le predijo: «Cortar el istmo de Suez será fatal para Occi-

[2] Giuseppe Mazzini (1805-1872), político, periodista y activista italiano que bregó por la unificación de Italia. [N. de la T.]

dente ya que todos los beneficios irán a Grecia, Marsella y Burdeos se arruinarán, Inglaterra se arruinará económicamente y comercialmente en la India, en beneficio de los indios que se volverán ricos». En 1851, en Berna, predecirá el fin inminente de Suiza frente a Austria. En ese mismo año, en un viaje por el Piamonte, esperará la abdicación de Víctor Manuel II en favor del Duque de Génova y el regreso de la alianza de la casa de Saboya con Austria, porque la nueva política comercial de Cavour podría arruinar la industria local, para el beneficio de Génova y de Inglaterra. En su opinión, todo el problema era saber si sería Inglaterra o Austria quien dominaría a Italia, y veía a Rusia ayudar a Austria a construir una potencia más grande que la soñada por Carlos V. Y se podría continuar si no bastase todo esto para demostrar que Gobineau era «présbita» como dice Romain Rolland. Tocqueville, menos genial que Gobineau, vio con mayor claridad el presente y el futuro, por eso no hacía profecías demasiado a menudo. Tocqueville entendió que la política es historia, es decir, un conjunto de sucesos dominado por leyes que no se conocen, asumiendo la concepción determinista, o compuesta por una cadena de circunstancias que tienen un sinfín de posibilidades de determinación.

La mentalidad política se muestra incapaz de predecir. Cavour, en 1859, no podía creer en una Italia unida. Cuando vemos a George Sorel escribir en una nota a la edición de 1912 de su *Reflexiones sobre la violencia*: «La hipótesis de una gran guerra europea parece poco verosímil en el momento actual», esto no sorprende, ya que a muchos ministros de asuntos exteriores les tomará totalmente por sorpresa el estallido de la primera guerra mundial, y muchos políticos, «grandes hombres» de las Potencias Centrales y de la Entente demostrarán durante el curso de la guerra no haber entendido nada de lo que iba a suceder. Y no hablemos de la suprema estupidez de la Paz de Versalles.

Toda la historia ha demostrado que los hombres políticos no hacen mejores predicciones —cuando no las hacen peores— que los hombres comunes. Es raro que los hechos nos den la razón. Sucede casi siempre que los encajen con mucha habilidad en los hechos imaginados, para demostrar al público que son dueños de la situación. De los hombres políticos se puede decir lo que Renan dijo de los «grandes hombres» de la Revolución Francesa: «Esos hombres no fueron grandes, eran sólo los trabajadores de un gran tiempo». El hombre político está ligado al momento histórico en el que vive. La gloria de Napoleón es inconcebible sin la Revolución francesa; la grandeza de Kant, de Goethe y Beethoven está por encima y más allá de los acontecimientos de la época napoleónica.

La suerte de Napoleón dependió principalmente de su oportunismo y del azar. ¿No dijo de sí mismo que era una criatura de las circunstancias? Y para él valen también las afirmaciones de Thiers, que era un buen juez en el tema: «Los hombres de principios están libres del poder». Por casualidad, Napoleón fue nombrado por la Convención Nacional comandante en jefe de la guarnición de París, y marchó contra los jacobinos, entre los que militó durante un tiempo, lo que le permitió vencer. Es también gracias a su «ojo de águila» que Bonaparte pudo convertirse en Napoleón. Enviado a comandar la armada de Italia, domina a los generales, mal dispuestos hacia él, desde el primer encuentro. Hay muchas páginas de sus contemporáneos sobre su *savoir faire* con los soldados, los oficiales, los ministros. ¡Cuántas de sus actitudes, sus gestos, sus miradas han sido importantes en su personalidad *histórica*! Un hecho lo demuestra: es uno de los personajes de la historia que ha sido más fácil de llevar a escena. Talma, que lo conoció como simple oficial y lo frecuentó asiduamente cuando fue general, cónsul y emperador, dejó escrito en sus memorias que, habiéndolo observado en circunstancias especiales y muy importantes, su mímica y su acento necesitaban lecciones. Añade que vio «el

verdadero rostro» de quien se consideraba genial y el mejor de la historia. A Emerson no se le escapó esta preeminente naturaleza de actor en Napoleón, y, según este profundo escritor, Bonaparte fue un héroe vulgar, es decir, el héroe del «hombre de la calle» que halló en sí mismo las cualidades y los impulsos de los otros hombres de la calle.

La inmensa popularidad es la marca de la grandeza política: una marca que acerca al hombre político, al actor trágico y cómico, al bailarín, al gran banquero. El hombre político es un monstruo que consigue imponerse gracias a una sola cualidad: la elocuencia, o el brío periodístico, o el coraje, etc... Leopardi, el poeta-filósofo, se plantea el problema de la verdadera magnitud de los *héroes* y concluye que éstos se encumbran principalmente «en virtud de la preponderancia de alguna de sus cualidades sobre las otras». En efecto, mientras que el *genio* no se rebaja a los tipos inferiores, el *héroe* puede acercarse a ellos; el pirata le pudo decir a Alejandro Magno: «Tú haces a lo grande lo que yo hago en pequeño». El vendedor ambulante de las ferias no está muy lejos del gran parlamentario. El sordo Beethoven sigue siendo Beethoven, Lloyd George sin voz está jodido. El hombre político, por tanto, es un virtuoso: es el héroe del pasado, *el hombre del día*, *el hombre público*. Su fama es como una trompeta. Está en la gloria, entre la sonrisa de Maurice Chevalier y los puños de Carpentier. El libro típico del hombre político es la autobiografía, el género literario de los grandes estafadores y los bailarines. Se dice que los grandes hombres son «los sustantivos en la gramática de la humanidad»: creo que se puede decir que los hombres políticos no son más que los adjetivos.

Después de lo que he dicho, se verá que reconocer en Mussolini la... grandeza política no es, por mi parte, un cumplido.

Capítulo I. La época de Mussolini

SON NUMEROSOS LOS PERIODISTAS extranjeros que comparan a Mussolini con Cola de Rienzo[3] y con Masaniello[4]. ¿Cándida ignorancia o sutil ironía?

El primero es el hombre que convocaba *ad audientium verbum* a los emperadores y a los príncipes más potentes, se atribuía el título de «Augusto» y atribuía un enorme valor al baño en la piscina de Constantino. Pretendía ser hijo de Arrigo VII: en conclusión, un megalómano y casi un loco. También el segundo fue un megalómano y un medio loco. Es cierto que Petrarca escribía a los romanos invitándolos a venerar a Cola como «un raro don de Dios», y que Masaniello fue popular en toda Europa y saludado como el nuevo Bruto por muchos contemporáneos suyos. Pero esto sólo demuestra la facilidad con la que, en determinadas épocas, se forman mitos y antropolatrías.

La misma Unificación de Italia fue dominada por unos pocos jugadores: Garibaldi, Pío IX, Víctor Manuel II disfrutaron de una inmensa popularidad, no conocida por Pisacane, por Rosmini, por Cavour. Garibaldi obtuvo gran parte de su prestigio debido a su belleza física, a su mirada fascinante, a su pintoresca forma de vestir. Pío IX se rodeó de la pompa y el espectacular boato de la corte romana. Víctor Manuel II era un tipo pintoresco con bigotes enormes y un yelmo armado con enormes plumas. Un escritor toscano, Renato Fucini, que visitó Nápoles en 1877, escribía de aquella plebe:

---

[3] Cola di Rienzo (1313-1354), fue un notario papal y tribuno del pueblo romano que proclamó en Roma una nueva forma de gobierno inspirada en la República romana a la que llamó «El buen Estado». [N. de la T.]

[4] Masaniello (1620-1674), fue un pescador y revolucionario napolitano. Se convirtió en el cabecilla de la rebelión napolitana entre el 7 y 16 de julio de 1647 en la cual el pueblo se rebeló contra las cargas impositivas impuestas por el virreinato español. [N. de la T.]

«El Rey no les caía en gracia porque durante su reino los víveres encarecieron; pero si Víctor Manuel atravesara los barrios bajos de la ciudad ornado de plumas de papagayo, cascabeles o gemas de Murano, como el jefe de una tribu salvaje, se postrarían a sus pies para adorarlo. No por ello, toda la admiración que pudieran sentir hacia semejante presunto corifeo bastaría para desarraigar de sus convicciones que *Gobierno* quiere decir opresión, autoridad, arbitrio, regulaciones, latrocinio». (R. Fucini, *Napoli a occhio nudo*, Florencia, Le Monnier, 1878, p. 36).

El pueblo italiano, efectivamente, aun en sus estratos más miserables e ingenuos, no está falto de un poco de espíritu crítico, y si tiene momentos de fácil e infantil entusiasmo por todo lo que estimula su imaginación y satisface su predilección por las cosas vistosas, no para de observar y no carece de ironía.

Antes de la guerra, no faltaban en Italia ídolos del pueblo, que eran los polichinelas, aventureros y vulgares oportunistas. Pero su influencia se limitaba a una región, a una ciudad. Ningún demagogo tenía influencia nacional. Si se celebraban ceremonias espectaculares, no tenían la frecuencia y la puesta en escena de las de la posguerra y ningún hombre político, ni siquiera entre los más atrevidos, habría soñado jamás con hacerse un monumento en vida, como lo hizo Mussolini. Si se organizaban eventos en honor de un hombre político, era para hacerle salir de prisión, para aclamar su difícil éxito electoral, para obtener la revisión de una sentencia considerada injusta, para celebrar la victoria de una huelga liderada por el homenajeado, etc... Si las mujeres del pueblo se entregaban vez en cuando a manifestaciones exageradas, como la de hacer con sus mantillas una alfombra para el ganador u ofrecerle a los niños para que los abrazase, estas manifestaciones no eran más que derivaciones de costumbres locales o del culto católico.

Después de la guerra, por contra, eran estudiantes, empleados, burgueses, e incluso nobles, quienes se entregaron a un verdadero frenesí de ceremonias, a cuál más espectacular.

La Empresa de Fiume proporcionó la escena mística, el simbolismo, la liturgia podría decirse, que iba a convertirse en una de las fuerzas emocionales del movimiento fascista.

La época de Mussolini es la época de D'Annunzio[5]. Así la describe Pietro Nenni[6], que fuera director del *Avanti!*, en su libro *Six ans de guerre civile en l'Italie* (París 1929):

> «Asistí en Fiume, en septiembre de 1920, a las fiestas del aniversario de la marcha. Daba la impresión de vivir en la corte de un príncipe del Renacimiento, culto y magnífico. D'Annunzio se levantaba de madrugada. Era el primero en acudir a la cita con sus soldados cada mañana y era más que un paseo, una carrera loca a orillas del mar o en las colinas de los alrededores. En las paradas, el *comandante* hablaba a aquellos hombres en el habitual lenguaje violento y lleno de imágenes. Y la reunión acababa todas las veces con el mismo ceremonial:
>
> »—¿Para quién es Italia?
>
> »—Para nosotros.
>
> »—¿Qué dan nuestros enemigos?
>
> »—¡Asco!
>
> »Inmediatamente después, D'Annunzio se dedicaba a los asuntos *de Estado*. Recibía a mucha gente, multiplicaba mensajes y embajadas, mantenía relaciones con los croatas, los húngaros,

[5] Gabriele D'Annunzio (1863-1938), novelista, poeta, dramaturgo, militar y político italiano, símbolo del Decadentismo y héroe de guerra. Declaró Fiume como un estado constitucional independiente, el Estado libre de Fiume, presagio del posterior sistema fascista italiano. Se nombró a sí mismo Duce. Aunque tuvo una gran influencia en la ideología de Benito Mussolini nunca estuvo directamente implicado en los gobiernos fascistas italianos. [N. de la T.].

[6] Pietro Nenni (1891-1980), dirigente del socialismo italiano; como redactor jefe del periódico *Avanti*!, atacó duramente a Mussolini que había llegado al poder en 1922. [N. de la T.].

incluso con los bolcheviques que parecían tenerlo en mucha consideración. Colaboraba con numerosos periódicos.

»Pero en ese momento, el proyecto que ocupaba su espíritu aventurero era una marcha sobre Roma. Para ello no vaciló en pedir el apoyo, o al menos la neutralidad, de los socialistas, sin conseguirla. Como muestra de su interés por la clase obrera, publicó una Carta del Trabajo, verdadero código de un estado corporativo. Soñaba con desembarcar en Rímini o Rávena, para rehacer el camino de César, llegar a Roma, disolver el parlamento y proclamar la dictadura de los patriotas.

»—¿Qué haremos con los diputados? —gritaba a sus soldados.

»—Salchichas.

»—No, los envenenaremos.

»—¡Entonces los castigaremos, en la Plaza Colonna!

»—Bien, de acuerdo...

»Pero donde su cualidad de actor de altura alcanzó la perfección fue en los *discursos dialogados*. Casi cada atardecer, convocaba a sus legionarios a una especie de gran informe. Exponía y comentaba los acontecimientos del día. ¡Qué elocuencia! ¡Qué afilada ironía! Y qué vehemencia contra los negociadores de Versalles, desde Clemenceau a Wilson. Sin duda fueron esos los pasajes más bellos de la oratoria de D'Annunzio, pero como es bien conocido, faltos de verdadera emoción.

»Cuando la exposición del comandante terminaba, comenzaba un pintoresco diálogo. Se planteaban las preguntas. Se pedía su opinión sobre tal o cual tema. Al final dejaba la asamblea tras intercambiar el saludo con el lema que más tarde el fascismo recuperó:

»—Por Gabriele D'Annunzio.

»—¡Eia, eia, alalá!

»—¡Por el pueblo de Fiume!

»—¡Eia, eia, alalá!

»—¿Cuál es nuestro lema?

»—No me importa —respondían los audaces alzando el puñal, mientras el perfil mefistofélico de D'Annunzio se iluminaba con una maliciosa sonrisa».

D'Annunzio era un histrión, como Mussolini. Su villa en el lago, en Gardone, el museo-convento-alcoba donde el lujo más desenfrenado se mezclaba con los símbolos de la pobreza franciscana, fue su teatro. Había mujeres de conducta licenciosa en hábito de monjas franciscanas y legionarios que llevaban una vida de placer, también vestidos de terciarios. Se podía ver una estatua de San Francisco representado con una enorme espada a un lado y también una pintura que representaba a D'Annunzio completamente desnudo, con la corona de laurel del poeta en la cabeza y un monóculo, arrodillado frente a un San Francisco que abre los brazos.

La «celda monacal» tenía el techo de oro labrado; estaba escrito por todas partes *Silentium* y se disparaban cañonazos. Las ceremonias místico-heroicas se alternaban con escenas libertinas. El *Imaginifico*[7] no tiene miedo al ridículo. En este caso, para aquellos que no siguen la prensa italiana, el resumen de una ceremonia en Gardone. La recupero del *Corriere della sera* del 25 de mayo de 1926. Se trata del estreno de la bandera del equipo deportivo de los empleados de la Banca Popular de Milán.

D'Annunzio aparece en el Vittoriale[8], en el puente, en la proa de la nave Puglia, que alza su palo mayor en medio del verde de las colinas. Va vestido de general de la aviación. Sobre una montaña, en la cubierta de un barco, con uniforme de aviador: ahí está la tierra, el mar y el cielo.

Se quita la gorra y habla. Empieza a llover y le gritan los espectadores: «¡Déjate la gorra en la cabeza!». El orador responde: «El comandante no recibe órdenes», lanza su gorra a la multitud y añade riendo: «Lamento no ser más fuerte». Uno de los presentes, el alcalde de Crema, pide la palabra y anuncia que

[7] *L'Imaginifico*, dicho por D'Annunzio, que en el romance *Il fuoco*, usa este atributo a propósito de Stelio Effrena, personaje que lo representa. Se traduciría como «creador de imágenes». [N. de la T.].
[8] Ciudadela monumental construida por D'Annunzio en Gardone. [N. de la T.]

un pequeño grupo de legionarios de Crema se ha unido al grueso del peregrinaje deportivo y trae como regalo unas preciosas monedas de la época de Barbarroja. El poeta responde: «No soy numismático pero las acepto como una ofrenda y he observado que también la Banca Popular debía llevarme, y lo hará, el bono de cincuenta centavos que se imprimió, sesenta años atrás, en el momento de la crisis financiera». Nadie ha pensado en este regalo. Y el poeta vuelve a hablar calificándose de «hombre de finanzas»: «El hijo pródigo, del cual yo soy descendiente, es el más perfecto hombre de finanzas. Se dice, mis queridos colegas economistas, que el comandante tiene las manos llenas de agujeros... Esta es la señal de mi vínculo con San Francisco, pues también él tenía las manos agujereadas por estigmas. A través de mis estigmas pasarán también los bonos de cincuenta centavos que no me habéis traído». Después del discurso, abrazado al lábaro, D'Annunzio ordena lanzar siete cañonazos. Luego desciende de la proa, abraza a algunos legionarios de Crema y promete ir a esa ciudad, de incógnito «con peluca, una barba falsa y unas gafas de oro como un joven pianista». Después de hablar de la eficacia de ayuno para el cerebro, se retira.

Y esta no fue una de las ceremonias más narcóticas.

Las bufonadas de D'Annunzio son un signo de la época. Pero aún más significativa me parece la aventura de Edgarde La Plante, extra del cine estadounidense, que en 1924 se hizo pasar por un príncipe piel roja para convertirse en un personaje oficial del fascismo.

Al igual que los gusanos que hormiguean en un cadáver permiten determinar el grado de descomposición, así hay un tipo de aventureros que logran hacerse valer en un determinado momento histórico, iluminando el estado de decadencia de una nación. La figura y el papel de Rasputín han sido adecuadamente estudiados, aún más que la de Nicolás II y sus ministros.

La Plante no era el jefe de un grupo de pieles rojas, sino un animador-Barnum[9] de la casa cinematográfica Paramount, un bailarín y cantante del teatro de variedades. Alcoholizado, bígamo y homosexual, no tenía ninguna cultura. Fue un vulgar estafador. Conoció en Niza a dos condesas alemanas, madre e hija, y se convirtió en su amigo: así comenzó a sacarles su dinero. En Grado, en Porto Rose, en Trieste, debutó haciéndose pasar por un gran jefe indio llegado a Europa para reivindicar los derechos de su raza. Sus primeros éxitos, en el Casino y en los balnearios, le sugieren la idea de hacer una gira triunfal por toda Italia. La primera parada fue en Venecia, donde fue recibido con una gran manifestación popular. Bajó del hotel Danieli: los periodistas corrieron a entrevistarlo, presentándolo después, con artículos estúpidamente elogiosos, como a un auténtico príncipe indio. Invitado a recepciones oficiales, empezó a rodearse de secretarias y una especie de guardia personal compuesta de jóvenes fascistas. Ya seguro de sí mismo, se lanzó a la aventura.

El 21 de julio de 1924 en Fiume es proclamado fascista honorífico. Un general de la milicia fascista le da en Trieste su foto con esta dedicatoria: «Para Su Alteza el Príncipe Chief Elk Tananna Ray, fascista en el alma y seguidor devoto». El obispo de Istria le regala un precioso anillo; en Ancona las autoridades lo recibieron con respeto; en Bari recibe un segundo carné honorífico; en los países de Apulia lo reciben las campanas de las iglesias; en Roma lo recibe Mussolini; en Milán los mosqueteros de Mussolini lo nombran Mosquetero honorífico; en Turín habla en la celebración del segundo aniversario de la

[9] Efecto Barnum: es la observación de que los individuos dan altos índices de acierto a descripciones de su personalidad que supuestamente se adaptan específicamente para ellos, pero en realidad son vagos y lo suficientemente generales como para aplicarse a una amplia gama de personas. Recibe el nombre de Phineas Taylor Barnum, empresario y artista circense estadounidense recordado por sus célebres engaños en el mundo del entretenimiento. [N. de la T.].

marcha sobre Roma; donde quiera que vaya se le concede el estatus de miembro honorario de numerosas asociaciones de ex combatientes y siempre distribuye dinero a manos llenas. Cuando estaba a punto de sentarse en el teatro, en el palco real, tuvo que volver a Suiza con su colección de fotos dedicadas, los regalos, los carnés honoríficos, las cartas de admiración. Fue arrestado y condenado por estafa y fue a Italia para ser juzgado. Uno de los miembros del tribunal comentó: «Ni siquiera D'Annunzio fue exaltado hasta ese punto», y una mujer sagaz, escribió al acusado: «En este mundo y estos tiempos, sólo cerebros como el suyo han hecho carrera. ¡Qué desastre haber querido atribuirse un título al que no tiene derecho! Si hubiera elegido la carrera política, sería ahora un gran jefe...».

En efecto, dibujado este episodio de la crónica, tenemos la historia de aquel período: la hora del festín político de los recién llegados. Y se puede afirmar, sin exagerar, que casi todos los «ras»[10] fascistas son... príncipes indios. Para convencerse, basta leer el capítulo que les dedica en *La Terreur fascista* (París, 1929) el profesor Salvemini.

Capítulo II. El Barnum de los dioses

PARA PROYECTAR A LA PLANTE hizo falta la prensa diaria. Esta es la verdadera creadora de las grandezas políticas. No es casualidad que el periódico haya sido instituido por los emperadores romanos. Y se sabe que Napoleón se encargaba del *Moniteur* al igual que de la artillería. Dijo: «Una gran fama es un gran ruido».

[10] Designa en particular a los movimientos paramilitares, dirigidos por jefes locales (los *ras*, por el nombre de los jefes etíopes) de los *Fasci italiani di combattimento*. [N. de la T.].

Mussolini es del mismo parecer. Ha escrito: «Detesto a quienes me usan como tema de sus escritos», pero esto se lee en el prefacio de *Dux* de Margherita Sarfatti, el libro más admirativo que se ha escrito sobre él. Y como las apologías de otros no le bastan, él mismo ha escrito su vida, el entramado de mentiras más descarado y más grotesco de auto-alabanza desmedida. Mussolini se ha ocupado siempre de su propaganda. En 1903 y 1904, expulsado del cantón de Berna y del de Ginebra, y amenazado de extradición por haber falsificado la fecha del pasaporte, publicó numerosos artículos en *Le Peuple* de Ginebra sobre sus aventuras, pintando con sombríos colores su situación de perseguido. Director del periódico socialista revolucionario *La lotta di classe* de Forlì, se preocupó siempre de destacar su actividad de agitador. Esto es lo que hizo cuando llegó a la dirección del diario socialista *Avanti!*. *Il Popolo d'Italia* fue todavía más su periódico personal, y en sus columnas era exaltado como el «Duce».

Desde la fundación del *Fascio*, en 1919, hasta la fecha, una gran parte de las actividades del partido fascista ha sido absorbida por la más constante y frenética exaltación de la personalidad del «Duce», representado como un líder sin tacha y sin miedo, como un genial constructor, como el hombre de Estado más grande que el mundo haya visto jamás.

En un libro (Dolores Mingozzi, *Mussolini visto dai ragazzi*, con prefacio de Augusto Turati, San Casciano di Val Pesa, Società Editrice Toscana, 1929), una maestra ha reunido los juicios de los alumnos y las alumnas de la escuela de enseñanza primaria sobre Mussolini: juicios en los que vemos reflejada la literatura apologética que el historiador y el psicólogo de mañana estudiarán como el producto de una auténtica psicosis colectiva. ¿Cómo ha subido al poder Mussolini? Respuesta de un alumno: «Estudiaba siempre: se convirtió en la cabeza del *fascio* y luego en ministro. Siempre estudiaba, y llegó a ser Duce». Otro ve en él un milagro de trabajo: «Trabaja siempre y

no duerme nunca, o casi nunca. Cierra los ojos cada diez minutos, después se despierta, se lava bien y vuelve enseguida a trabajar fresco como una rosa». Un tercero lo considera muy valiente «hasta el punto de que, dos horas después del atentado de Bolonia, se fue a tocar la mandolina con su familia».

Como hemos visto, las escuelas son los mayores semilleros de mussolinismo. Los maestros tienen casi todos los días la ocasión, impuesta, de hablar del duce. Basta consultar el «diario» de una alumna romana en 1927-28:

> «—12 de octubre. Batalla del grano (la maestra explica a los alumnos el esfuerzo realizado por Mussolini, en medio de concursos y premios, para producir la mayor cantidad de grano que cubra las necesidades).
>
> »—14 de octubre. Visita a la «Muestra de grano».
>
> »—21 de octubre. Homenaje a Crispi (es inevitable un paralelo entre Crispi y Mussolini).
>
> »—26 de octubre. Todos los estudiantes escriben una frase de agradecimiento al Duce; se le enviará la mejor.
>
> »—27 de octubre. Víspera del aniversario de la Marcha sobre Roma, sobre la que la maestra ilustra a los estudiantes (es imposible no mencionar al Duce).
>
> »—19 de febrero. Día del arroz (imposible no hablar de Mussolini, que ha proclamado el arroz alimento Nacional).
>
> »—26 de marzo. Aniversario de la fundación del *Fasci* de combate.
>
> »—15 de abril. Día del Pan (otra iniciativa del Duce)».

En las paredes de todas las escuelas se lee la proclama: «Mussolini a los niños de Italia». En los bancos está el «Cuaderno nacional»: la cubierta tiene la bella figura del retrato de Mussolini, que adorna también las aulas. La inauguración de este retrato es una de las más importantes ceremonias de la escuela. El propósito de esto son las instrucciones de las autoridades: «Se reunirá a todos los alumnos en el gimnasio y los directores, con la bandera de la escuela al lado, presentarán

la efigie del Duce y hablarán de la gran labor que ha hecho por nuestro país, liberándolo, para un nuevo esplendor romano. Dirán que con él y por él ha comenzado una nueva historia, en la que Italia, real y fuertemente unificada en el espíritu y en los corazones de sus hijos, vuelve a ser la maestra del mundo en sabiduría y civilización; dirán que, después de la efigie del monarca, símbolo augusto de la Patria, el retrato de Benito Mussolini será el símbolo del nuevo florecimiento de la Patria. Que el discurso sea breve y sentido... Acabada la distribución de los retratos, los grupos desfilarán ante la bandera y el retrato del Presidente del Consejo».

En todas las escuelas se distribuye de forma gratuita *La vida de Mussolini* de Giorgio Pini y se recomienda a los maestros leer y explicar en clase largos pasajes de la biografía del Duce de Margherita Sarfatti.

Algunas escuelas tienen fonógrafo que sirve para hacer entender la voz del amo. (Ver el hermoso libro de Hélène Tuzet, *L'éducation du peuple italien selon les fascistes et selon luimême*. París, 1931).

Este culto de Mussolini en las escuelas toma la forma más grotesca. Para tener una idea, basta leer este rezo que se hizo aprender a los alumnos de las escuelas italianas en Túnez y que se leyó en la Tribuna de Roma el 25 de julio de 1927:

> «Yo creo en el supremo Duce – creador de los Camisas Negras. – Y en Jesucristo su único protector – Nuestro Salvador fue concebido – de buena maestra y herrero trabajador – Era valiente soldado, tuvo algunos enemigos – descendido a Roma; al tercer día – restableció el Estado. Ascendió al alto oficio – Está sentado a la derecha de nuestro soberano – Desde allí ha de venir a juzgar el bolchevismo – Creo en las sabias leyes – La comunión de los ciudadanos – La remisión de las penas – La resurrección de Italia, la fuerza eterna, que así sea».

Se podría recoger una masa de documentos similares para hacer un volumen que haría empalidecer la memoria de los faraones y emperadores romanos. Me limito a algunas pruebas. Aquí está una circular enviada por el diputado Scorza (el organizador del ataque que le costó la vida al filósofo Giovanni Amendola, y actualmente jefe de las organizaciones fascistas de estudiantes de las escuelas secundarias y universitarias) después de las ceremonias que tuvieron lugar durante el aniversario de la Marcha sobre Roma, en octubre de 1931:

> «Recuerdo a todos —universitarios, Jóvenes Fascistas y Comandantes— la más rígida observancia de mis disposiciones dadas en la orden 49, de 10 de marzo de 1931.
>
> »En diferentes manifestaciones de estos días, que ha oído a universitarios y Jóvenes Fascistas invocar rítmicamente el nombre de tal o cual jerarca y cantar versos que exaltan a ilustres desconocidos. Los Jóvenes Fascistas y los universitarios no deben pronunciar más que un nombre: el del Duce. No deben cantar himnos que no sean fascistas, y cantarlos solo para él.
>
> »Cruzar este límite significa que aún no se ha alcanzado esta concepción unitaria del Fascismo que debe ser la base de la consciencia de las nuevas generaciones. Dado que no tengo el hábito de repetir mis órdenes, advierto que he pedido y obtenido de Su Excelencia, el Secretario del Partido, la facultad de destituir inmediatamente a los comandantes de escuadras, de centurias y de fasces que se muestren incapaces de conseguir de sus hombres esta manifestación de educación espiritual. En la Iglesia fascista hay muchos santos, algunos obispos, un ejército de fieles, muchos sacerdotes, ¡pero sólo un Jefe! Crear confusión significa blasfemar. Los comandantes provinciales transmitirán la presente a los comandantes de escuadra. Dadme garantía de que se ha entendido».

En noviembre de 1931, Giuriati, secretario del partido, dijo en Mantua, en un discurso público:

«Debemos creer que Mussolini siempre tiene razón, que no defrauda nunca. No debéis preguntar cuándo habrá que marchar y a dónde os llevan: basta con saber que Mussolini está a la cabeza de sus legiones, y que el camino que sigue conduce al Imperio... Mussolini está convencido de que una mano infalible lo guía, y la victoria será nuestra».

Mussolini es el Papa negro, Mussolini es el *Padre* que está en el cielo y en la tierra. No es solamente el enviado por la Providencia —como lo ha saludado el Papa, en los días del Concordato— sino que también es su encarnación. No es de extrañar que esté prohibido nombrarlo por su apellido.

El aumento de sus retratos es una de las manifestaciones de ese culto a la idolatría, de lo que da cuenta Henri Béraud en su libro *Ce que j'ai vu à Rome* (París, 1929), haciendo evidente la obsesión:

«Mussolini está en todas partes, en nombre y en efigie, en gestos y palabras —incluso más que Kemal en Turquía, y aún más que Lenin en Moscú—. Abres un periódico cualquiera: se reproduce, se comenta y se celebra un discurso *grandioso* del Duce... Un negocio: se muestra al gran hombre enmarcado por flores y autógrafos. Dondequiera que se dirija la mirada, donde te lleven tus pasos, encontrarás a Mussolini, otra vez Mussolini, siempre Mussolini. Se hablará sin parar de él, de forma que la exaltación o la prudencia tendrán como objetivo confundirte a ti, como extranjero: recién llegado de las lunas democráticas y liberales... No solo en el café y a sus clientes, los periódicos y sus escaparates, las bibliotecas y sus revistas, sino también en las paredes, las desnudas paredes, los portones de las obras no cesan de proclamar su gloria y su nombre.

»En cuanto a las tarjetas postales y fotos de propaganda, podemos hacernos una idea gracias a esas exposiciones donde se puede ver al jefe del gobierno con todos los trajes y en todas las poses, con levita, con uniforme, de timonel, de aviador, de jinete, con un tricornio de plumas en la cabeza, con botas de solapa, conduciendo un gran deportivo, mientras salta obstáculos, o

arenga a la multitud, o trilla el grano, o reforesta Calabria, o saluda a la manera romana, o prueba el rancho de los francotiradores, o doma las fieras, o marcha sobre Roma, o toca el violín...

»Después de siete años de instantáneas y de estereotipos, la profusión de estos retratos es realmente increíble. La imagen del Duce es parte de la existencia: domina todas las circunstancias de la vida italiana. No hablo solamente de actos públicos: Hablo de la vida cotidiana, la vida de la calle.

»Entras a la tienda del sombrerero, del relojero, el tendero, el farmacéutico, el cobrador: la imagen del Dictador está ahí, los vigila con camisa fúnebre y con los brazos extendidos, domina el banco, preside el tráfico y certifica el civismo del comerciante. Ve a un cambista: la mirada imperiosa atraviesa las ventanillas, mirando con un sombrío placer la operación que convierte tus francos democráticos en setenta y cinco centavos dictatoriales. Es igual en la estación, en el tranvía o el dentista. Aquí las medallas, las grabaciones. Aquí su biografía en todos los idiomas. Aquí, bajo el cristal, como un piadoso exvoto, un vestigio del reciente plebiscito: el Duce con uniforme de general de la Milicia, en la cabeza el fez con el águila y el penacho blanco, entre dos certificados electorales: "¡Sí!", y dos pasos más allá, el perfumista, las pastillas de jabón con el perfil del señor Mussolini.

»¡Y la película! Desde la humilde sala de los suburbios a la lujosa y brillante de oro y alfombras, los operarios ofrecen como actualidad las producciones de "Luce": es decir, el cine fascista del Estado. Tres o cuatro veces por proyección, el público se pone en pie como un solo hombre: en la pantalla se muestra la última salida del rejuvenecido fotogénico y terrible.

»Aquí está, a plena luz, dirigiendo al público una mirada poderosa como si fuese a cazar en las sombras a un partidario de la masonería o al último superviviente del partido Aventino[11]... Y la multitud aplaude. Si el huésped del Palazzo Chigi[12] oye su propia

[11] Se llama Secesión Aventina a la actitud de los diputados opositores que abandonaron las tareas legislativas durante varios meses, en protesta por el asesinato de Giacomo Matteotti, durante el régimen fascista liderado por Benito Mussolini. [N. de la T.].

[12] Mussolini pronunció sus primeros discursos desde un balcón de este palacio. [N. de la T.].

voz, ya es otro asunto (porque las primeras películas habladas proyectadas en Italia han dado la palabra a Aquel que ha silenciado a todos los demás...).

»Vas al teatro: Mussolini intensifica el control y te mira sin debilidad ni indulgencia. Dondequiera que vayas, hagas lo que hagas, esta mirada te seguirá; en todas partes el ojo del amo. Mussolini es omnipresente como un dios. Miras a todas partes y lo ves en todos los lugares; bajo todas las apariencias, tanto en los exteriores realistas de la película y en las fotos, como en el estilizado retrato decorativo...

»Obsesión singular, que aumenta el encuentro frecuente con sus imitadores. Son numerosos. Porque es innecesario decir que la fama ha generalizado el tipo mussoliniano y que cada fascista provisto de una frente amplia, de una fuerte mandíbula, de pupilas oscuras, se da encantado terribles aires y lanza miradas fascinadoras».

Otro aspecto de la publicidad que se hace a Mussolini son los desfiles fascistas, organizados meticulosamente con trenes especiales, con un amplio presupuesto, con una auténtica movilización de gregarios. No hace falta añadir que las fotografías y las películas difundidas por toda Italia prueban el compromiso del país con el Duce. Todo esto cuesta mucho. La visita del Duce a Venecia en junio de 1923 costó al ayuntamiento más de 150.000 liras; la de Turín en noviembre del mismo año, alrededor de 120.000 libras. Aquí está la nota de los gastos que figuran en la resolución del 14 de noviembre de 1923 del Comisario del gobierno, a cargo de la administración de esta última ciudad:

Decoración de la ciudad y el Ayuntamiento: 52.785
Alojamiento: 5.899,80
Banquete: 20.750
Coche: 13.096
Placa ofrecida Presidente del Consejo: 6.680,60
Decoración del monumento a los caídos: 915,15
Fuegos artificiales: 11.602
Gastos varios: 5.223

Basta saber que Mussolini no hace economía en las visitas para llegar a la conclusión de que es un visitante caro. Si los municipios italianos están casi todos en estado de quiebra, se debe también a los costes de la propaganda que se hace al partido fascista y a su líder. Mussolini en persona es el director de este teatro de comparsas en el que se ha transformado Italia. Su periódico siempre ha estado lleno de grandes fotografías de las manifestaciones fascistas. Casi toda la actividad organizativa del partido es dirigida por él hacia una metódica serie de manifestaciones de fuerza numérica.

Los escenarios pintorescos no faltan en Italia y Mussolini siempre ha tenido un sentido de la escena y la coreografía. Se puede ver aún mejor observándolo en sus comportamientos más afectados.

Capítulo III. El actor-director

EN EL PALAZZO VENECIA, su estudio es muy amplio y austero. Una mesa sin adornos. Un globo terráqueo de piedra y un busto de Julio César dominan el ambiente, y el hombre de las mandíbulas apretadas está allí, rodeado de montañas de archivos, en el escenario de su artificio. Ahí ensaya cada día su comedia. Realiza algunos pequeños cambios en la expresión, en función de los visitantes. Y en su mesa, la foto adecuada con dedicatoria.

Volvamos atrás, a 1914. En ese momento controla la redacción del *Popolo d'Italia*, el centro del movimiento intervencionista, su cuartel general. En una obra elogiosa (*Mussolini*, Milán, 1922) Arturo Rossato lo describe así:

«El 15 de noviembre de 1914 sale el primer número del *Popolo d'Italia*. (...) Cuando el hombre se encierra como en una madri-

guera en su cubículo de redacción, (...) a continuación suenan órdenes secas y precisas:

»—¡Ujier!...

»El ujier se presenta en la entrada de la madriguera.

»—Tráeme un café. No debe entrar nadie más. Al primero que entre, le disparo.

»—Un momento —dice el ujier—. Yo entraré para llevarle el café.

»—¡A ti también te disparo!

»La puerta de la guarida se cierra. Silencio... En la pared, detrás de él, la gran bandera negra de los *Arditi*[13] adornada con el cráneo blanco y la daga; en la mesa, entre las barricadas de libros y los discursos manuscritos, descansa un revólver de veinte balas... un poco más lejos, sobre un volumen de Carducci, un cuchillo de caza...; más allá, cerca del tintero, otro pequeño revólver elegante... y un poco más lejos, sobre los manuscritos que nunca se publicarán, hay puestos de pie cartuchos relucientes, casi de oro, que parecen flautas simbólicas de un fauno guerrero... Dentro de esa armería formidable, destacándose casi espectral sobre el fondo fúnebre de la bandera, Mussolini se acuesta, rechina, grita, se prepara y explota...». (pp. 26-27).

De 1918, tenemos aquí un recuerdo de Settimelli, un futurista:

«Italiano de pura sangre, era agradable verlo el día del armisticio, en la sala de redacción transformada en fortaleza, mientras daba órdenes a los *Arditi*, con el revólver encima de la mesa. Tenía un lado pintoresco y encantador. Un italiano que ha entendido perfectamente a los italianos».

Mussolini ha cuidado siempre y lo cuida ahora más que nunca, ese lado pintoresco. Cécile Sorel, en julio de 1931, decía en

[13] *Arditi* fue el nombre adoptado por los soldados de asalto de élite del *Regio Esercito* en la Primera Guerra Mundial. Su nombre se deriva del verbo italiano *ardire* (osar), traduciéndose como «Los Osados». [N. de la T.].

Comoedia: «¡Qué gran artista hubiera sido!»[14]. Pero ya lo es, señora. Por desgracia, su escenario es una nación. Un gran periodista estadounidense, Percy Wirmer, que lo ha seguido bastante, e incluso conocido bien, lo ha definido como: ¡un maestro de la pose!

> «Mussolini posa. Es un maestro de la pose frente a un espectador, frente a mil, frente a un millón. Su habilidad es extraordinaria y nunca tiene un fallo. Sus artificios son inagotables... Ha ensayado con esmero algunas poses para reemplazar el ceño amenazador, que hace sólo dos años, figuraba en todos sus retratos. En su nueva postura mantiene la cabeza muy hacia atrás y adelanta su gran mandíbula. Cierra el puño izquierdo, apoyándolo en la cintura y está de pie con las piernas bien separadas. Camina lentamente haciendo ondular sus costados... Emplea la técnica que se usa en el teatro de posar para impresionar a los visitantes: a veces va a su encuentro, cordialmente; otras les obliga a atravesar su inmenso estudio y les espera tras la mesa, inmóvil y rígido. La calidad de su bienvenida se podría medir según sea su posición entre la mesa y la puerta: entusiasta, cerca de la puerta, glacial detrás de la mesa».

Que Mussolini interpreta una comedia, lo deducen todos los extranjeros que se le han acercado.

Henri Béraud, en el *Petit Parisien* (junio de 1928) dice:

> «Los ojos negros y secos, se abren hasta el blanco en momentos de cólera y pasión, y el paso es decidido y danzante a la vez, y los gestos continuos, con una mano que modela, que acaricia, se agita, se revuelve en el aire, se alza, descansa y vuelve a moverse; los amplios gestos de espadachín italiano... Llegados al apartamento donde Cesira, el ama de llaves, estaba en la mesa prepa-

[14] No hemos podido comprobar en la revista citada al autor de esta afirmación de la famosa artista francesa. Recientemente *Il Corriere della Sera* (14 de junio de 1965), en recordatorio del noventa cumpleaños de Sorel, contó que un día le dijo a Mussolini: «Usted y yo somos grandes actores». [Nota de la edición italiana].

rando el té, arrojó la corbata, los guantes, el sombrero y me dijo: "Tengo la impresión de haber hecho un número para el público. Esto lo contará usted. Pero sí, pero sí... ¡Ah!. He sido periodista, ya sabe. Venga, ¿me he merecido el premio?"

»Antes de que pudiera responder, estalló en una risa vulgar. ¡Qué risa! Propia de él. Absolutamente silenciosa, le agita todo el cuerpo y se prolonga decreciendo hasta un balanceo casi infantil de la cabeza y los brazos, para detenerse en seco alzando los hombros, y seguida de esa mirada oscura y escrutadora que te pone en los ojos».

Maurice Bedel, en su libro fascista *Fascisme An VII* (París, 1929) dedica un capítulo a la sonrisa de Mussolini (¿No estás celoso, Maurice Chevalier?), y asegura que «cuando recibe al alguien... extiende el rostro, afloja los dientes, habla con la voz más dulce del mundo en un francés levemente modulado, canturreado, casi susurrado» después sale a su encuentro con «el andar ligero y algo danzarín, los brazos abiertos, balanceando los hombros».

Y aquí Bedel nos muestra al actor en plena acción. Habla de la prohibición impuesta a la prensa de ocuparse de asuntos pasionales, sobre todo del suicidio romántico:

«Mussolini se excita. He tocado un tema que le es querido. Con algunas alusiones ingeniosas, me describe el suicidio como lo practican los amantes decepcionados. Sus ágiles manos se mueven por la mesa, parecen arreglar flores a la desesperada; veo el nardo, las fresias, las lilas blancas, siento el perfume mortal; veo el frasco de Veronal...».

Esto es suficiente para convencerse de que Mussolini es el Rodolfo Valentino de la política.

Cuenta Suetonio[15] que el emperador Augusto, cerca de la muerte, hizo traer un espejo, se miró, y arreglándose el cabello pidió a

[15] Suetonio, *Vidas de los doce Césares*, Libro II.

los parientes que lo rodeaban: «¿Os parece que he interpretado bien mi papel?».

Cuando Mussolini muera, en su lecho de muerte, interpretará su papel hasta el último aliento. Dirá, con un hondo suspiro: «¡Aún tengo muchas cosas que hacer!».

Capítulo IV. El orador

HENRY BÉRAUD tiene razón al decir: «Mussolini es indiscutiblemente un gran orador». Pocos oradores han practicado con mayor éxito el precepto: *Ars est celare artem* (El arte consiste en ocultar el arte). Recuerdo haberlo oído hablar cuando era el líder de la fracción revolucionaria del Partido Socialista[16]. Aún veo sus ojos de visionario, los brazos extendidos y sacudidos por un temblor convulsivo, sus frases perforando el cerebro. Y pienso, con melancolía, en cómo le idolatraba la «juventud».

Giovanni Zibordi, socialista reformista, escribiendo en *Avanti!,* a propósito del Congreso Socialista de Ancona (abril de 1914), se mostraba fascinado por la elocuencia de Mussolini que había triunfado sobre el ala derecha del partido:

> «Benito Mussolini, el agitador de mentes, el orador-catapulta, distinto de todos los demás, porque, a diferencia de muchos (y en cierto sentido se podría decir que de todos) no habla a la audiencia, sino que se habla a sí mismo; en voz alta. En otras palabras, dice en voz alta lo que está pensando: no dice lo que conviene decir en ese momento, con un propósito... o peor, no dice lo que piensa, no dice en voz alta lo que niega en voz baja, para sí mismo.

[16] Probablemente se refiere al discurso pronunciado por Mussolini para el XIII Congreso del Partido Socialista, que tuvo lugar en julio de 1912 en Reggio Emilia, donde Berneri había comenzado, con quince años, su actividad política en las filas de la juventud socialista. [Nota de la edición italiana].

Además, su elocuencia lo es todo, iba a decir todo un pedazo, por su apariencia. No es posible falsificación en él, los malentendidos son de otros. Sus ojos y su boca dicen las mismas palabras. Las manos agarran y aprietan la barandilla de la galería, en perfecta armonía con sus pensamientos. Parece que mire a la asamblea, pero mira a su interior. Se puede discutir lo que dice, pero no se puede dudar de su sinceridad. El Congreso, el pueblo aplaude, sonríe, se exalta, arrebatados de inmediato, ardiente e impetuoso desde que aparece y durante su discurso.

»Los superficiales pueden creer que esto sucede porque es original, porque su ira es exquisita, porque su elocuencia gradual, lenta o precipitada, destello en el pensamiento y fuego en la palabra, tiene también un lado estético y divertido, para todos, al margen de lo que diga.

»Creo que, incluso sin saberlo, el público —la parte más ingenua y primitiva del público— obedece a un sentido más profundo: a la sensación, a la intuición segura, de que bajo esa ferocidad de hombre del 93[17] hay una infinita "bondad" socialista: es decir, un dolor agudo por el sufrimiento del universo, una firme voluntad de lucha por la justicia, ¡la capacidad de enviar al hermano a la guillotina, y a sí mismo, si fuese necesario, por la Idea!

»El pueblo, todos nosotros, revolucionarios o no, sentimos que si Benito Mussolini en algún momento creyera útil la barricada, sería el primero en saltarla». (G. Zibordi, *Attorno al Congresso. Tipi ed episodi in Avanti!*, 1 de mayo de 1914).

Sus ojos y sus manos: esto es lo que ha impresionado y fascinado a uno de sus antagonistas. En una entrevista que el anarquista Armando Borghi le hizo a Mussolini, se puede leer:

«Me miró a los ojos con una de aquellas elevaciones de párpados que descubren todo el blanco del ojo, como queriendo

[17] Hace referencia al segundo mandato (1893-1896) como Primer Ministro de Francesco Crispi, considerado a menudo como el precursor de Mussolini. [N. de la edición italiana].

abarcar una visión lejana y fugaz, y que daban a su mirada y a su semblante un aire absorto de Apóstol...»[18].

En una entrevista publicada en la revista *Gli oratori del giorno* de agosto de 1928 la poetisa Ada Negri habla de la «palidez del rostro, los ojos magnéticos, la voz timbrada» de Mussolini. «Pero sobre todo, es necesario incluir las manos de Mussolini. Tiene unas manos hermosas, de médium, aladas cuando se extienden: el gesto es fascinador. Muchas veces he seguido las manos de Mussolini cuando habla y me parecía un faro, el primer faro de su personalidad. En el ámbito de las mujeres hubo algo parecido en las manos de Eleonora Duse, que gesticulaban mágicamente, apareciendo y desapareciendo en el aire. Así, guardo la mano de Mussolini en mi mente... la veo... es la que refuerza su éxito como orador»[19].

La gesticulación, las actitudes, son una gran parte de su oratoria. Así es como el escritor Ugo Oietti describe al Mussolini orador:

«Orador expertísimo, siempre dueño de sí frente al público, comenta cada frase, cada ocurrencia, con cara de estar de acuerdo. El gesto es sobrio. A menudo gesticula sólo con la mano derecha, con la izquierda en el bolsillo y el brazo pegado al costado. A veces se mete las dos manos en los bolsillos: es el momento estatuario del resumen, el final. En los raros momentos en que la recogida figura del orador se abre y se libera, los dos brazos giran por encima de su cabeza; los diez dedos se agitan como buscando en el aire cuerdas para hacerlas vibrar; las palabras se precipitan como una catarata. Un instante: y Mussolini se queda inmóvil, con el ceño fruncido, y con dos dedos se busca el nudo de la elegante corbata para asegurarse de que sigue vertical. Estos momentos de turbu-

[18] Entrevista a Mussolini. Debido a su extensión, hemos optado por ponerla al final de este capítulo*. [N. de la T.].

[19] El entrevistador es Silvestro Sando, un periodista fascista joven, que se suicidó unos días después de la entrevista; publicada bajo el título *La última entrevista de Sando. Mujeres poetas*: Ada Negri. [N. de la edición italiana].

lenta gesticulación no son los momentos conmovedores: son en su mayoría al final de las demostraciones lógicas, una forma de representar al público la multitud de miles de otros temas que enumera, menciona, omite por razones de brevedad, una especie de etcétera mímico eficacísimo». (Tántalo, *Cose viste, en Il Corriere della Sera*, de 18 de noviembre de 1921).

Cuando un orador debe su éxito a su aspecto físico, al timbre de la voz, al gesto, es ya un *actor*. Pero el gran orador, ¿es verdaderamente *actor*? Lord Morley dijo: «Tres cosas son importantes en un discurso: quién habla, cómo habla y lo que dice, y esta última cosa es la menos importante de las tres». Fox hasta afirma que si un discurso parecía muy bello en la lectura, debía tratarse de un discurso feo. Mirabeau y Jaurès demostraron que esto no es una paradoja. Si la grandeza del orador estuviese toda en los gestos, en la voz, en el juego de sus expresiones, el arte de la retórica no sería más que una rama del arte teatral.

La elocuencia de Mussolini es rica en imágenes y las imágenes son en los discursos lo que los adjetivos son en los escritos. Cuanto más sólido es el pensamiento y la expresión potente e inmediata, menos adjetivos e imágenes se encuentran en el discurso, que no es sino prosa hablada. El gran orador es el Molière de la palabra, aquel que crea sus discursos y los pronuncia con arte, mientras que el orador común teje con bellos gestos y bellas frases, y con su mímica, un velo rico en reflejos pero que se reducirá a un trapo cuando ya no sea su tejedor quien lo agite.

De la elocuencia de Mussolini, así como de la de Gladstone, no quedará más que un eco ruidoso. La verdadera elocuencia es la de la fuente perenne; la del orador es una voz que muere nada más callar: como la del cantante.

Mussolini es pues un gran orador. Gustave Le Bon ha dicho: «Conocer el arte de impresionar la imaginación de las multitu-

des significa conocer el arte de gobernar»[20]. Esto es verdadero psicológicamente, pero es falso históricamente puesto que los grandes tribunos han sabido llevar a las multitudes hasta la exaltación, conducirlas hasta donde querían conducirlas, pero el poder conquistado sólo con la palabra ha sido siempre un globo que pronto se ha desinflado en el abismo.

En marzo de 1919, Mussolini no tenía ningún programa que presentar en el primer Congreso de los *Fasci*. Arturo Rossato, uno de sus lugartenientes por aquel entonces, lo dice: «En el fondo, ninguno de nosotros sabía lo que había que hacer». Pero: «Mussolini, con aquel empuje suyo de Colleoni en arzón y con el yelmo, declaró que el nuevo partido tenía que ser de "combate"... Hacía resonar la palabra "combate" apoyando en ella su voz». (*Ob. cit.*, p. 40).

Así se ponía Mussolini a la cabeza de su pequeño ejército. Pero muy pronto lo llevaba a negar sus propios orígenes, su programa democrático y pacifista. Lo ponía a sueldo de la plutocracia industrial y agraria. Lo conducía hasta Roma para renegar de lo que todavía quedaba, en la propaganda y la acción, del liberal, el demócrata y el pacifista. ¿El arte de llegar es pues el arte de gobernar? Si es así, Mussolini es un gran orador, un gran hombre político. Pero entonces es preciso dejar de hablar de la elocuencia como un arte digno y de la política como una actividad respetable.

El hombre que presume de «pisotear el cadáver podrido de la diosa libertad», el hombre que, en la toma de posesión de Primer Ministro, dice a los diputados estupefactos: «Depende de mí, señores, transformar este aula en un campamento fascista», no ha dado una sola orden personal para las directrices de su gobierno. No lo ha hecho durante los casi diez años del poder de los discursos rimbombantes, el galope de sueños de grandeza.

---

[20] Parece ser que Mussolini era un conocedor de los escritos de Le Bon. En una entrevista a principios de junio de 1926 en *La science et la vie* París declaró: «He leído toda la obra de Gustavo Le Bon y no sé cuántas veces he releído su *Psicologia delle folle*. Es una obra capital, a la cual vuelvo a menudo». [N. de la edición italiana].

Ha intoxicado de entusiasmo a la juventud, sin nutrirla de ideas. Ha halagado el orgullo, sin decir una palabra clara y orientadora:

> «El fascismo —ha dicho— es una pasión, un dinamismo, la vida andante. La juventud es bella porque tiene los ojos limpios, en los que se refleja el vasto y tumultuoso espectáculo del mundo; es bella porque tiene el corazón intrépido y no teme a la muerte; sólo la juventud sabe morir... En nosotros está el destino del Imperio, jóvenes de todas las escuelas y todos los sitios. Os saludo, adolescentes que os asomáis a la vida con un alma pura que iluminará el mundo».

Decir semejantes cosas en el escenario de una plaza donde las piedras hablan de poder, bajo un cielo donde revolotea el aire, desde balcones adornados con banderas y estandartes, hablar con voz sonora, con el semblante más romano posible, esta es la labor principal del Duce. Palabras, más palabras, siempre palabras. Después de haber destruido miles de cooperativas y Cámaras del Trabajo, hablará así a los trabajadores milaneses, el 6 de diciembre de 1922:

> «Visitando hace poco este hermoso y gran taller, me he sentido profundamente emocionado; he revivido por un momento los días lejanos de mi juventud. Porque yo no desciendo de antepasados aristócratas e ilustres; mis antepasados eran agricultores que trabajaban la tierra, y mi padre era un herrero que doblaba sobre el yunque el hierro al rojo vivo. A veces, de pequeño, ayudaba a mi padre en su humilde trabajo; y ahora tengo la tarea mucho más amarga y difícil de doblegar las almas. Hace veinte años yo trabajaba con los brazos, digo "con los brazos"; he sido peón y albañil, pero esto lo digo no para pedir vuestra simpatía, sino para demostraros que no soy ni puedo ser enemigo de la gente que trabaja. Pero soy enemigo de los que en el nombre de ideologías falsas y grotescas quieren mortificar a los trabajadores y conducirlos a la ruina.
>
> »Tendréis forma de constatar que mis palabras valen lo que los hechos de mi gobierno...». (*Il Popolo d'Italia*, 17 de diciembre de 1922).

Los actos de su gobierno han estado destinados a aplastar a los trabajadores y campesinos. Pero Mussolini habla otra vez de su padre herrero, y se sitúa de nuevo como... *amigo del pueblo*.

*** Entrevista de Armando Borghi a Mussolini.**

Esta entrevista apareció entre la correspondencia de Armando Borghi en Forlì con el título *La macchia gialla si allarga in Romagna – La scissione proletaria a Forlì – La responsabilità del partito repubblicano – Dal nostro inviato speciale*, publicada en *L'Agitatore* de Bolonia el 9 de octubre de 1910. Reproducimos el texto completo de la entrevista, que constituye la última parte de la correspondencia, ya que es ignorado por todos los biógrafos y por los editores de la *Opera omnia* de Mussolini.

«La providencia no abandona a ningún mortal: es cierto. Y el compañero Zanchini fue rescatado en este punto por una voz que le saludaba desde lejos. Era Benito Mussolini, el director del periódico *Lotta di classe*, al que imprime toda su vivacidad, su espíritu polémico y la audacia de su punto de vista casi sindicalista... casi, casi, antiparlamentario, hasta el punto de discutir con Gaudenzi con estas palabras: "¿Con qué cara dura vienes a afirmar que no debes reprocharte ninguna transacción con tu conciencia, ninguna debilidad de carácter, tú, un republicano que has jurado fidelidad al rey? ¿No has replegado una bandera o todas tus banderas, jurando, para poder ir al parlamento, fe y lealtad a la casa de Saboya, contra la que te gustaría luchar?"

»Por tanto, en esto consistiría el dilema: en Italia, o se es monárquico o antiparlamentario

»Pero volvamos al tema.

»—Cualquier impresión suya —le pregunté a Mussolini, que enseguida supo de qué se trataba. Me miró a los ojos con una de aquellas elevaciones de párpados que descubren todo el blanco del ojo, como queriendo abarcar una visión lejana y fugaz, y que daban a su mirada y a su semblante un aire absorto de Apóstol...

»—Es la fotografía del Ravennate, querido Borghi —me dice—, y esto es lo peor: que existe un peligro mayor que el de que la razón sustituya al cuchillo. Aquí estamos poco preparados para la lucha civil y hay un partido republicano con fuerte tradición, al menos en el fanatismo de sus seguidores.

»—¿Qué va a hacer usted?

»—Hemos hecho todo lo posible para evitar la escisión, pero la rotura ha sido por obra de los contrincantes, estamos dispuestos a luchar sin piedad y sin límites.

»—¿De qué forma se dividen las fuerzas?

»—Somos 700 colonos y cerca de 2.000 "amarillos", les multiplicábamos por cinco en las inscripciones, de acuerdo con el método adoptado en Rávena; los trabajadores éramos 2.500, y los otros alrededor de un millar y medio. Nuestra fuerza mayoritaria está en el alto Forlì, los de aquel lado están confinados en el Ravennate.

»—¿Es gracias a usted?

»—¡No! para nosotros el socialismo es un poco más sublimado que en otros, y haré todo lo posible por que la alta presión de la mentalidad revolucionaria se mantenga. Somos pocos parlamentarios: no somos muchos los que hemos rechazado un congreso sobre el sufragio universal...

»—Lo veo bien; pero pocos parlamentarios es como decir pocos sifilíticos, querido amigo; el resto vendrá por sí mismo, si no intervienen los 606... del anarquismo.

»La conversación terminó. Y leí en los grandes ojos de Mussolini la gran virtud de la duda...».

Sobre las circunstancias en que tuvo lugar la entrevista cfr. A. Borghi, *Mezzo secolo di anarchia* 1898-1945 (Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1956, p.111-112). [N. de la edición italiana].

Capítulo V. El mito del demiurgo

HABIENDO SUBIDO AL PODER sin ideas claras, sin una cultura sólida, con una preparación política esencialmente periodística, Mussolini no era más que un *personaje*. Tuvo que buscar *autores* para recitar la comedia del hombre de Estado. Arrambló con nueve carteras, pero nombró una especie de Consejo de la Corona que fue la Comisión de 18 miembros encargada de establecer lo que habría debido ser este Estado fascista, cosa que Mussolini nunca había dicho ni pensado. Para el Presidente del Consejo, el arte de gobernar era sencillamente un problema de policía. Repartió a los italianos en tres categorías: «Los indiferentes que se quedan en su casa esperando; los que simpatizan con nosotros y pueden circular; y los italianos que son enemigos nuestros, y éstos no circularán».

Él, el Duce, no había creído en el éxito de la marcha sobre Roma. Se había quedado en Milán, esperando ver acabar el desfile en una redada general de sus lugartenientes. Tras ser llamado a Roma por el rey, se quedó tan sorprendido por los acontecimientos que tuvo que hacer que le prestaran una camisa blanca para presentarse en el Quirinale.

Al subir al poder, supo asumir su papel aparente de *deus ex machina*. Dejó para la alta burocracia civil y militar la tarea de estudiar los problemas y presentar las soluciones que los agentes de los industriales, de los banqueros y de los agrarios modificaban a su antojo.

Se sabe que un ejército de consejeros le proporciona de forma continua proyectos, información, aclaraciones. Conveniente

en ese momento, Mussolini no ha hecho más que extraer de una de las casillas de su cabeza el proyecto que necesita. Su universalidad técnica no existe. Sólo tiene una mentalidad asimiladora.

Todos los que han vivido a su lado están de acuerdo en declarar: «Es el hombre del último asesor». Mussolini no hace más que tomar sobre sí la responsabilidad de las decisiones elaboradas *entre bastidores*, presentándolas como fruto de sus largas meditaciones y su «enorme voluntad», como dice la prensa. Sus principales ocupaciones son recibir a las visitas, conceder entrevistas a periódicos extranjeros, escribir artículos, preparar y hacer discursos. El argumento de que Mussolini no tiene miedo a repetirse, es el de su celo como «servidor del Estado». En su autobiografía, se preocupa de resaltar que nunca va al teatro para poder trabajar por la noche. Que tiene una gran resistencia al trabajo, no hay duda, pero tiene la manía de hacerse pasar por un trabajador prodigioso. ¡Y los cuentos desmesurados! En un discurso de marzo de 1929, se vanaglorió de haber acordado 60.000 audiencias y despachado 1.887.110 tramitaciones entre noviembre de 1922 y marzo de 1929. Se ha pensado hacer un cálculo... a la baja, llegando a la conclusión de que Mussolini debió conceder una media de 26 audiencias al día y despachar cotidianamente 813 tramitaciones. Es demasiado incluso para un individuo que, como es sabido, goza de las simpatías particulares del padre Eterno. Pero puede ser que la cifra de audiencias sea correcta, puesto que el «servidor del Estado» pierde cuatro o cinco horas al día para recibir a todos los poetas orientales, a todos los periodistas corruptos, a todos los banqueros norteamericanos, a todos los fascistas balcánicos, a todos los educadores australianos, a todos los pintores japoneses, a todos los *boy-scouts* del mundo entero, etc. Si se añaden los artículos, los prefacios, los anuncios, los comunicados, las ceremonias, la lectura de Maquiavelo, las misas, las lecciones del Padre Tacchi-Venturi, la lectura de centenares de periódicos, el que tocara el violín, montara a

caballo, hiciera carreras de coches, más el piragüismo, los vuelos en avión y todas las demás innumerables actividades del Duce, cabría concluir que los asuntos de Estado no debían de ocuparle mucho tiempo.

Otra obsesión de Mussolini es la de tener siempre buena salud. Durante más de un año se alimentó de galletas y leche; una úlcera duodenal lo inmovilizaba con frecuencia en la cama, pero siempre ha disimulado esta fisura en su salud. Habiéndose difundido la noticia de que no se encontraba bien, convocó en Villa Torlonia a los periodistas y realizó ejercicios a caballo delante de ellos: «Y ahora vayan diciendo por ahí que estoy enfermo».

Una buena parte de sus esfuerzos va dirigida a sostener el mito de su fuerza inagotable y su independencia creadora.

Su *actualismo*, en el sentido italiano de la palabra, esconde la impotencia de su pensamiento. Su eclecticismo enmascara su incapacidad para dar líneas de estrategia y de trabajo al partido y al gobierno. Aclara: «La fuerza del fascismo reside en el hecho de que aplicará la parte fundamental de cada programa». Si fuese cierto, el fenómeno fascista presentaría una continuidad. Habría un núcleo coherente; en cambio no ha hecho hasta ahora más que aumentar gradualmente el número de los corazones más diversos. Su actualismo se resuelve en un oportunismo inconsistente. Mussolini es el Marinetti[21] de la política. No hace más que exaltar el dinamismo de su partido, en un vulgar y loco pragmatismo.

> «Tocamos todas las cuerdas de la lira: desde la de la violencia a la de la religión, desde la del arte a la de la política. Somos políticos y somos guerreros. Hacemos sindicalismo y también pelea-

[21] Marinetti (1876-1944), ideólogo, poeta y editor, jefe del movimiento futurista, se convirtió en el poeta oficial del régimen de Mussolini, al que fue fiel hasta los tiempos de la República de Saló. [N. de la T.].

mos en las plazas y en las calles. Esto es el fascismo tal y como fue concebido y como será...»[22].

En la víspera de la toma del poder, el «hombre de Estado» declara:

«El fascismo es una gran movilización de fuerzas materiales y morales. ¿Qué se propone? Lo decimos sin falsa modestia: gobernar la nación. ¿Con qué programa? Con el programa necesario para reafirmar la grandeza moral y material del pueblo italiano».

Pero del programa no hay nada. ¿Qué cosa es esta *grandeza material y moral de un pueblo*? No la define. Y aquí tenemos a Mussolini exaltando el vacío dinámico:

«Nosotros no creemos en los programas dogmáticos, esa especie de rígidos esquemas que deberían contener y mortificar la cambiante, inconstante y compleja realidad. Nos permitimos el lujo de sumar, conciliar y superar en nosotros mismos estas antítesis donde quedan atrapados quienes se fosilizan en un monosílabo de afirmación o de negación. Nos permitimos el lujo de ser aristocráticos y democráticos, conservadores y progresistas, reaccionarios y revolucionarios, legalistas e ilegalistas según las circunstancias de tiempo, lugar y ambiente, según la historia en que nos vemos obligados a vivir y obrar».

Es la impotencia de un pensamiento que se exalta en el actualismo sin claros horizontes y sin brújula.

En su autobiografía, Mussolini declara: «No creo en el presunto influjo de los libros... No he ligado nunca mi nombre ni mis ideas a ninguna escuela». Nada más falso. Todos sus escritos y sus discursos están ahí demostrando el vivo influjo de sus lecturas. Nietzsche, Stirner, Marx, Sorel, Harvè fueron su alimento, mal asimilado, cuando era socialista revolucionario.

[22] Del discurso pronunciado en Milán el 4 de octubre de 1922 (*Il Popolo d'Italia* del 5 al 6 de octubre de 1922). [N. de la edición italiana].

Maquiavelo, Hegel y William James fueron sus maestros a continuación. Una prueba de su pobreza ideológica nos la proporcionan sus ensayos sobre Klopstock, sobre las figuras femeninas del *Guillermo Tell* de Schiller, sobre la vida de Huss. En 1913, en su prefacio de la edición italiana del libro *El socialismo revolucionario* de Albert y Duchesne, intentó hacer una síntesis de su pensamiento político y le salió una cosa penosa. Un estudio de cierto valor que ha conseguido hacer es *Il Trentino veduto da un socialista*. Ha demostrado siempre no tener más que ideas adquiridas.

Sin Rocco, sin Federzoni, sin Gentile, sin Rossoni no habría podido crear nunca «el Estado integral». La *Carta del Lavoro* no es sino un plagio que deforma y altera el espíritu del proyecto de Constitución del Estado libre de Fiume presentado por Gabriele D'Annunzio en 1920 y una imitación del régimen sindical-estatal de la URSS. «La revolución de 1922» que se proclama futurista, fue llevada por Mussolini a un imperialismo cargado de recuerdos de la Roma de Augusto, las victorias de Escipión y viejos gestos por el estilo. Paganismo y catolicismo, apego al pasado y futurismo, pacifismo y militarismo, sindicalismo y plutocracia: todo se mezcla en la retórica de Mussolini. No es más que un *genialoide*. El genio es la fuerza del atleta, la ingeniosidad del *genialoide* es la fuerza del epiléptico. El primero es el esplendor, la segunda sólo el relámpago de un breve momento de éxito.

Un filósofo italiano, Giovanni Bovio, ha descrito en su ensayo *Il genio*, una figura de «genialoide» que corresponde demasiado bien a la de Mussolini para no citarlo:

> «Es tan antiguo como la vanidad; es congénita en él la egolatría porque no ve otra cosa que a sí mismo; la paradoja le es propia porque no puede producir nada más; pero se multiplica en tiempos de más fácil competencia para alcanzar los honores y la fama. Entonces resulta inmediatamente más funesto en la política que en otras partes de la vida. No hay altura de oficio y de po-

der que no considere a su altura; y no se calma hasta que esto no es así. Entonces los pueblos pagan.

»El genio en la dirección del Estado cambia los medios y se mantiene firme en el fin; el *genialoide* cambia de medios y de fin, considerando accidentales todas las formas de Estado, y esencialmente su dominio. Se le ve por tanto saltando de un extremo a otro, de la libertad a la violencia, de Voltaire a Jesús, soltándonos en las narices todas las paradojas políticas; a saber: que la libertad cuesta a los pueblos; que quien no cambia se fosiliza; que la expansión del Estado es conquista; que una religión se levanta por decreto de Gobierno o iniciativa de clase; y así sucesivamente». (G. Bovio, *Il genio. Un capitolo di psicología*, Milano, Treves ed., 1900, p. 163).

¿No es *genialoide* el perfil de Mussolini?

Del *genialoide,* Mussolini también tiene rasgos físicos. Schopenhauer observó que la expresión genial de una mente consiste en la capacidad de ver en ella un marcado predominio del conocimiento puro. «Por el contrario, en las mentes comunes, la expresión de la voluntad es predominante y se puede ver que el conocimiento no trabaja sino bajo el impulso de la voluntad y está determinada siempre por un motivo...». La fisonomía del Duce es una mezcla de inteligencia y de voluntad, con marcado predominio de esta última. Ugo Oietti (*ob. cit.*) ha escrito en este sentido:

«Tiene dos caras en una: la cara superior, desde la nariz hacia arriba; la inferior, boca, barbilla y mandíbula. No hay relación lógica entre las dos; a veces, apretando la mandíbula, empujando hacia delante la barbilla, frunciendo las cejas, Mussolini consigue establecer un nexo entre las dos mitades, reconciliándolas, por un momento, con un esfuerzo de la voluntad. Los ojos redondos y juntos, la frente desnuda y abierta, la nariz corta y temblorosa, formando un rostro móvil y sentimental; lo demás, labios rectos, mandíbula prominente, mentón cuadrado, su rostro está fijo, controlado, digamos clásico puro. Cuando eleva las cejas, se le llega a formar sobre la nariz un ángulo agudo de máscara japone-

sa. En cambio, cuando frunce el ceño, en una clara línea horizontal, los ojos desaparecen bajo los dos arcos oscuros, y entre la media calvicie y la barbilla aparece una máscara oscura y firme que ha sido llamada napoleónica, nada menos. ¿Cuál es el verdadera rostro de Benito Mussolini?».

Capítulo VI. César Borgia

LA IDEA, todavía generalizada en los ambientes más ingenuos de la opinión pública italiana, de que Mussolini está rodeado por malos consejeros, sería bastante cómoda para un practicante del clásico «delito de Estado». Pero el Duce la ha combatido siempre porque quiere aparecer como la verdadera, la única cabeza del fascismo. En su discurso del 16 de febrero de 1923 en la Cámara, dijo: «No hay nada que discutir en materia de política interna; lo que sucede, sucede por mi precisa y directa voluntad, a raíz de mis órdenes tajantes, de las cuales asumo la plena y personal responsabilidad».

Y en su discurso del 28 de enero de 1924 en el congreso del partido:

«Frente a esta Asamblea, es también necesario acabar con varias leyendas en torno a las cuales se fantasea, especialmente en provincia...; la fábula consiste en pintarme como un buen dictador quien, no obstante, está rodeado de malos consejeros, de los cuales sufriría una misteriosa y nefasta influencia. Todo esto, incluso antes que ser fantasía, es idiota. Una ya larga experiencia demuestra que soy un individuo absolutamente refractario a presiones de cualquier tipo. Mis decisiones maduran a menudo por la noche, en la soledad de mi espíritu, y en la soledad de mi vida escasísimamente social. Aquellos que serían los malos asesores del buen tirano son cinco o seis personas, que me traen, todas las mañanas, el informe periódico, para darme a conocer todo lo que

sucede en Italia; después de eso, se van. Este encuentro, salvo en casos excepcionales, nunca dura más de media hora».

Y en su autobiografía, dice una vez más a propósito de sus asesores:

«Siempre he escuchado con gran interés sus palabras, sus sugerencias, y a veces sus consejos, pero puedo afirmar esto: cada vez que he tratado de tomar una decisión extrema, sólo he obedecido a la voz firme de la conciencia y de la voluntad que habla en mi interior».

Cesare Rossi[23] le dice al periodista Carlo Silvestri:

«Estos idiotas (se refería a los líderes de la oposición) se engañan si creen que cuando Mussolini hace amenazas se deleita con frases retóricas. Si supieran lo que pasa a veces por el espíritu de Mussolini no se pondrían tan ufanos. Mussolini está completamente decidido a cumplir sus amenazas. Si la oposición no cesa con el sabotaje será necesario hacer que las escuadrillas abran fuego. Cualquiera que lo conozca sabe que de vez en cuando necesita sangre y no siempre escucha los consejos que le invitan a la moderación».

Mussolini es, pues, un tirano. Pero le gusta recitar su papel. No es capaz de ocultar sus odios, sus pasiones. Cada vez que está a punto de ordenar, o ha ordenado ya, represalias, se revela un crescendo en su virulencia escrita o hablada. Es un pasional que carece de control sobre sí mismo.

---

[23] Cesare Rossi (1887-1967), político y sindicalista, fascista desde el primer momento, se vio involucrado en el escándalo tras el asesinato de Matteotti. Tras ser secuestrado Matteotti, Rossi renuncia a todos los cargos, se niega a acudir a las autoridades judiciales y se convierte en fugitivo. Tras el escándalo, Mussolini renuncia como ministro del interior y hace renunciar al director general de la policía. Un periódico independiente defiende la inocencia de Rossi, acusando directamente a Mussolini del asesinato de Matteotti. [N. de la T.].

Veamos de cerca al tirano. Angelica Balabanoff cuenta (*Europe* del 15 de diciembre de 1928) que Mussolini, cuando era director del *Avanti!*, «tenía la costumbre de conservar, con el máximo cuidado, cualquier documento, artículo, correspondencia, etc., susceptible de dañar un día u otro a este enemigo o a aquél de los que se contaban en el movimiento obrero». «¿Por qué conservar todos estos papeles?», le preguntaba a menudo. «¿Por qué?», repetía riendo, con los ojos que brillaban con una luz morbosa. «Preparo mis dosieres; un día me serán útiles».

¡Que maligno!, se pensará. Y así resulta que este hombre escribe de su puño y letra, y no destruye, artículos que incitan a la violencia, despachos que ordenan persecuciones y otros documentos comprometedores. Uno de sus secretarios ha hecho con ellos un *dosier Mussolini*, definido por el senador Lucchini en su *Revista di Diritto Penale* como «un interesantísimo tema criminal», que posee de los criminales todos los descuidos en el arte de esconder los delitos. Hay antifascistas que presentan a Mussolini como un tirano ante el cual, incluso Maquiavelo, se haría el signo de la cruz. Dejaremos al Ponson du Terrail[24] del escándalo, la tarea de atribuir a Mussolini las más pérfidas y más complicadas maquinaciones. En realidad, Mussolini es un criminal bastante mediocre.

Me limito a uno de sus delitos más conocidos: el asesinato de Matteotti[25], del cual Fouchè habría dicho lo que dijo del asesinato del duque de Enghien: «es peor que un crimen, es un error».

---

[24] Ponson du Terrail (1829-1871), novelista francés, creador del personaje Rocambole. De ahí que se use la palabra «rocambolesco» como sinónimo de extraordinario, extravagante, inverosímil, rebuscado. [N. de la T.].

[25] Giacomo Matteotti (1885-1924), líder del Partido Socialista Italiano. Secuestrado y asesinado por militares fascistas, nunca se pudo demostrar que Mussolini ordenara su muerte. [N. de la T.].

Cuando Matteotti publicó *Un anno di dominazione fascista* (Roma 1924), Mussolini se volvió loco de rabia. Él, el lector de Maquiavelo, imprimió en el *Popolo d'Italia* (3 de mayo de 1924), estas abiertas amenazas:

> «En cuanto a Matteotti —vulgar embaucador, bien conocido como vil y despreciable proxeneta— hará bien en estar en guardia, porque si tuviera que suceder, un día u otro, que se encontrara con la cabeza rota (pero rota de verdad), no tendría derecho a lamentarse, después de tantas ignominias escritas y firmadas» [26].

Cuando Matteotti impugna en la Cámara la validez de las elecciones generales de abril de 1924, en el discurso del 30 de mayo, Mussolini, lector de Maquiavelo, la emprende contra el partido fascista que deja mano libre a la oposición, y escribe para *Il Popolo d'Italia* (1 de junio) un artículo donde se dice: «El honorable Matteotti ha hecho un discurso monstruosamente provocador que habría merecido algo más tangible que el epíteto de "piara de cerdos" lanzado a la honorable Junta». El 4 de junio, en la Cámara, habiéndose lanzado Mussolini contra la amnistía concedida a los desertores en 1919, Matteotti le recuerda que él también la aprobó. Al día siguiente Mussolini se pone furioso nuevamente contra Matteotti. Y el 6 de junio, sucede el incidente que estalla en la Cámara entre Mussolini y la Extrema Izquierda.

> «Mussolini: en Rusia son magníficos maestros. No tenemos más que imitar lo que se hace en Rusia (*Ruidos — Aplausos — intercambio de increpaciones entre la extrema derecha y la extrema izquierda*). Son magníficos maestros, y nosotros cometemos la equivocación de no imitarlos por completo, porque a estas

[26] En el número de *Il Popolo d'Italia* indicado por Berneri, no hemos encontrado el pasaje citado aquí. Probablemente se trate de un error de la fecha, sin embargo, no lo hemos podido rectificar. [N. de la edición italiana].

alturas no estaríais aquí, ¡estaríais en prisión! (*Aplausos — Ruidos*).

»Gennari: Resolvamos, señor Mussolini, y aquí estamos, listos para volver por nuestras creencias.

»Mussolini: ¡Teníais que haber recibido el plomo por la espalda! (*Interrupciones*). ¡Pero tenemos el coraje y se lo demostraré! (*Aplausos — Ruidos — Comentarios prolongados — Intercambio de imprecaciones*)». [*Actas parlamentarias — Cámara de Diputados — Debates — Sesión del 6 de junio de 1924*].

El 10 de junio, Matteotti fue secuestrado y asesinado. El día 12 se descubre, por casualidad, el secuestro. Mussolini está —como cuenta Cesare Rossi— «completamente aturdido y aterrado». Mussolini, ese día, tras haber recibido de su secretario el pasaporte de Matteotti y conocido los detalles del asesinato, habla a la Cámara y dice:

«Creo que la Cámara está ansiosa por tener noticias sobre la suerte del honorable Matteotti, desaparecido repentinamente la tarde del pasado martes en circunstancias de tiempo y lugar todavía no bien precisadas, pero en cualquier caso tales como para legitimar la hipótesis de un delito que, de haber sido efectuado, no podría sino suscitar la indignación y la conmoción del Gobierno y el Parlamento.

»Comunico a la Cámara que tan pronto como los órganos de la policía fueron informados de la prolongada ausencia del señor Matteotti, yo mismo impartí órdenes estrictas para intensificar la búsqueda en Roma, fuera de Roma, en otras ciudades y países fronterizos. La policía, en su rápida investigación, ya se ha puesto sobre el rastro de elementos sospechosos, y nada descuidará para hacer la luz sobre el incidente, detener a los culpables y llevarlos a la justicia.

»Yo espero que el señor Matteotti pueda volver pronto al Parlamento»[27].

[27] Este es el texto del discurso de las Actas Parlamentarias –*Cámara de Diputados. Debates. Sesión del 12 de junio de 1924*–, sin embargo,

El 13 de junio sigue representando la comedia al decir a los diputados:

«Si hay alguien en este aula con derecho a estar dolorido, y, añadiría, exasperado, ése soy yo. (*Vivas aprobaciones. Voces*: "*¡La pura verdad! ¡La pura verdad!*").

»Sólo un enemigo mío, que durante muchas y largas noches hubiera pensado algo diabólico, podía cometer este delito cuyo horror nos sacude hoy y nos arranca gritos de indignación[28].

»La ley seguirá su curso, la policía entregará a los culpables a las autoridades judiciales... Más no se puede pedir al gobierno. Si me dan autorización para un juicio sumario, el juicio sumario se hará (*Comentarios*); pero hasta que esto no se pueda pedir, y no se debe pedir, hay que, en su lugar, controlar los nervios... Se hará justicia, se debe hacer, porque... el crimen es un crimen de antifascismo y anti-nación. Antes que ser terrible, es de una degradante bestialidad. No se puede vacilar, ante tales casos, en distinguir claramente lo que es la política de lo que es el crimen (*Aprobaciones*)». [*Actas parlamentarias — Cámara de Diputados — Debates. Sesión del 13 de junio de 1924*].

Después de la sesión, Mussolini pide ver a la viuda de Matteotti (lo cuenta *Il giornale d'Italia* del 15 de junio de 1924) y le

---

señalar que en la versión oficial no se encuentra la última frase que hemos tomado del texto publicado en Matteotti (y otros), *Parla l'opposizione*. Milán, Umana, pág. 43. [N. de la edición italiana].

[28] Así, el 3 de enero de 1925, aquel que había ordenado las agresiones contra Amendola y contra los fascistas disidentes Misuri y Forni, dice a la Cámara: «¿Pero pueden pensar que al día siguiente al de Navidad... podría ordenar un ataque a las 10 mañana en la calle Francesco Crispi, en Roma, después de mi discurso en Monterotondo, que fue el discurso más pacificador que he pronunciado en dos años de gobierno? (*Aprobaciones*) Ahórrense la idiotez de pensar que yo también lo soy. (*Aplausos muy vivos*) ¿Debería haber urdido con la misma inteligencia las agresiones leves de Misuri y Forni?». (*Acta Parlamentaria. Cámara de Representantes. Debates. Sesión del 3 de enero 1925*). [Nota del autor].

dice: «Señora, me gustaría restituirle a su marido vivo». Después de esta entrevista, Mussolini recibe a Rossi y le dice:

> «De momento no hay que hacer nada. Estos muchachos han hecho demasiadas estupideces. Ya hay demasiados testigos. No puedo hacer nada; De Bono no vale para nada. Hay demasiada mala sangre que hierve. Todos los que están implicados tienen que tener paciencia durante algún tiempo. Debo tener las manos libres para lanzar el contraataque. La hora de la venganza llegará después» [29].

El hombre aterrado, que fue salvado del desastre por Farinacci, supo desatar la contraofensiva, halló las fuerzas para representar la comedia, para gritar su horror por el delito. Más tarde, en la Cámara, el 13 de enero de 1925, reclamará la responsabilidad de este crimen de la que *Gerarchia*, la revista fundada por él, dijo en su número de enero de 1926: «El secuestro de Matteotti, con sus consecuencias, pertenece moral, política e históricamente al fascismo. Es inútil y estúpida la búsqueda de los culpables en el momento del hecho específico» [30].

Mussolini es César Borgia como histrión. Cuando debe actuar, recupera toda su energía. En este recurso está el secreto de su personalidad. Pero este punto merece ser tratado en profundidad aún más.

---

[29] El testimonio lo dará el mismo Rossi en unas notas inéditas utilizadas por G. Salvemini para el volumen *The Fascist Dictatorship in Italy* (Londres, Jonathan Cape, 1928): obra que Berneri consultó para su trabajo. Las firmas de estas notas no se han encontrado (ver G. Salvemini, *Scritti sul fascismo. Vol I*. Editado por Roberto Vivarelli. Milán, Feltrinelli, 1961, p. 205). [N. de la edición italiana].

[30] Nota de Alfredo Felici *Tutto l'Aventino annientato*, en la columna *Cronache del mese – Politica interna*, de enero de 1926, p. 63. [N. de la edición italiana].

Capítulo VII. El superhombre

ENTRE LOS TRIBUTOS de admiración pagados a Mussolini, figura también el de la hermana de Nietzsche. Esto me ha hecho dudar de su comprensión del concepto que del superhombre tenía su formidable y desafortunado hermano. Fue él quien escribió: «El *pathos* del gesto no es una señal de grandeza: quien necesita la pose es un ser falso. ¡Desconfiad de los hombres pintorescos!».

¿Mussolini es un hombre fuerte? Entre las cosas que refieren cuantos lo conocieron de cerca, Angelica Balabanoff, que militó a su lado durante muchos años, relata en el ensayo aparecido en *Europa* que ya hemos citado:

> «Flojo como era, Mussolini tenía la costumbre de lamentarse continuamente de las molestias que le causaba la sífilis que padecía y del tratamiento que tenía que seguir, lo que le obligaba a ir todos los días a un especialista a una hora fija.
>
> »La necesidad patológica de atraer la atención sobre su persona entraba de alguna manera en esta suerte de exhibicionismo: pensaba que, hablarle directamente al primero que llegaba de una enfermedad que en general se oculta, le hacía ser interesante. Viéndolo tan deprimido y queriendo cortar por lo sano sus lloriqueos, le aconsejé que consultara a uno de nuestros compañeros, médico famoso, con el fin de llegar a un diagnóstico seguro y establecer una terapia adecuada. Se apresuró a seguir mi consejo haciendo que le acompañara a la consulta de este médico un amigo en común, que era redactor en nuestro periódico. No me he encontrado en mi vida en presencia de un individuo tan asustado y quejica como el que entró, poco después, en la oficina de redacción, con la cara lívida y deshecha, los ojos más fieros de lo habitual. Sin decir palabra, se hundió en una butaca, escondió el rostro entre las manos y se puso a sollozar. Aunque estaba muy acostumbrada a su excesiva impresionabilidad, experimenté un

sentimiento de profunda piedad por este infeliz que imploraba mi ayuda: "Tú no sabes lo que me ha pasado —me dijo sollozando—. El médico me ha sacado sangre. Me ha anestesiado el dedo con éter. El olor del éter me persigue, está en el aire. ¡Ay! Te lo ruego, no me dejes solo, tengo miedo, ese olor me obsesiona...".

»Y, de hecho, pasó una semana entera con el terror de esa impresión. Cuando se acercaba la hora de la inyección, una inquietud se apoderaba de él, ya no podía trabajar, decía que estaba a punto de morir. Para calmarlo, le hacía seguir adelante durante una hora. "Son las cinco pasadas, no lo pienses más...". Se calmaba inmediatamente y volvía al trabajo como si nada hubiera sucedido. Tiempo después me entrevisté con dos doctores que le habían curado y estos compañeros, preguntados en épocas diferentes, estuvieron de acuerdo a la hora de constatar que nunca, en su carrera de médicos o de directores de clínica, habían encontrado un ser tan falto de valor. "Veo a miles de enfermos al año, dijo uno de ellos, pero semejante falta de fuerza moral es un ejemplo único. Llora por nada"».

Arturo Vella, Giacinto Menotti-Serrati, Francesco Ciccotti y otros ex amigos de Mussolini hablan, también, del miedo que le daban las inyecciones. Y sin embargo este hombre que tiene miedo de una inyección ha dado muestras de su energía en los duelos. ¿Cómo se explica? Se explica con el hecho de que, en los duelos, Mussolini tiene un público.

El doctor Calvini, que lo trató en el hospital de Ronchi, en donde se encontraba por las lesiones sufridas a causa de la explosión de un lanzagranadas, dice:

«Estaba siempre encerrado en sí mismo, triste, silencioso, casi asustado. Pero cuando se le llevó a la sala de operaciones, adquirió una vivacidad, una vitalidad singular. Miró fijamente el bisturí, y cuando la hoja cortó la carne, reaccionó a la sacudida apretando las mandíbulas con un improperio a flor de labios. Pero, poco después, nos miraba sonriendo».

Angelica Balabanoff dice de nuevo:

«Después de saber que vivíamos en la misma calle, Mussolini me pedía todas las tardes (mejor dicho, todas las noches, porque el *Avanti!* sólo salía a las cuatro de la mañana) que le esperara, y se mostraba muy disgustado cuando no lo hacía.

»—Me molesta quedarme solo, —me decía— ¡nunca se sabe!

»—Pero, ¿de qué tiene miedo?

»—¿De qué tengo miedo? De mí mismo, de mi sombra, de un perro, un árbol —respondió, encogiéndose de hombros».

Sin embargo, este hombre sabía estar a la cabeza de los disturbios en las plazas. Pietro Nenni (*Six ans de guerre civile en Italie*) cuenta a propósito de la lucha contra la expedición militar en Tripolitania:

«Era octubre de 1910 y el incidente estaba a punto de sacar a Mussolini de la oscura vida de provincias. Habíamos organizado en Forlì la resistencia contra la marcha de las tropas, y aún vuelvo a ver la escena del asalto a la estación para arrancar los raíles e impedir al tren que partiese. Eran alrededor de las tres de la tarde. Una enorme multitud, apiñada en la plaza pública, escuchaba nuestros discursos. Después un grito salió de mil pechos: "¡A la estación!". Y la multitud se lanzó, cantando, hacia la estación donde estaba parado un tren militar. De repente la caballería nos atacó, blandiendo los sables. Respondimos con piedras. Arrancábamos las tablas de un recinto para batirnos. Vuelvo a verme, boca abajo en el suelo, con una ancha herida en la cabeza de la que salía la sangre a chorros, una herida en el hombro y cerca de Mussolini, que, con un látigo en la mano, exhortaba a nuestros hombres a no ceder».

Este mismo hombre fue visto por el agitador sindicalista Alceste De Ambris con los ojos abiertos de par en par y pálido como un muerto, agarrado a una farola, lejos de la plaza donde se estaba desatando una carga de la caballería: «¿Qué haces así?». «Me agarro a la farola para no salir por pies».

He interrogado a bastantes obreros que han visto a Mussolini en las plazas. Me han dado respuestas absolutamente contradictorias: «Un hombre valiente». «Un cobarde». En realidad Mussolini es lo uno y lo otro a la vez. Cuando está preocupado por mostrarse valiente, logra serlo; cuando no tiene un público que lo mira, se deja dominar por su debilidad. Cuando fue herido por Violet Gibson, se desmayó, pero tras recuperar la consciencia, alardeó de una gran serenidad. Después del atentado Zamboni[31], él mismo redactó el comunicado en el que ofreció por radio «la sonriente calma del Duce» a la admiración de mundo (véase *Il Giornale d'Italia*, del 2 de noviembre de 1926).

Acusado de haber dirigido la manifestación de la que habla Pietro Nenni, Mussolini, durante el sumario, intentó descargar la responsabilidad sobre sus compañeros coimputados y la multitud, y se irritó con sus abogados que no consiguieron que fuera «eximido». A cuantos le hacían confiar en una amnistía, les contestaba que la amnistía se concede para las condenas muy graves, y los dos o tres años a los que se arriesgaba eran demasiado poco para la amnistía y demasiados para que pudiera soportarlos; sin mencionar que no contaba con la escapatoria a ser elegido diputado, por su edad. Se mostró con sus íntimos horrorizado y repetía: «Dos o tres años de cárcel, me cago en D...».

Este mismo hombre, en la audiencia, dijo a los jueces, para el público: «Su absolución o su condena no tiene para mí ninguna importancia. La prisión está en la base de un régimen aceptable. Un proverbio ruso dice que para ser un hombre completo se deben hacer cuatro años de escuela secundaria, dos de universidad y dos de prisión. Quien tiene relaciones demasiado

[31] Anteo Zamboni (1911-1926), joven de 15 años que disparó al «Duce». Un grupo de fascistas lo persiguió y cuando se retiraron, el cuerpo presentaba 14 puñaladas, un balazo y signos de estrangulamiento. Los padres de Zamboni, acusados de anarquistas militantes, fueron condenados a 30 años de prisión por instigadores. Este suceso fue utilizado como palanca política por el gobierno fascista para suprimir las libertades y disolver todos los partidos de la oposición. [N. de la T.].

frecuentes con las personas, siente, de vez en cuando, necesidad de soledad».

Margherita Sarfatti, en su libro apologético *Dux* (Milano, Mondadori, 1926, p. 66), cuenta que una tarde Mussolini se dirigía a la salida de los jardines públicos de Milán con unos amigos, cuando cerca de las verjas un guardián empezó a sacudir las llaves diciendo: «Estamos cerrando, señores, vamos a cerrar». Mussolini salió corriendo enseguida. A uno que, riendo, quería hacerle desistir en su carrera hacia la salida todavía abierta, se volvió encolerizado con la ansiedad de la fiera atrapada, de la fiera que teme la asechanza: «¡No, no, no puedo, yo no puedo sentirme encerrado! Estas rejas, estas cancelas; ¡vosotros no sabéis lo que es, lo que quiere decir la cárcel! ¡Yo me ahogo! Once veces en la cárcel: es un sufrimiento que no te quitas de encima». Esto no le impide, saliendo de la prisión, hacia la misma época, decir a los amigos que lo esperaban a la salida: «¡Precisamente ahora la libertad! ¡Cuando en la cárcel empezaba a descansar y a relajar un poco los nervios!».

El temor a los atentados, el temor de una catástrofe que lo condujera frente a un pelotón de ejecución o a cadena perpetua, empuja a Mussolini a la reacción. En su discurso del 26 de mayo de 1927 se descubrió el vínculo entre su miedo y las medidas excepcionales:

> «Recordad el gran día, de 31 de octubre en Bolonia... Recordad el insignificante incidente de la tarde [el ataque de Zamboni]. ... Fue entonces que en esta hoja de papel escrita por mí, a lápiz, como se ve, dicté las medidas que se debían tomar: retirada y revisión de todos los pasaportes para el extranjero; orden de disparar sin aviso a cualquier persona sorprendida en el acto de cruzar ilegalmente la frontera; supresión de todas las asociaciones, organizaciones y grupos antifascistas o sospechosas de antifascismo; expulsión de todos los sospechosos de antifascismo, o que tengan cualquier actividad contrarrevolucionaria...; creación de una policía especial en todas las regiones; creación de oficinas de

policía y de investigación y de un tribunal especial... Todos los periódicos de la oposición han sido suprimidos; todos los partidos antifascistas han sido disueltos; se ha creado la Policía Especial en las regiones que ya han facilitado servicios; se han creado las oficinas políticas de Investigación; se ha creado el Tribunal Especial, que funciona muy bien y no ha dado lugar a problemas...». (*Actas del Parlamento italiano. Cámara de Diputados. Debates. Sesión del 26 de mayo de 1927*).

Todos aquellos que han conocido de cerca a Mussolini han constatado su dualismo psíquico: sensibilidad femenina y crueldad, cobardía y coraje, sinceridad y simulación, etc. Este dualismo tiene una sola explicación: Mussolini es un neurótico en el que se pueden observar algunas características típicas de la intersexualidad.

Hijo de una madre que «personificaba la dulzura», como dice Pietro Nenni, y a la cual se parece extraordinariamente por la fisonomía, era, de niño, tímido, dulce y brutal a la vez. En una autobiografía inédita, Mussolini dice: «Yo era un travieso inquieto y largo de manos. Más de una vez volví a casa descalabrado por una pedrada. Pero sabía vengarme. Era un audacísimo ladrón campestre...». Y en su diario de guerra: «Hace veinticinco años yo era un niño puntilloso y violento. Algunos coetáneos míos llevan todavía en la cabeza las señales de mis pedradas. Nómada por instinto, me iba desde por la mañana hasta el atardecer, por el río, y robaba nidos y fruta. Iba a misa... En la iglesia había muchas luces... Sólo el olor del incienso me producía un desasosiego que a veces me llevaba a momentos de malestar insoportables».

A la víspera de la vuelta al internado, se pelea con un compañero: «le solté un puñetazo, pero en vez de darle a él me di contra la pared y me hice daño en los nudillos» (M. Sarfatti, *ob. cit.*, p. 34).

En 1898, en un ataque de rabia, le dio a uno de sus compañeros un golpe con el sacapuntas, y esto provoca su expulsión

del internado (D. Russo, *Mussolini et le fascisme*, París 1923, cap. VIII). M. Sarfatti escribe: «No podía admitir que ninguno de sus compañeros fuese mejor o le superase en algo... Por una palabra, por una mirada, por nada, en el internado se abandonaba a la violencia del puño y reinaba sobre sus condiscípulos con el terror» (*ob. cit.*, pp. 38-39). Y la misma añade que cuando Mussolini recuerda alguna de sus peleas de niño «conserva aún un pliegue orgulloso y malvado sobre los labios, saboreando todavía el rencor de la ofensa y la venganza» (*ob. cit.*, p. 21).

Ha sido dicho, justamente, que el «muchacho es el padre del hombre» [32]. Nosotros vemos en el muchacho Mussolini ese deseo de elevarse, de exaltar el sentimiento de su personalidad, que constituye, según Adler, «la fuerza motriz y el último fin» de la neurosis cuando ésta nace de la represión del sentimiento de inferioridad. Las explosiones de cólera rabiosa eran, en el Mussolini niño, uno de sus «medios de defensa», una *compensación*, «es decir, una demostración de cierta propiedad y actitudes, destinadas a engañar al mismo sujeto, y a las personas que le rodean, sobre su verdadera fortaleza, y para servir como una pantalla para su debilidad psíquica». (Kretschner). Este truco explica también sus extravagancias, sus exageraciones, debido a la continua simulación de una personalidad ficticia. Se piensa de él, leyendo de nuevo las palabras de Kretschner: «La ausencia de valor propio y la búsqueda de valor (Storch) determinan un gran número de elementos inadecuados, forzados, exagerados y caricaturescos, de los que se compone el ca-

[32] Según la descripción del doctor Henyer (*Les troubles du caractère de l'enfant, en Journal de médecine et chirurgi*e, 10-11-1922), el pensamiento del muchacho paranoico se dirige constantemente a la posibilidad de tener una superioridad sobre su ambiente. Es capaz de hacer un esfuerzo inmenso para familiarizarse con una materia que intelectualmente es superior a él sólo para «maravillar» a quienes están a su alrededor. Adquiere un conocimiento excepcional de un ramo del saber y sigue siendo un ignorante en todos los demás campos. [Nota del autor].

rácter del histérico genérico y del psicópata esquizoide y anestésico: la búsqueda de una fachada de efecto, cuando se carece de los materiales psíquicos para la construcción de esta fachada; esfuerzos incesantes, feroces, a veces radicales, a veces casi trágicos, que el sujeto se impone a sí mismo para mostrarse diferente de aquello que es en realidad».

Mussolini era audaz ocultando su timidez. Así, estando en Bolonia para reforzar su examen de profesor de francés, entró en el aula con el cigarrillo en la boca. Llamado al orden por los examinadores, tiró el cigarrillo, diciendo: «¡Ah!, olvidé que estaba en una academia». Realizaba actos de este tipo sólo para impresionar. Así, en ocasiones imitaba el estilo de Paolo Valera, un periodista *boulevardier*, imitador, a su vez, de Jules Vallès, para sorprender a sus profesores. Se vestía de manera descuidada pensando que una actitud «gorkiana» era la más indicada para un agitador revolucionario.

Cuando fue al Congreso Socialista de Ancona, partió de Milán con un traje recién estrenado y llegó con unos pantalones agujereados y un sombrero ajado muy sucio. Después volvió a Milán con su traje nuevo. Cuando llegó a Trento, sus compañeros, viéndolo desarreglado, le regalaron un traje que era irreconocible al día siguiente, y Mussolini se justificó diciendo que no podía soportar la ropa nueva. En Friuli las chicas le llamaban «el tirano» porque le gustaba darse aires de ser terrible. Son numerosos quienes recuerdan sus declamaciones a la luna y los paseos por los cementerios de noche, sus cóleras llenas de amenazas terribles y que se quedaban en desahogos puramente verbales. Todo este dinamismo teatral ocultaba su debilidad moral. Necesitaba, insisto, hablar de su fuerza, aparentar firmeza y valor, exaltarse y exaltar a los demás para no darse cuenta de las insuficiencias de su carácter.

Durante toda su vida revela inclinaciones extremas que se pliegan sobre sí mismas, breves períodos de euforia seguidos por períodos de melancolía y de apatía. Durante los difíciles mo-

mentos pasados en Suiza, sus reacciones se manifiestan en explosiones verbales. Al hablar de un maestro que le había mortificado, escribió a uno de sus amigos: «¿Qué había que hacerle? Matarlo. ¿Qué hice? Nada. ¿Por qué? Estaba hambriento y sin zapatos». Y escribiendo a propósito de un día de hambre: «¡Ah! si hubiese venido De Dominicis [era un escritor de pedagogía] a predicarme su moral, ¡con qué gusto le habría cortado el cuello!». Ve pasar una pareja de ancianos ingleses: «La mujer tosca y calva resplandece de oro y gemas... Huyo blasfemando. ¡Ay! Santa idea la Anarquía del pensamiento y la acción. ¿No es un derecho de quien yace, morder al que lo aplasta?» (M. Sarfatti, *ob. cit.*, pp. 59-60).

Durante este período crítico del que habla en *Ma vie* (Candide, 1928), presentándose a sí mismo como un vagabundo tranquilo, no cometió ni un pequeño robo. Toda su exasperación la liberaba en la exaltación periodística de la expropiación individual.

De vuelta a Italia, el terrible antimilitarista fue un disciplinado soldado de infantería, hasta el punto de que dejó el ejército con el grado de sargento. En *Ma vie*, Mussolini mismo cuenta que no eligió la carrera militar sólo por casualidad; esto resulta algo raro para un insubordinado como él. Cuando era el director del *Avvenire del Lavoratore* de Trento y secretario de la Cámara de Trabajo, escribió a uno de sus amigos (26 de febrero de 1909):

> «Me he anunciado en los periódicos, ofreciéndome como profesor privado de francés. Si pudiera vivir con estos medios, renuncio al secretariado inmediatamente.
>
> »Notarás que mi artículo es amargo, envenenado, macabro. Publicaré varias de estas historias a lo Poe. Uno en breve, con el título *Un suicida*. Se recopilarán luego en un pequeño volumen, que podría llamarse *Novelle perverse*...
>
> »Bien comprendes que no soy del todo feliz en mi posición actual. No envejeceré como asalariado del partido socialista austriaco —oh no—, cuando sepa tocar el violín, conduciré el mundo en lugar de vivir bajo las órdenes de los nuevos dueños. Escribo artícu-

los de quinta columna en *Il Popolo*, socialista, propiedad del Dr. Battisti, y no es improbable que me llegue una oferta de la redacción. Aceptaría. En cuanto a mi futuro, no he hecho planes. Vivo, como siempre, al día». (T. Nanni, *Bolscevismo e fascismo al lume della critica marxista. Benito Mussolini*. Bolonia, Cappelli, 1924, p. 152).

Este mismo hombre hacía de apóstol en los mítines y se daba aires de fanático devoto de su partido.

¿Simulación? Sí y no. Había en él una necesidad de escapar de la vacuidad de la vida, para sumergirse en el baño cálido de la lucha, de sentirse *alguien*, de poder conmoverse por las bellas ideas que había respirado en la primera juventud. En el fondo de su odio por los socialistas hubo, durante mucho tiempo, un sentimiento reprimido de nostalgia por sus luchas.

Pietro Nenni dice que Giovanni Amendola[33], cada vez que se lo encontraba, le planteaba siempre la misma pregunta: «Usted que tiene un conocimiento profundo, ¿cree que se ha llevado el histrionismo a los desfiles, las plumas, las decoraciones, los uniformes?». «El hombre estaba disgustado —dice Pietro Nenni— veía en el histrionismo de Mussolini un ultraje a la dignidad humana». El filósofo estaba disgustado porque él era fuerte, sano, viril y no podía comprender la necesidad de crearse una personalidad con la fachada. En efecto, Mussolini asocia su tendencia al exhibicionismo con la voluntad de desempeñar su papel de *duce* en una «revolución». Su vanidad y su ambición, no siendo la segunda otra cosa que la sublimación de la primera, se encuentran. Esa necesidad de creerse fuerte y esa voluntad de llegar a serlo se resuelven casi por completo en la ilusión de ser un gran hombre, y en la voluntad de demostrárselo al mundo. El actor ha comprendido bien su personaje. La máscara se ha convertido en su rostro. Empieza a ser sincero. Ya no tiene necesidad de apretar los dientes.

[33] G. Amendola (1882-1926), periodista y político que destacó por su oposición al fascismo. [N. de la T.].

Puede sonreír. Las mandíbulas de determinación se han formado».

Conclusiones

AL LLEGAR a la conclusión de un libro, nos damos cuenta de que sería preciso reescribirlo desde el comienzo. En mi caso, además, considero necesario otro libro que podría llevar por título *La psicología del fascismo.*

Un emigrado antifascista, el profesor Carlo Rosselli en su *Socialisme libéral* (París, 1930) ha escrito esta gran verdad:

> «El fascismo está enraizado en el subsuelo italiano, expresa los vicios profundos, las debilidades latentes, las miserias de nuestra gente, de nuestro pueblo entero.
>
> »No hay que creer que Mussolini ha triunfado sólo por la fuerza bruta. Si ha triunfado es también porque ha sabido tocar sabiamente ciertas teclas a las que la psicología media de los italianos es extraordinariamente sensible. En cierta medida el fascismo ha sido la autobiografía de una nación que renuncia a la lucha política, que hace culto a la unanimidad, que huye de la herejía, que sueña con el triunfo de lo fácil, de la confianza, del entusiasmo. Luchar contra el fascismo no significa, por tanto, luchar solamente contra una reacción de clase feroz y ciega, sino también en contra de un determinado modo de pensar, una sensibilidad, contra las tradiciones que son patrimonio, por desgracia inconsciente, de la gran corriente popular».

Cuando un aventurero como Mussolini puede llegar al poder, quiere decir que el país no está ni sano ni maduro. Es necesario que los italianos se desembaracen de Mussolini, pero

también es preciso que se deshagan de los defectos que han permitido la victoria del fascismo. Italia es el clásico país de los *héroes*. En un país en el que se ha formado una consciencia colectiva, no se tienen ni dictadores ni autores de atentados. El héroe que, como Lucetti[34], como Schirru[35], se levanta, solo, contra el tirano, es la expresión de una necesidad ideal de un país abatido; es la compensación psíquica de una degradación colectiva. Todo el *Risorgimento* está lleno de acciones individuales, de expediciones locas de heroísmo, pero también de numerosas y prolongadas vilezas.

Nosotros hemos tenido siempre dictadores, demiurgos ministeriales, grandes agitadores y manipuladores de mayorías parlamentarias. La *individualidad* ha sido siempre la nota dominante de la vida pública italiana.

Me hubiera gustado ilustrar las relaciones entre Mussolini e Italia de manera amplia y detallada; pero, lo repito, sobre ello habría materia para un segundo libro.

Me he limitado a pocos toques, a algunos rasgos para delinear el perfil psíquico del *duce*. Este perfil es típico. Pilsudsky, Stalin, Horta, Primo de Rivera, todos estos dictadores no tie-

---

[34] Gino Lucetti (1900-1943), anarquista que atentó contra la vida del Duce. Lanzó una bomba de mano hacia el coche del jefe del fascismo, que salió ileso. Cuando es capturado declara haber hecho todo él solo, encubriendo a los demás organizadores y entre ellos a Errico Malatesta y Luigi Damiani, que conocían el plan. Es condenado a 30 años de reclusión. [N. de la edición italiana].

[35] Michele Schirru (1899-1931), anarquista que atentó contra la vida de Mussolini. En 1931 sale de París hacia Italia con dos bombas, proyectando eliminar a Mussolini. Pero en Roma es detenido: en la comisaría dispara contra los agentes (hiriendo a tres de ellos) e intenta suicidarse. Es procesado con juicio sumarísimo por el Tribunal Especial fascista y es condenado a muerte tras haber confirmado sus ideas e intenciones. Es fusilado. Berneri escribía de él: «Estaba seguro de que su ejemplo no sería infecundo, de que la derrota respecto al objetivo de la empresa podía convertirse en una victoria. De hecho, él ha vencido. Está más vivo que nunca». [N. de la edición italiana].

nen nada en común con Mussolini. El único tipo político que se le acerca es Hitler: pero se trata de semejanzas superficiales.

Mussolini es «un italiano del siglo XVI, un caudillo», dijo George Sorel en enero de 1912. No se engañaba, en el fondo. El 26 de noviembre de 1914 el *Avanti!* reconocía la fuerza de su ex director:

> «Nosotros veremos pronto formarse un ejército de valientes que marcharán intrépidos —con Benito Mussolini a la cabeza—, armados de regios mosquetes equipados por el oro burgués, haciendo la guerra revolucionaria. Pero el generalísimo no tiene muy buena mano en la elección de su gente. Sus tropas son un atajo de gentuza. Él no les pregunta a sus soldados quiénes son, de dónde vienen. Los pone en fila, los reordena en las amplias columnas de "su" *Popolo d'Italia*, los expone al público...
>
> »Los buenos militares de Benito Mussolini han de ser exhibidos no ya para el público —el cual, aunque nutrido, ya ha comprendido de qué se trata— sino para quienes esperan arrancarle al Partido Socialista no sólo al director del *Avanti!*, sino también la gran masa de la que tienen mayor necesidad para su especulación belicista».

Mussolini ha sabido crearse un ejército de partisanos y ponerlo al servicio de la burguesía. «Para poder contar con un líder inteligente, los reaccionarios siempre tienen que esperar a que un socialista enloquezca», ha dicho el socialista Loebe, presidente del Reichstag. Mussolini posee esa pizca de locura que se necesita para ser un fascinador, pero también posee una fuerza mayor: una rara intuición. Se ha dicho que Lenin les ha reprochado a los socialistas italianos no haberlo empleado como caudillo. Es posible. Lo que es seguro es que Mussolini ha sabido emplear toda la arrogancia, toda la desvergüenza, todas las mentiras, toda la utilería demagógica que le faltó a quien, en 1919 y 1920, era saludado como el Lenin de Italia: Errico Malatesta. *El Corriere della Sera* del 20 de enero de 1920 escribía escandalizado: «El anarquista Malatesta es, hoy por hoy,

uno de los grandes personajes de la vida italiana. Las multitudes de la ciudad salen a su encuentro solemnemente, y no le llevan las llaves de las puertas, como en un tiempo era costumbre, sólo porque ya no hay llaves y ya no hay puertas».

Malatesta no era un caudillo. No podía explotar su enorme popularidad porque era un razonador, enemigo del fetichismo, amante de la claridad de las ideas y contrario a las poses.

Dos recuerdos personales iluminarán esta figura. Estábamos en Roma en 1920. Un grupo de *Arditi del Popolo* (valientes del pueblo), camisa a la *Danton* y cabeza descubierta, armados de bastón, lo rodearon. No había motivo para temer un ataque fascista, pero aquellos hombres estaban contentos con su papel de protectores del viejo y famoso agitador. Malatesta estaba consternado. Me susurró: «Hay que quitárselos de encima». ¿Qué podíamos hacer? Era mediodía. Entramos en una casa de comidas. En la puerta, Malatesta se paró. «Se lo agradezco; hasta pronto queridos amigos». Pero los amigos no quisieron irse. Toda la cuadrilla entró con nosotros y ocupó las mesas a nuestro lado. Malatesta meneó la cabeza como diciéndome: «Es inútil». Una vez acabado el almuerzo, los valientes se apresuraron a pagar sus comidas, y ahí estábamos de nuevo escoltados. Pero el Lenin de Italia no podía más. Me propuso que fuéramos a nuestro periódico. Y esta vez el grupo, a la entrada, decidió irse. Malatesta echó un vistazo desde la ventana: «Ya no están», me dijo con aire de satisfacción.

Un día que estaba yo en su casa, se presentó un compañero, uno de los jóvenes compañeros de provincias llenos de ingenuo entusiasmo. Había preparado su breve discurso durante el largo viaje. Y empezó: «¡Te saludo, vieja bandera de la Internacional!...» Pero no prosiguió. Malatesta, sorprendido e irritado, le indicó una silla: «Siéntate, siéntate, hablarás mejor». Todavía estoy viendo la figura pasmada de aquel pobre neófito.

Un hombre semejante no podía, en los años rojos, «hacerse protagonista». En aquel período, cuántos agitadores sin inteli-

gencia, sin cultura y sin valentía se habían convertido en líderes potentes. En aquellos años sucedían cosas nunca vistas. Quienes habían luchado durante toda su vida por su partido eran sustituidos por jóvenes recién llegados. Había socialistas con querencia anarquista y anarquistas con querencia bolchevique. Llegué a ver, al final de un discurso que pronuncié en una sección socialista de Florencia, al secretario proponiendo que toda la sección, incluida la caja, se pasara a la Unión Anarquista. Y yo no soy un orador. Sucedió también que pasé un día entero, en Carrara, con unos jóvenes republicanos creyéndoles compañeros. D'Annunzio mandaba artículos al diario anarquista y algunos individualistas eran arrestados en Milán por haber conspirado con unos legionarios de Fiume. Los sindicatos católicos se dedicaban al sabotaje y el cabecilla del futurismo, Marinetti, escribía en las paredes «¡Viva Malatesta!».

Se vivía en una atmósfera incandescente, donde los extremos contrarios se confundían, donde todas las posibilidades más contradictorias se presentaban caóticamente, donde todos los mitos chocaban unos con otros. En un momento semejante, en un país que salía de una crisis profunda, como la de la guerra, y después de dos años de luchas feroces, Mussolini podía imponerse. Él era joven. En 1922 tenía veinticinco años menos que D'Annunzio, cuarenta menos que Giolitti. A la cabeza de escuadras armadas, formadas en gran parte por gente que sólo pedía no volver al trabajo o a la humilde condición social en que vivía antes de la guerra, él fue el Garibaldi de la contrarrevolución. Se valió de la protección del gobierno de Giolitti, obtuvo la complicidad del alto mando del ejército, de la magistratura, de la policía. No fue más que el actor principal de toda una política de aplastamiento de las fuerzas obreras. Supo ser un mero espectador en 1919, usar el chantaje con la burguesía en 1920, traicionar la causa de Fiume, renegar del programa inicial de los *Fasci*. Supo ser «el hombre del porvenir», lo cual puede ser difícil, pero no deja de ser banal. Si Mussolini no hu-

biera existido, sin duda la presente historia italiana no habría sido la misma. Pero no habría sido muy diferente. Habrían estado en su lugar De Vecchi o Grandi o Balbo. Cada uno de estos hombres tenía las cualidades y los defectos necesarios en un papel análogo al que desempeñó Mussolini. ¿El prestigio? ¿El mito? La prensa se habría encargado de darles el primero y crear el segundo.

Toda esta situación italiana ha llevado hasta la dictadura, ha determinado las fases sucesivas del fascismo. Es infantil creer que todo esto ha sido el producto de la voluntad y la inteligencia de un hombre. Mussolini no ha sido ni es más que un actor de la tragedia italiana. Gran actor, hay que reconocerlo. Pero un país no es un teatro y el marasmo económico, las cárceles llenas de inocentes, las islas de confinamiento, el tribunal especial, la inquisición policial, la milicia, el exilio: todo esto demuestra que llegar al poder es más fácil que ser un hombre de estado y que no se pueden resolver con la fuerza bruta los problemas de una nación. Mussolini ha querido una política financiera y económica que ha arruinado al país; ha pregonado la «batalla del trigo» y esta batalla ha sido un desastre; se ha hecho promotor del *conejismo* demográfico imperialista y los nacimientos disminuyen; ha creído poder sofocar la oposición, pero la lucha antifascista persiste y da siempre nuevos mártires y héroes; ha creído que podía conquistar la Iglesia, y la Iglesia se yergue contra él; creyó posible hacer el doble juego de las alianzas sucesivas, y del pacifismo hacia el exterior y el belicismo hacia el interior, y hoy el mundo entero ve a Italia como un barril de pólvora explosiva. La comedia va siendo cada vez más dramática. ¿Cuál será la catástrofe?[36]

[36] A modo de nota final, nos preguntamos qué pensaba Mussolini de Berneri. Es evidente que le temía, pues se le señalaba como «dirigente del terrorismo antifascista». El historiador Petacco, refiere que el Duce, ante la noticia de la muerte del anarquista, se mostró «profundamente dolido». Mussolini tuvo un momento de sinceridad con Yvone de Begnac: «Yo conocía bien la agudeza intelectual y la índole pasional de Ber-

neri, noble enemigo que tuvo buenas razones para no creer en mi amor por la libertad, pero que no tuvo ninguna para sellar el pacto de unidad de acción con los comunistas de Cataluña. No ha sido asesinado por los diestros del poder gubernamental, sino por los bolcheviques ítalo-rusos que le temían mucho más que a Franco». [N. de d'Errico, *op, cit*.].

FASCISMO. AUTORRETRATO DE UNA NACIÓN[1]

El fascismo, la masa, los jefes[2]

TENDRÍA UN INTERÉS de carácter estrictamente histórico remontarse al período anterior al desarrollo sindical del fenómeno fascista, si esta mirada retrospectiva no fuese útil también para combatir un estado de ánimo muy difundido hoy: la desconfianza en las masas. Esta desconfianza es uno de los obstáculos más graves para reemprender la lucha de los partidos de izquierdas, y para una exacta valoración de las posibilidades de un movimiento clasista inmune a los defectos del pasado período demagógico.

Que grandes masas proletarias hayan pasado de las banderas rojas a los gallardetes negros es un hecho que demuestra, indiscutiblemente, la falta de preparación política de la clase obrera, inconstante, por defecto típico de la raza latina y por insuficiente madurez de la consciencia. Pero no es un hecho que pueda justificar el pesimismo de muchos de los vencidos, ni el larvado desprecio de los vencedores. Ni puede justificar la ligereza y, en algunos casos, la vil falta de honradez de los líderes.

[1] Textos de complemento en la edición italiana de *Mussolini grande attore*. [N. de la T.].
[2] Publicado en *Studi politici*, Roma junio-julio de 1923, págs. 153-157.

Al inicio de 1919 las plazas de Italia desbordaban de descontentos, los veteranos del barro de las trincheras empezaron a gritar hurras a la revolución y a Lenin, su profeta.

La prensa roja multiplicaba la tirada y se alargaban las listas de las suscripciones. Los sindicatos se volvían cada vez más pletóricos, y era espectacular la afluencia de nuevos miembros a las secciones y grupos de los partidos de vanguardia. Las elecciones de noviembre de 1919, con un programa extremista, llevaron al Parlamento a una inflamada patrulla sentada a la extrema izquierda. Pero los discursos, las manifestaciones, las marchas, se sucedían sin que se perfilase ni la figura de un gran líder, ni una unión de partido de gobierno bien organizado. La subida del precio de los alimentos en la primavera de 1919, incita a una mezcla explosiva de descontento, sobre todo por los periódicos «biempensantes», pero se extingue en charcos de vino y aceite, y la ahogan en un banquete. Aún no se había instituido la Guardia Regia, el ejército estaba impaciente por licenciarse, y el gobierno dio rienda suelta a la pequeña revolución pantagruélica.

Tal vez el gobierno vio con buenos ojos estos disturbios esporádicos y mal dirigidos, como un modo de disminuir la presión de la insurrección, distrayendo a la opinión pública de las verdaderas causas y del auténtico responsable del alto coste de los alimentos, y que servía de advertencia a las clases ricas que impedían cualquier intento del gobierno tendente a restablecer un estado de cosas que se acercaba a la pre-guerra. ¿Qué hicieron los líderes? Dejaron que la ira miope y la mísera codicia del pueblo golpearan a los tenderos, que vivían de los beneficios de una pequeña tienda modesta, porque los grandes almacenes disfrutaban del privilegio de ser defendidos por la fuerza pública. Los líderes no supieron afrontar, y tampoco lo intentaron, el impulso saqueador que mostraba un campo más vasto de acción. Se limitaron a cubrir, con los velos policromos de la retórica demagógica, el salami y las botellas del festín popular,

limitándose a hacer ir a los almacenes a la Cámara del Trabajo y convirtiendo a los porteros de las tiendas en los jefes más astutos. Las consecuencias fueron: que una parte de las masas de los trabajadores creyó que la revolución no fue más que un saqueo muy grande; que los tenderos grandes pensaran en un castigo, y que los pequeños, encontrando injusto que la gente robara en sus tiendas mientras que se dejaban tranquilas a las gruesas carteras y a la mafia encumbrada, estuvieron mal dispuestos hacia ese bolchevismo que, en su empírica conciencia pequeña burguesa, equivalía a un nuevo saqueo.

El cansancio popular estaba próximo. El contraataque burgués se estaba preparando. Los líderes socialistas no vieron nada. Al igual que en el movimiento del alto costo de los alimentos no hicieron nada para no perjudicar a la huelga general del 20-21 de julio, así, a finales de junio de 1920, con el estallido de la insurrección militar y obrera de Ancona, rechazaron la idea de un movimiento republicano, porque habría dado lugar a una moderada república socialdemócrata, y no a la dictadura comunista soñada bajo los esquemas y programas moscovitas.

Cuando llegó la ocupación de las fábricas, en agosto y septiembre de 1920, la crisis revolucionaria parecía evidente, en la ambigüedad de los líderes y en la falta de preparación de las masas. En esos días tuve la ocasión de presenciar la ocupación de las fábricas en los centros industriales de la Toscana y Emilia. Me di cuenta de que el espíritu de los trabajadores era muy diferente en las distintas ciudades. En algunas, el entusiasmo del primer momento, era seguido de una sensación de agotamiento. En otras persistía el entusiasmo, pero los medios de defensa y los elementos técnicos no se correspondían con la buena voluntad. En todos los trabajadores con los que tuve contacto se producía la confusión de querer hacer la revolución y de esperar el final de las negociaciones entre D'Aragona, Buozzi y los industriales, con el gobierno como intermediario.

Desvanecido el entusiasmo colectivo de los primeros días de la ocupación, la masa se dividió. Estaban los que pensaban: «¡Mejor! La revolución comienza. Debemos atrevernos, sacrificarnos»; pero estos eran pocos. Estaban los que gritaban: «Ahora nosotros somos los jefes. Controlamos nosotros», pero no sabían lo que había que hacer y no se preguntaban hasta dónde podía llegar su voluntad, y eran muchísimos. Y estaban los que pensaban: «¡Dios nos ayude!», y eran muchos.

Cuando en octubre de 1920, Malatesta, Borghi, otros representantes anarquistas y los organizadores sindicalistas, fueron detenidos, hubo alguna ocasional demostración de huelga como respuesta a la acción del gobierno. La reacción empezaba a encontrar el camino libre.

¿Cómo fue posible que el fascismo camorrista no levantara las protestas de las clases medias?

Porque estas clases estaban irritadas por la hostilidad de las masas obreras hacia todo cuanto apestara a burgueses y militares. Las burlas hacia las damas, las amenazas a los estudiantes, la caza a los oficiales... toda esta ciega hostilidad del mono de trabajo hacia el sombrero de plumas, hacia el cuello almidonado, hacia los uniformes de oficiales, creó un gran descontento, que se hizo más y más vasto con el exasperante goteo de huelgas en los servicios públicos, huelgas indispensables en muchos casos, pero, en otros muchos, desproporcionas, con el fin de ser incluso más dañinas que las primeras, porque la razón no era evidente. Es interesante, en este sentido, la opinión expresada por un anarquista autorizado, Luigi Fabbri, en su libro *La Contro-rivoluzione preventiva*. (Cappelli, Bolonia, 1922). Si los trabajadores del servicio público tienen derecho a huelga: «desde el punto de vista del interés de clase y del interés revolucionario —por el que deben tratar de recoger por su propio esfuerzo el mayor número de apoyos y disminuir el número de hostilidades— los trabajadores mismos deberían poner un límite a la utilización de esta arma de doble filo, muy eficaz en

ciertos momentos y circunstancias, pero que, por su naturaleza, tiende a aumentar en torno a sí la oposición del público y a limitar las adhesiones al movimiento, no solamente entre las clases dirigentes, sino entre todos».

Y eran los líderes, socialistas y sindicalistas, los que llamaban a estas huelgas generales que surgían con demasiada frecuencia, para defender pequeños intereses de clase y los hechos más insignificantes.

Las manifestaciones, cada vez más numerosas, y siempre ineficaces, exasperaban, obligando a los servicios, en el largo turno, a un trabajo excesivo, y al violento contacto permanente con la multitud hostil, y con la fuerza pública, que estaba también irritada por la sistemática, y, a veces exagerada, campaña, a base de artículos agresivos y caricaturas insultantes de los periódicos de izquierda. Los líderes, muy agradables en las antesalas de las comisarías y en los juzgados, no dejaron de agitar a las multitudes contra los guardias reales, contra todo desgraciado trasladado de la posguerra, incapaces de darse cuenta de su propia función, y alejados del espíritu y la vida de la Italia septentrional y central.

Este error táctico explica muchos de los enfrentamientos entre los manifestantes y la fuerza pública (140 de ellos con resultados letales y 320 muertos en los partidos obreros), que de abril de 1919 a septiembre de 1920, avivó en las masas una momentánea indignación, intensificando el descontento de las clases medias y dejando a las masas en un estado de deprimente fatiga.

El fascismo comenzó a penetrar en las masas. En primer lugar, corrieron a inscribirse en los sindicatos fascistas aquellos trabajadores que siempre habían estado listos para ir donde vieran el cuenco más lleno. Entonces, los que estaban aislados en lugares sin gran desarrollo de la vida obrera tuvieron que elegir entre la nada y la entrada en los sindicatos fascistas. Luego llegaron las adhesiones en masa en las zonas en las que

los medios de coerción, desde las palizas a incendiar las casas, eran tales, que no permitieron resistencia alguna.

El terror explica, pero sólo hasta cierto punto, las deserciones. La verdadera causa es la mala educación dada por los líderes a las masas, especialmente en las zonas rurales. En ciertos lugares ser de la Liga o ser socialista eran sinónimos. El socialismo se reducía a cuestiones de aumento de salarios, a la elección del diputado más dispuesto a actuar para proteger los intereses de la organización, para asegurar el egoísta mecenazgo gubernamental a las cooperativas, a la conquista del ayuntamiento con el fin de gravar más a los señores. La táctica sindical, cooperativista y política de los socialistas se inspiraba en la fórmula: los máximos resultados con el mínimo esfuerzo. Por tanto, ningún sentido heroico de la lucha de clases, sino la mezquina alianza de intereses sin la luz del idealismo.

Carecían, y no podía ser de otro modo, de la confianza de las masas en sus propios líderes, abogados ansiosos de un rinconcito en el parlamento o promotores de negocios que se aferran a sus privilegios.

Los líderes, para dominarla, sirven a la masa. Para congraciarse, la halagan. La abandonaron incapaces de ir contra corriente, y temerosos de comprometer su popularidad caen en los errores más groseros. Uno de estos errores, y uno de los más graves, fue el de obligar a los trabajadores adversos a la organización a que entraran en las asociaciones. Estos miembros forzosos, fueron los primeros en marcharse y pasarse a la otra orilla, y fueron luego los más fascistas. Los hechos han dado la razón a los anarquistas, que en su Congreso de julio de 1920 en Bolonia, afirmaron que «todo el mundo tiene derecho al trabajo, y que la organización debe ser portadora de la creciente consciencia de los trabajadores, y no imponerla por la fuerza», en protesta contra el sistema de organización obligatoria, que es «violación de la libertad que daña el contenido idealista y

cualquier espíritu de lucha, y constituye un germen de disolución en el seno de la misma».

Pero sería demasiado largo el examen de los errores pasados. Llegamos, pues, a la posición en la que las masas de trabajadores, *fascistoides* o no, se encuentran frente a los líderes, a los que dominan.

En la ofensiva fascista del otoño de 1920, no fueron los círculos políticos los primeros en ser sometidos, sino las Cámara del Trabajo y las cooperativas. En el ataque «anti-bolchevique» se procedió con igual violencia tanto en los centros de subversión como en aquellos lugares donde el espíritu revolucionario de posguerra no había tenido un desarrollo significativo, o donde no se había producido ningún incidente grave de guerra de clases. En Reggiano y Modenese fueron agredidas las organizaciones reformistas, en Bergamasco las católicas, en Padovano incluso las cooperativas apolíticas y las dirigidas por los conservadores. En el apogeo de la etapa camorrista de la avanzada fascista, Benito Mussolini tuvo que decir: «El fascismo es sinónimo de terror para los trabajadores... una chusma de negociantes y politicastros ha identificado el fascismo con la defensa de sus turbios intereses». Todo esto sucedía porque los líderes fascistas, si bien hacían alarde de un aristocrático desprecio al número, tuvieron que rebajarse al reclutamiento de numerosos seguidores, muchos de los cuales tenían los impulsos y los intereses de los matones. Al período de asociacionismo político-militar, le sucedió el del asociacionismo sindical. El programa del sindicalismo fascista era:

1) el reconocimiento de la función económica y social, del empresario y el capitalista;
2) el conocimiento y la creación de una jerarquía técnica;
3) la formación de un fuerte conciencia nacional.

Programa muy vago, carente de originalidad en la improvisación ecléctica, de solidez en la forzada conciliación de fuerzas contrarias, y de realidad en lo abstracto.

Agostino Lanzillo, en su libro *Le rivoluzioni del dopoguerra* dio un consejo, que era también una profecía: «Después del primer período de polémica, los sindicatos fascistas tendrán que actuar en el terreno de la lucha de clases, como es ley ineludible de la vida de cualquier sindicato obrero. Y por eso, la concepción antisindical del actual programa fascista deberá cambiar a una concepción que respete al movimiento obrero, no como un hecho transitorio e insignificante, sino como una realidad indestructible de la vida nacional. Que esta realidad sea aceptada como lo que es, y que no sea negada con el pretexto histórico de querer absorberla en una concepción abstracta y teórica de Nación».

¿Se dirige el fascismo a este reconocimiento? La llegada de Mussolini al gobierno ha aumentado el flujo de los que se organizan en corporaciones fascistas. La masa sindical fascista se ha hecho aún más heterogénea y contiene las tendencias más imprevisibles posibles. La ocupación de las fincas por parte de las ligas fascistas, es uno de los muchos síntomas de esa superioridad del fascismo-sindicato en el fascismo-partido, que en ciertos lugares ya existe y que se generalizará. ¿Tendremos una lucha de clases con sello fascista?

Si esto es así, se tratará de un fenómeno que marcará la desintegración del partido fascista. Si va a haber un conflicto general entre los trabajadores de los sindicatos fascistas y los empresarios, el gobierno, que controla a los segundos sin poder descuidar a los primeros —y prueba de ello es la actitud de cascarrabias bonachón que tiene Mussolini cuando habla al público obrero—, se encontrará de frente con una crisis muy grave. Tal vez pueda superarla, pero no podrá no tomar una decisión radical, que no puede ser más que una: un fuerte golpe a la izquierda.

Sin embargo, el partido fascista no tiene la posibilidad de tener éxito también en una estrategia acrobática de esta magnitud, ya que es demasiado pesada y diversa. Pero se verá obligado, a regañadientes, a intentar el gran salto. La tesis de una única organización para empresarios y para obreros no puede materializarse. Por un lado están los descontentos, y por otro, los satisfechos de haber escapado al peligro revolucionario, pero no siempre dispuestos a pagar demasiado caro el rescate. El gobierno fascista, queriendo sanear las finanzas del estado, no puede continuar llenando las lagunas financieras del gobierno exprimiendo a los contribuyentes y atacando muchos intereses generales. Si quiere dar la mano a una verdadera reconstrucción, se verá obligado a simplificar los servicios públicos, despertando la hostilidad de la masa asalariada.

A causa de esta compleja posición dominante de las masas a las que sirve, el gobierno fascista se verá obligado a mantener en la órbita de su política a los sindicatos fascistas, base poco segura también, pero posible herramienta de una acción contra aquellas clases que impiden cualquier actuación reconstructiva que no sea una artimaña de corta duración.

Las masas siguen siendo una fuerza, y las oligarquías deberán tenerla en cuenta, ya que es inevitable que la dialéctica de los procesos históricos colectivos venza a la lógica apriorística y finalista de los líderes.

Consideraciones obsoletas[3]

NO SÉ CUÁNTA VERDAD hay en la teoría de Spencer, según la cual, la religión se deriva del culto de los antepasados, y si tenía razón Evemero de Messana al considerar a los dioses como

[3] Publicado en *Almanaco sociale illustrato per el 1925*.

personajes históricos deificados. Lo cierto es que la humanidad siempre ha tendido, y lo sigue haciendo, a personalizar los grandes acontecimientos, y a atribuir a la capacidad de uno solo lo que ha sido el resultado de los esfuerzos de muchos. No siendo capaz de explicar el rayo, el hombre creó a Júpiter, como nos enseña Ovidio; no pudiendo explicar la civilización, el hombre creó los mitos y los héroes. Y ahí están los caldeos, que en siglos y siglos de observaciones celestes, hicieron que de la oscuridad de la superstición surgiera el amanecer de la ciencia, pasando de ser una horda de salvajes que vagaba por la tierra, similares a un pez, al habla humana; aquella horda que vino del mar y trajo la escritura, los números, la geometría y la arquitectura. Y los chinos atribuyeron a los más lejanos emperadores la invención de las herramientas agrícolas, así como los griegos crearon el mito de Prometeo, que descubrió el fuego. Y los romanos, que sustituyeron a los dioses personales de los griegos por abstracciones personificadas, y se inclinaron para adorar en el altar las imágenes de los Césares.

Al hombre le resulta difícil comprender los procesos históricos, y abriendo los ojos en la casa que construyeron sus antepasados, se asombra, y le parece vivir un sueño. Ve templos enormes y colmados de riquezas fabulosas, ve ciudades inmensas y grandes, tierras fecundas e irrigadas, audaces puentes, caminos anchos y larguísimos, y otras maravillas que sepultan la era de la cueva en la oscuridad de los tiempos ignotos, y cree en los corruptos sacerdotes custodios de la tradición e intérpretes ambiguos de la civilización cuando le hablan de los dioses tutelares; y cree a los áulicos historiadores y retóricos cuando le hablan de que los Césares llevaron al populacho la gloria, la riqueza y la civilización con el poder del ingenio y la tenacidad de la voluntad; que, sin la gracia de los dioses y la guía de los poderosos, habrían continuado vagando por la selva y viviendo en las cuevas. Y cuando participa en el avance de la nación con la fuerza de las armas, con el trabajo de la azada o el martillo,

con la belleza virgen de sus canciones, aclama al capitán que no fue sino timón, que nunca lo habría podido ser sin el esfuerzo de los remos; respeta al patrón, que al trabajo no lleva más que el puñal y la garra del poder; cree que son obra de uno solo aquellas *Odiseas* y aquellas *Ilíadas* que mil cantores entretejieron, sin vanidad de laureles y sin avidez de ganancias.

Y ahí tenemos a sacerdotes, poetas, historiadores y retóricos perpetuando la mentira de los Dioses y los Héroes, poniendo en los altares a los reyes taimados y depredadores. Y ahí está el catolicismo confirmando como obra de Dios la Biblia, creación de todo un pueblo; así como convirtió siglos de historia en el instante de una revelación; tal como se hizo de un hombre, el César, una religión universal.

Y los ayuntamientos crearon los Santos patronos para que se convirtieran en señorías, y el papado infalible y la monarquía absoluta surgieron de la deificación de la autoridad. Y aún hoy la ilusión continúa. Y lo que es la acción de millones de hombres se sintetiza en personas. Y las multitudes que avanzan siguen creyendo que llevan las banderas. Y los supervivientes de las batallas alaban al líder que, despertando aturdido, corre fuera de la tienda para posar como artífice de las victorias.

Son los periódicos, los libros, las escuelas, los que perpetúan esta idolatría social. El pueblo es, para los instruidos, como las naciones extra-históricas de Hegel. O es ignorado, o se le llama a escena para hacer los coros. Al igual que ciertos pueblos fueron olvidados por los escritores de la historia universal que no podían ver cómo ellos, a pesar de ser inconscientes de sí mismos y desconocidos para otras personas, escondían —como dice Cattaneo— alguna capacidad natural reservada para el futuro, así el pueblo, hoy día, ha quedado apartado en la sombra, para dejar el lugar a los Héroes. ¿Y quiénes son estos héroes? Máscaras, maniquíes, leones de trapo. Personas que alborotan mientras otros luchan, gente que se beneficia mientras otros se sacrifican en silencio, gente que obtiene trofeos de la

sangre y se sube a los hombros de los interesados y de los servidores astutos, provocando todas las bajas pasiones sólo para conseguir alabanzas.

Los creadores de la civilización permanecen en la penumbra o en el trabajo humilde o en el genio solitario. Y crean montañas. En la cima, los profanadores de la historia repiten la fábula de la mosca cochera[4]. Pero se acerca, aunque lentamente, el día en el que los ídolos serán despedazados por el hombre, en su conciencia. Desde ese momento, la historia aparecerá como un curso de agua y no como un flotador de corcho.

Al vaciado del cielo se añadirá el derrocamiento de los ídolos históricos. No esperaremos a profetas, no serviremos a líderes. Nunca más se dirá mi amo, porque nunca más se dirá *mi libertador*.

Mussolini fue el duce porque gritaba: ¡Que viene Lenin! La confianza en el libertador crea al tirano. Pero aquí nos deslizamos hacia la política. Y el mío es un discurso anticuado.

[4] Fábula de Gayo Julio Fedro (15 a.e.c.-55 d.e.c.): Un carro de seis caballos subía por un camino arenoso. Ante la dificultad, los pasajeros se bajaron para aligerar el peso. Llegó una mosca que se puso a azuzar a los caballos, picándoles por todos lados y animándoles a subir. Luego se posó sobre el cochero y le picó en la nariz. Mientras, se quejaba de que los pasajeros no hacían nada, que todo el trabajo recaía sobre sus hombros. Y dale que dale, por fin el carro subió la cuesta y llegó a terreno llano, suben los pasajeros y los caballos salen al trote. La mosca, en lo alto del carro decía: «¡yo lo he traído hasta aquí, si no es por mí...!», y se lamentaba «¡No me han dado ni las gracias, con todo lo que he hecho!». [N. de la T.].

De la demagogia oratoria I[5]

FÉNELON DECÍA que en Atenas todo dependía del pueblo y que el pueblo dependía de la palabra. Y Hobbes describió la democracia como la *aristocracia de los oradores*. El hombre político es ante todo «orador». El orador es el artista de la palabra. El hombre político no es solamente esto: él es el «actor» de la palabra. Plutarco narra que Cayo Graco llevaba al foro un flautista que debía darle el «tono» del discurso y moderarle el ímpetu. Seguimos aún, con Cayo Graco, en el arte de la oratoria tal como la conoció Atenas y que escuchó Demóstenes.

Pero el orador político hace algo más: actúa. Se convierte en actor dramático. Y ahora es Bruto, que para instigar al pueblo contra Tarquinio, le presenta el cadáver de la violada y suicida Lucrecia. Gambetta y Waldeck-Rousseau recibieron lecciones de recitado del actor dramático Coquelin, que era muy hábil. Después de haber interpretado *Tartufo* de Moliere en un tono sumamente anticlerical, a un crítico que se lo reprochó, Coquelin respondió: «¡El público ama esto! ¡Yo he aprendido a darle lo que pide!». No es de extrañar que el gran comediante aspirase al puesto de diputado de Boulogne-sur-Mer, su ciudad natal. ¡Quizás podría haber sido ministro!

Orador es aquel que domina al público; orador político es aquel que se sirve de su técnica para dominar al público.

Adolf Hitler ha conseguido el gobierno absoluto de Alemania porque es un gran orador político. Si no consideramos esta cualidad, su triunfo sigue siendo un misterio absurdo. Ahí está, en la tribuna. Con la mirada indecisa, tranquila, con la voz sutil y un poco temblorosa. Luego su mirada se vuelve segura, la voz se hincha gradualmente con notas graves. Después la tempes-

[5] Publicado en *Almanaco libertario pro vittime politiche*, 1934.

tad, apasionada y apasionante. Una avalancha de frases cortas, sonoras, un martillo, un torbellino de sentencias irrefutables, de imágenes inmediatas, de parábolas. Ahí está, con expresión de inspirado, rozando la locura y el genio, histriónico y sublime, en una atmósfera de delirio: «Cuando un pueblo pierde toda la fe en la ley del palo, es inminente el día en el que se hundirá miserablemente... Cuando un pueblo pide sinceramente la libertad, ¡las armas brotan por sí solas de las manos!». Estilo vulgar; pero las expresiones barrocas se funden en el fulgor de la palabra elocuente. No es Mirabeau[6], es Camillo Desmoulins[7]. «A fuerza de ser o de parecer primitivo, alcanza las más altas cimas del arte de la oratoria... Es necesario oírlo». Es W. Miltenberg quien lo afirma, un juez imparcial.

El misterio de la exitosa popularidad de Hitler se descubre. Es un gran orador político, como Lloyd George, como Mussolini, como los jefes de las plazas de todo tiempo y de cada país.

Enrico Ferri ha sido un ídolo no sólo en la provincia de Mantua, sino en toda Italia. En su feudo político los fieles electores tenían su imagen en la cabecera de la cama.

Angelica Balabanoff narra al respecto en sus interesantes memorias: «Yendo como miembro de la Oficina de la Internacional Socialista a una reunión de la misma en 1907, vi subir al mismo tren, entre Stuttgart y Bruselas, a Bebel y Wilhelm Leibknecht. Durante este viaje, entre otras cosas, Bebel me hizo la siguiente pregunta sobre Enrico Ferri, a la sazón en la cúspide de la fama oratoria y política tras haber entrado en el mundo

---

[6] Honoré Gabriel Riquetti (1749-1791), Conde de Mirabeau, fue un revolucionario francés, escritor, diplomático, francmasón, periodista y político, entre otras cosas. Destacó por su oratoria y fue reconocido por el pueblo como su orador. [Nota de la T.].

[7] Camille Desmoulins (1760-1794), abogado y personaje relevante de la Revolución francesa de 1789. No tartamudeaba, pero balbuceaba. Cuando preparaba sus defensas, dudaba acerca de las palabras a emplear, se enredaba con las frases, y comunicaba a su auditorio su incomodidad e inseguridad. [N. de la T.].

socialista pocos años antes: "Explíqueme, compañera, cómo es posible que un hombre como Ferri, superficial, palabrero y engreído, puede ser militante del partido socialista italiano. Explíquemelo. No tiene ni la menor idea de marxismo y no da ninguna garantía de sinceridad. Para mí es un hombre que acabará en los brazos de la monarquía. Me causa el efecto de un charlatán; sabe usted, de esos que se ven y se oyen en las ferias..."».

Zibordi le daría a Bebel la explicación que está escrita en su *Critica Sociale* (1908, p. 69): «Porque es apuesto, porque tiene una elocuencia fascinadora y resistente, pero sobre todo porque su psicología se parece sinceramente a la del pueblo: optimista, simplista, facilona, más rica en imágenes que en ideas y en formas más que en cosas».

Nos maravillamos, hoy, de las multitudes fascistas aclamando a «un Mussolini», como si ese «vulgar demagogo» no fuera el mismo hombre que hacía delirar a las multitudes socialistas. ¿Cómo explicar el triunfo de Mussolini sobre los «diestros» del partido socialista, triunfo rápido y aplastante, sino con los éxitos oratorios de los congresos de Reggio Emilia y de Ancona? Nos maravillamos del fetichismo hacia Mussolini como si en la huelga de Parma de 1908 Alceste De Ambris no hubiera sido un ídolo, una especie de santo protector «de pobrecillos». A su regreso de Suiza, en 1913, más de cuarenta mil personas lo estaban esperando en la estación de Parma y las mujeres gritaban: «¡Guerdol là ve, el noster Dio!», y algunas, levantando a sus niños por encima de la multitud, les decían: «Vedot, col l'è to perder». Sobre lo que era De Ambris en la zona de Parma es posible hacerse una idea leyendo *La terra promessa* de Campolonghi, según mi parecer, una de las mejores novelas sociales con que cuenta la literatura italiana.

¿Y no rinden culto a Miglioli[8] en Cremona? Las devotas extendían los mantos a sus pies.

[8] Guido Miglioli (1879-1954), político y sindicalista italiano. [N. de la T.].

Venga, hay que reconocerlo: el 90 por ciento de la comitiva de Mussolini, del *rassismo*[9], de las jerarquías fascistas es de origen subversivo. Esos hombres han cambiado de carné, el color de la corbata, de estilo de vida y de argumentaciones demagógicas, pero son, en el fondo, los mismos que en las plazas y teatros desataron delirios subversivos con bengalas y cohetes y demás ardides de mercaderes de feria. Se podría hacer un libro recopilando relatos del mismo estilo que el publicado por *Il Proletario* de Nueva York el 2 de junio de 1911. Aquí está: «Después toma la palabra Edmondo Rossoni, quien, con voz sonora, que vibra en las cabezas como la cuerda de un arco estirado, flagela a toda la inmunda chusma de la especulación colonial, de los fraudulentos, los explotadores, los falsificadores y adulteradores, que necesitan la capa del patriotismo para ocultar el botín. Y Rossoni, después de haber afirmado que asume toda la responsabilidad de su acto, entre un frenesí de aplausos, escupe con todas sus ganas en la bandera tricolor del rey y la corona de Barsotti». 1919 y 1920 tuvieron a sus Rossoni: desde Bombacci a Bucco, desde Ambrosini a... muchos otros. El orador de plaza ha sido una de las plagas del subversivismo italiano.

De la demagogia oratoria II[10]

FUE PARA MÍ una bella revelación una conferencia de Angelo Tasca, en la que ilustró la cuestión de la guerra en Libia con el Manual de Estadística de Colajanni en la mano. Hablar en unos comicios con un manual estadístico en la mano era transferir a la plaza la seriedad de la escuela, insertar en la propa-

[9] De «ras», apelativo con que eran definidos los diferentes jerarcas fascistas en provincias. [N. de la edición italiana].
[10] Publicado en *L'Adunata dei Refrattari*, 7-3-1936.

ganda política el positivismo del investigador. Yo fui entusiasta de Tasca, de Poggi y de unos pocos propagandistas socialistas que hicieron del pupitre una cátedra. Por esta razón, siempre he tenido una especial simpatía por Gramsci, por Terracini y por otros pioneros culturales del partido comunista, que se apartaban completamente de los parlanchines incultos que, a falta de cerebro, tenían que hacer de generales y de «teóricos».

El problemismo salveminiano, el filosofar político de Gobetti, el honesto y límpido razonar de Malatesta y Fabbri, la meticulosidad de erudito de Tasca, han reafirmado siempre en mí la preferencia por la conferencia preparada y por la discusión, que no sea torneo de oratoria, sino debate de ideas, y la repugnancia hacia los discursos altisonantes y que no dicen nada, que desde Bombacci a Ambrosini, desde Bucco a Meledandri, desde Rossoni a Cicala, han estado en auge en el subversivismo italiano. Un día le pregunté a Attilio Sassi: «¿pero qué pintaban en tu discurso Parsifal, los cisnes y todos esos fondos de armario wagneriano que has sacado a relucir en tu discurso?» Y se lo preguntaba no por satirizar, sino porque no conseguía comprender la relación entre los salarios de los mineros de lignito del valle del Arno y la trilogía wagneriana, y yo no podía admitir que el público, que había aplaudido a Parsifal, los cisnes y todo lo demás, hubiera entendido mejor que yo, e interpretara esas referencias a Bernard Shaw, que Sassi, por suerte, no conocía.

La misma maravilla la experimenté oyendo un discurso de Bombacci donde profetizó la revolución italiana como la obra de un oso ruso que habría caído rodando por los Alpes, desde la cima hasta los pies de la vertiente italiana, se entiende. Cómo podía un oso, aunque en la metáfora hubiera estado Lenin dentro de su piel, hacer estallar la revolución italiana y hacer que triunfase, era para mí un misterio infinitamente más incomprensible que el de la santísima trinidad, pero cuatro mil personas aplaudían a más no poder, y mientras tanto Bombac-

ci, atusándose con los cinco dedos de la mano derecha la melena larga y ondulada, que era su fuerza política, se aventuraba con nuevas imágenes de cuentos para niños. A fuerza de sembrar tonterías a puñados, a fuerza de provocar diarreas de entusiasmo sin pensamiento, a fuerza de soltar sainetes de charlatán en vez de ideas netas y firmes, hemos llegado al fascismo. Y aún hemos aprendido muy poco, a pesar de que la lección haya sido repugnante, de aceite de ricino, dura con la porra, llorando sangre y riendo sarcásticamente con todos los dientes, como ríe la muerte. Ay, ¿qué les hace falta a los italianos para sentirse estomagados? Hasta que los que hablan en público no hayan hecho suyo el principio de Gandhi: «Yo no deseo que me siga ni uno solo si no he llamado a su razón», no habrá educación en política, no habrá libertad ni justicia.

Hoy es costumbre reírse de la retórica fascista. Pero somos monos que se ríen delante de un espejo. Hitler grita en Berlín: «¡Cuando un pueblo pide sinceramente la libertad, las armas le brotan solas de las manos!».

El 18 de diciembre de 1791 el girondino Isnard se presentó en el club de los jacobinos con una espada en la mano exclamando: «¿Ven esta cuchilla, señores? Siempre será victoriosa. Un terrible grito será emitido por el pueblo francés y a su voz responderán las de las demás naciones. El suelo se cubrirá de guerreros y todos los enemigos de la libertad serán barridos de la superficie de la tierra».

Los demagogos son de todos los tiempos y de todos los colores. Es a la demagogia a la que hay que aplastar la cabeza.

De la demagogia oratoria III[11]

EL FILÓSOFO VERDADERO no es un hipnotizador de cerebros. No es un ilusionista. No hace saltar conejos de su sombrero de copa, ni saca huevos de avestruz de los bolsillos de su chaleco. El filósofo verdadero, cuando habla en público, es un hombre que piensa en voz alta. Es conferenciante al estilo de Han Ryner, no es orador. Puede ser un místico que delira, pero no un actor que quiere controlar al público. No cae en la vulgaridad de las campañas electorales. Cousin puede decir: «Señores, ustedes aman ardientemente la patria. Si desean salvarla, abracen nuestra hermosa doctrina». Kant no podía. La demagogia y la filosofía son irreconciliables. Es por esto que la Iglesia ha tenido muchos teólogos oradores. Y es por eso que todos los oradores tienen un tono eclesiástico y razonan como aquel predicador de Roma, recordado por Madame de Stael, que, en el ardor del sermón, arremetía contra los enciclopedistas, y especialmente contra Rousseau, se quitaba el gorro cruzado que representaba a Jean Jacques, lo tiraba al suelo, y le gritaba: «¿Qué tienes que oponer?» y luego vociferaba, triunfante: «¿Veis? cuando se le arrincona con una pregunta, no sabe qué responder».

El predicador, ya sea cura o ateo, ya sea fascista o jacobino, es siempre facundo, pero nunca elocuente. La facundia permite hablar amplia y elegantemente, presentando ideas que no son más que lugares comunes. Facundo es Herriot, elocuentes fueron Castelar y Jaurès. El verdadero orador, el gran orador es el que hace de su propia palabra la equivalencia sensible de su pensamiento. No es simplemente un virtuoso, sino el ejecutor de su propia obra. Es un retórico, pero viste con elegancia un cuerpo viviente y no un maniquí, y lo viste de gasas y no de

[11] Publicado en *L'Adunata dei Refrattari*, 2-3-1936.

tela bordada, y así el cuerpo de ideas se revela, de manera que el *pathos*[12] sea calor y luz a la vez, la llama de la cepa y no ficción escénica.

El facundo sin elocuencia es el orador vulgar. Como prado ondulante al viento de la palabra, el público da la bienvenida a un depósito de ideología turbia, se entusiasma con las cascadas de metáforas más o menos barrocas, se maravilla por la fluidez del discurso, se deja arrastrar por los coqueteos del gesto y del tono. Pero terminado el discurso-espectáculo, no queda, en el cerebro, más que alguna vaga imagen del humo de todos esos artificios. A la pregunta del que no asistió: «¿Qué ha dicho?», no hay otra respuesta que: «Ha hablado bien», porque otra respuesta no es posible. Involuntaria ironía —y a menudo inconsciente—, en ese «Ha hablado bien». El Crisóstomo[13] de la plazuela ha hablado, no con boca áurea, sino con boca de oro; ha estado tan facundo a los oídos como infecundo a las mentes. Ha sembrado viento, que será tempestad sobre las multitudes, ayer, hoy y mañana. Hasta que el ídolo de la plaza no sea sacrificado por el hambre de razonamiento, por una atención crítica y una sabia ironía. Entonces, no habrá en el ágora multitudes de oídos, sino diálogo entre hombres inteligentes. Al arte de persuadir sucederá el gusto por la claridad, y la elocuencia no será el arte de encender los prejuicios, de hacer cosquillas al orgullo, de azuzar las pasiones, sino aclaración purificante y formativa. Sin estatua animada y resonante representando a la multitud, sino piloto de la razón en la tormenta de las pasiones, el maestro que explica y enseña a pensar. No más búsqueda de aplausos por medio de un golpe de efecto, sino la síntesis resumida de demostraciones particulares.

---

[12] En la *Retórica* de Aristóteles el pathos es el uso de los sentimientos humanos para afectar el juicio de un jurado. [N. de la T.].

[13] Juan Crisóstomo (347-407), clérigo cristiano conocido como «boca de oro» a causa de su extraordinaria elocuencia que lo consagró como el máximo orador entre los Padres griegos. [N. de la T.].

El predicador morirá, como morirá el sacerdote. Y se fundirán en el orador, en el artista, en el pensador. Entonces, un buen discurso no será sólo una bella prosa que se recita, sino que, leída, conserva el calor, la energía vibrante, y al tiempo ofrece riqueza de pensamiento: como son los discursos de Jean Jaurès, uno de los pocos oradores en el que el predicador no aplasta al pensador.

La elocuencia es duradera, la locuacidad es efímera. Demóstenes, Cicerón, Savonarola, Bernardino de Siena, Bossuet, Mirabeau, Lacordaire, Castelar, Jaurès, Gori, Galleani, Faure se sostienen a leerlos, pero no Gambetta, Mussolini, o Hitler. El pensamiento es la sal de la retórica. Apagada la voz, paralizado el gesto, el predicador está muerto, como está muerta el ave canora que también perlaba los bosques y surcaba de oro el cielo. Pero el verdadero orador sobrevive, es elocuente en el estilo, y no solamente en la voz y en la mímica, sino que es orador incluso cuando escribe, como lo fue Lamennais. Elocuente fue Mazzini, que no era orador. Elocuentes fueron Carducci y Rapisardi. Mientras que facundo, aunque sólo sea en forma suntuosa, lo sigue siendo D'Annunzio como escritor y orador político.

La historia política de Italia, es historia llena de oradores facundos. Desde los Graco a Cicerón, desde Cola de Rienzo a Masaniello, desde Imbriani a Mussolini, Italia ha sido arruinada por la facundia de la tribuna. Italia ha sido, y será por mucho tiempo un teatro, donde el tenor preferido se pasa del escenario al palco real, cuando no es apaleado, para ser, después, llevado triunfal, vivo o muerto. El diálogo con la multitud no lo inventó Mussolini, ni tampoco Giulietti, ni siquiera D'Annunzio. Es materia del foro romano. Mal antiguo, el nuestro. Del que debemos curarnos. Hasta que los amos de la plaza sean los oradores, el líder será inmanente en la historia de Italia.

Hay que derribar el régimen fascista, pero hay que sanear Italia de la mística fascista, que no es más que una manifestación patógena de la sífilis política de los italianos: la facilonería retórica.

El gran constructor[14]

EL DÉSPOTA es un «gran constructor». Polícrates, el tirano de Samos, mandó que se hicieran grandes obras públicas. El pequeño y feroz Herodes fue el mayor constructor de Israel después de Salomón. Nerón concibió monstruosos diseños de obras públicas e inició el corte del istmo de Corinto. Los nombres de muchos tiranos griegos, de muchos emperadores romanos, de todos los faraones egipcios, van unidos a acueductos, puentes, templos gigantescos, diques, etcétera. Aristóteles (*De la República,* libro 5 capítulo 11) notaba que en los gobiernos despóticos se hace trabajar al pueblo en obras públicas para dominarlo mejor. A esta necesidad político-económica se suma, a veces, la demagogia de la edificación de la que son un típico ejemplo las Halles de París, que Napoleón, el cual había ordenado su construcción, llamaba «el Louvre del pueblo».

Pero la monstruosa construcción de la tiranía tiene una fuente más profunda: la necesidad de simbolizar su propio poder en colosos de piedra. La fe cristiana crea la iglesia de San Ambrosio en Milán, el poder pontificio crea la basílica de San Pedro en Roma. El Municipio se asienta en el palacio de los Cónsules en Gubbio, y la justicia burguesa rivaliza con el culto católico en el Palacio de Justicia de Bruselas. En Moscú se está construyendo un palacio babilónico de los Sóviets. Al poder, secular o eclesiástico, individual o colectivo, le gusta manifestarse en gigantescas construcciones. Hay una protestación constructiva que merece ser profundamente estudiada.

Los faraones, soberanos magníficos, deidades temporales, eran los papas-reyes por excelencia, casi todos, hombres mezquinos. El más grande, el más egipcio de todos ellos, Ramsés II, en sus sesenta y seis años de reinado no hizo más que construir. Le debemos la mitad de los templos y monumentos de

[14] Publicado en *L'Adunata dei refrattari*, 4 de mayo de 1935.

Egipto. A él se debe, entre otras cosas, la gigantesca construcción de Lúxor, de Karnak, de Ramesseum, de Abu Simbel, de Abidos, los colosos de Menfis. Este hombrecillo estaba impregnado de una vanidad hipertrófica, de una pueril y morbosa pasión por los colosos de piedra. Habría destripado todas las montañas del mundo para construir los gigantescos monumentos de su poder, para grabar su propio nombre en caracteres eternos, para enfrentar a la obsesión de la muerte el pensamiento de la inmortalidad histórica.

La arquitectura egipcia es toda líneas rectas no porque ignorase la bóveda, sino porque la desdeñó. La curva es el seno materno, la línea recta es la espada del soldado, el bastón del guardián de chusmas, el cetro del soberano, el índice del sacerdote. El ideal arquitectónico de los egipcios es un ideal teocrático. La grandeza masiva es el símbolo del poder más formidable, del poder más absoluto, de la tiranía más despiadada. El templo es la cueva de Dios y la fortaleza de las castas sacerdotales, el obelisco es el cetro del faraón, la pirámide es el sepulcro del poder que sobrevivirá a la dinastía. Hay que ser como niños para admirar las muestras de la arquitectura egipcia, para así poder amarla perversamente. Napoleón, obsesionado por su deseo de poder, no podía dejar de amar la arquitectura faraónica. En Santa Elena, lamentó no haber construido en París un templo egipcio. La arquitectura fascista es cubista-egipcia. No podría ser de otro modo. Mussolini construye el estadio imperial de Bolonia y figura en él en estatua ecuestre. La arquitectura tiránica construye pedestales al poder. La ley que domina el estilo político de las dictaduras es la misma que domina el estilo arquitectónico de las tiranías. Un Cuvier de la arqueología podría decir: dadme un fragmento de un templo, o de un arco del triunfo, y os diré en qué régimen político-social fue construido ese templo o ese arco. Un Freud de la arqueología añadiría: y yo os daré la fisonomía moral del tirano.

MUSSOLINI A LA CONQUISTA DE LAS BALEARES[1]

Introducción

CON LA MÁS OPACA de las hipocresías, la prensa fascista trata de dar a la intervención armada de la Italia Imperial, al lado de los facciosos españoles, el tinte de una cruzada en defensa de la libertad y de la justicia. Al igual que en la conquista de Etiopía se ha especulado sobre la esclavitud, así, en el intento de conquistar España, se especula sobre la «barbarie roja». De hecho, la Italia fascista ha comenzado la conquista de España mediante la aplicación de planes largamente pensados y desarrollados. El envío de armas, municiones, barcos, aviones y de un ejército de «voluntarios» alistado en los distritos militares y reclutado abiertamente, incorporado y adiestrado, es una realidad patente que se trata en vano de disfrazar. La revuelta fascista no es sólo una oportunidad para el imperialismo italiano; es también uno de los muchos efectos de las acciones internacionales de esa voraz y ambiciosa voluntad de dominio que ha llevado a Italia a la empresa de Corfú, a la política feroz de exterminio de los indígenas de Libia y a la conquista de Etiopía.

Desde 1920, el Adriático ya no es «un modesto golfo» para la megalomanía imperial de Mussolini, que aspira a la conquista de un «vasto mar», el Mediterráneo, «donde la posibilidad

[1] Digitalizado y traducido por Anarquismo en PDF usando el original italiano *Mussolini alla conquista delle Baleari* encontrado en liberliber.it. El original fue editado por la Oficina de Propaganda, Sección italiana, CNT-FAI, Barcelona 1937. [Traductora Concetta].

real de mantener la expansión italiana es muy fuerte». (Popolo d'Italia, 13 de noviembre 1920). El destino mediterráneo se ha convertido en uno de los mitos de la mística de Mussolini y en una de las consignas de la política imperialista del fascismo italiano. En sus planes hegemónicos, la Italia fascista había de encontrarse con España en el camino del Imperio. No siendo capaz de presentarse como una de las naciones «capitalistas», opresora de las «naciones proletarias», tal y como el fascismo italiano presenta a la «pérfida Albión» y a la «Francia negra», denunció como escandaloso el hecho de que España, con una población que es la mitad de la italiana, posea un territorio que es casi el doble que el italiano.

España se presenta al imperialismo mussoliniano como un país para ser colonizado. No es ésta una hipótesis deductiva, sino una constatación inductiva basada en pruebas numerosas y evidentes, que pronto serán cotejadas y presentadas al juicio de la opinión pública. En estas páginas, he querido circunscribir el marco. Aquí se ilustra solamente cómo Mussolini consideró las Islas Baleares como la cabeza de puente de la conquista del Mediterráneo. Aquí, para pronunciarse, está el documento, sólo el documento.

Del martirio de Mallorca no se ha dicho nada, porque esa historia es inoportuna. La masacre fue, y es, espantosa en extensión y ferocidad. Para contener la mayor cantidad de prisioneros no bastan castillos, se habilitan conventos. Y qué si en cuatro meses se han fusilado en Palma de Mallorca a 5.250 personas; que los cadáveres mutilados den testimonio de la barbarie de los ocupantes; que Mallorca ha vivido toda la tragedia del pueblo italiano, desde el aceite de ricino a la violación, ¿qué le importa a Europa, tan vieja ya, que tiene sordo el corazón?

No escribimos con la esperanza de conmover a la opinión pública, sino con la intención de iluminarla.

Mallorca es el centro de la piratería facciosa, es el centro de la fabricación organizada de armas de la Italia fascista, de la avia-

ción de bombardeo; Mallorca, Ibiza, Cataluña: estas son las etapas de la conquista soñada por Mussolini.

Pero también las Baleares contentarían al imperialismo italiano porque entendía cuál era la importancia de estar en el patio de recreo de las fuerzas mediterráneas. Algo que España nunca entendió, como ha observado recientemente Guglielmo Ferrero.

Estas páginas muestran cómo del Gobierno de Rivera en adelante, el fascismo italiano fue capaz de prepararse para la conquista de las Baleares con la aquiescencia, cuando no con la ayuda, del gobierno y del nacionalismo español.

Conocer los preparativos de esa conquista sirve para captar el espíritu imperialista de la Italia fascista y nos lleva a conocer los métodos de su obra de conquista, una técnica que se debe reconocer hábil y tenaz.

Las águilas romanas son introducidas con engaño, en el caballo de Troya de la amistad entre las «hermanas latinas». La rama de olivo la ofrece Roma con la izquierda, porque en su derecha sostiene la espada. En verdad, la mano armada la sostiene doblada tras la espalda.

Mañana se mostrará la cara bestial del ladrón de la perla del Mediterráneo. Por ahora basta con mostrar la máscara.

Capítulo I. Monumentos, costumbres, paisajes

LA GRAN IMPORTANCIA MILITAR de las Baleares no era un factor suficientemente claro y llamativo para el imperialismo italiano. Era necesario algo más directo, más tangible, más seductor. Y ese algo era la belleza del Archipiélago. El cielo de un azul profundo, montañas trazadas en líneas finas y puras, la costa sinuosa, acacias, plátanos, higos, eucaliptos, olivos y almendros que flanquean las calles, ora serpenteando entre verdes campos, ora incrustados en los valles oscuros, los sombríos grupos

de cipreses que contrastan con las hojas de color verde pálido de las palmeras, los severos castillos y las casas coquetas, los pueblos llenos de sorpresas moriscas y góticas, con sus estrechas y sinuosas calles y las sombras iluminadas por los colores brillantes de las casas, de las voces sonoras y de la meridional gesticulación de los habitantes, los barcos de vela latina y la bahía de aguas de un hermoso azul de ultramar, en contraste con la oscura severidad de los acantilados. Todo este contraste de líneas afiladas y atormentadas y de curvas suavísimas, de África y de Europa, de paz y de vida intensa, de antiguo encanto y de comodidad moderna, de aridez y de fecundidad, de sol africano y de sombra fresca y aguas parlanchinas: qué formidable medio de seducción en manos de la propaganda «naval».

Al imperialismo fascista no se le ha escapado el atractivo y, para sus fines de robo y dominio, quiere tener la belleza de las Baleares. Los hambrientos Argonautas mostraron, a falta de aceite, el vellocino de oro de un paraíso terrenal. La opulenta, sonora y vibrante Barcelona, eran el «cuadro de las maravillas», el plan de conquista de España. Mallorca, la reina de las Baleares, era la favorita. Todos los periodistas al servicio del régimen se convirtieron en Bernardin de St. Pierre[2] para engastar la «perla del Mediterráneo», la isla dorada de los antiguos poetas.

La huella de los fenicios, cartagineses, romanos y árabes, testimoniaba lo fascinante de esa belleza.

Se habló de la amplitud de la bahía de Palma y de la pureza de sus aguas, mucho más profunda y segura con esas aguas protegidas por un muro fortificado, situada a una distancia igual de Barcelona, Alicante y Argel. No se insistió demasiado, es menester decirlo, pero abundó, el uso de todos los colores más vivos de la paleta, al describir la paciente y bella obra de

[2] Bernardin de St. Pierre (1737-1814), escritor y botánico francés. Su obra, *Estudios sobre la naturaleza*, inspirada por su amigo Jean-Jacques Rousseau, obtuvo gran éxito. [N. de la T.].

los orfebres, la calle de los armeros y de los anticuarios del más hermoso Medievo. La cerámica y éste o aquel patio fueron objeto del lirismo descriptivo más conveniente, de referencias históricas que podrían ser fácilmente detectadas. Una colorida descripción de la bahía de Palma libraba de hacer referencia a que esta bahía podía acomodar en el siglo XVI trescientos grandes buques y seiscientas embarcaciones de menor importancia. Era más oportuno describir la tumba gótica de Ramón Llull que recordar los ataques de piratas turcos y pisanos y los cinco siglos de dominación árabe.

Al igual que en las conquistas coloniales primero llega el explorador, seguidamente el misionero, después el soldado, luego el comerciante. Entre el misionero y el soldado, llega el periodista no oficial. Es él quien descubre petróleo, ensancha los oasis, el que barbariza a los nativos hasta que se hacen caníbales, que habla solemnemente de la «ley de la civilización» y así sucesivamente.

No es de extrañar que la prensa italiana descubriese, en 1924, las Baleares. Para recoger los artículos tendríamos que hacer un volumen enorme. En resumen, la prensa italiana tenía la tarea de popularizar el sueño imperial de Mussolini.

Pero la prensa no era suficiente. Era necesario captar la imaginación del mayor número de italianos mostrándoles la «tierra prometida» en sus aspectos más exuberantes.

Y es aquí que la política de turismo entra en juego con los cruceros. La Liga Naval Italiana, institución patrocinada por el rey y que tiene como presidente honorario al Duque de Aosta, realizó en junio de 1926 un viaje por el Mediterráneo occidental con el vapor Stella d'Italia. El itinerario fue el siguiente: Marina di Roma (Ostia); Palma de Mallorca; Gibraltar; Algeciras; Ceuta; Tánger; Cádiz; Sevilla; Lisboa; Málaga; Granada; Almería; Valencia; Barcelona; Génova. El folleto de la Liga Naval Italiana tenía por lema estas palabras de Mussolini: «Es-

tamos en el Mediterráneo y nuestro destino, sin imitar a nadie, ha estado y estará siempre en el mar...».

Un especial párrafo dedicado a las Baleares, las describe como «el verdadero oasis de vegetación exuberante con lugares para encantadoras estancias como residencia invernal».

Se hace una discreta referencia al importante y seguro puerto de Palma y no dejan de recordar que el castillo de Bellver fue construido sobre las ruinas de una fortaleza romana.

Especial sabor, y de evidente significado imperialista, tiene la conclusión del mencionado folleto, que lleva por título: *Desde el mar de Roma hacia España*. Vale la pena reproducirlo en su totalidad:

> «La Liga Naval, muy adecuadamente, quería que su primer crucero partiese de las aguas de la antigua Ostia, rebautizado, después de tantos siglos, como S. E. Mussolini, durante la imponente revista de la flota de combate en Marina di Roma.
>
> »Desde el puerto de Roma, que ya vio la trirreme gloriosa, y las pesadas galeras cargadas de productos y mercancías de la lejana tierra sometida a la ciudad, zarpará el 13 de junio, el bello barco Stella d'Italia, que llevará en el viaje la bandera tricolor a los puertos y a las aguas de las naciones que, como nosotros, tantos y tan vitales intereses tienen en el gran mar común, el Mediterráneo.
>
> »Al desaparecer la costa del Lacio, en el amanecer del día siguiente, los viajeros verán asomar las playas de Cerdeña, la isla fuerte y tenaz, y al norte, las de la Córcega montañosa.
>
> »El barco de profético nombre pasará así cerca de la Magdalena, la fortaleza y la plaza fuerte que tienen el orgullo de haber resistido el asedio de Napoleón I, y saludará a Caprera, la isla de granito, donde reposa el héroe del Vascello y de Calatafimi[3], cerca de su casa y del pequeño campo que él mismo cultivaba.
>
> »Cruzado el estrecho de Bonifacio, un último saludo a la costa de Cerdeña, y la Stella d'Italia apuntará la proa a las Islas Baleares,

[3] Hace referencia a Garibaldi, que venció al ejército borbónico en la batalla de Calatafimi y que fue enterrado en Caprera. Un *Vascello* es un tipo de nave de guerra a vela desarrollado a partir del galeón. [N. de la T.].

las primeras tierras de España, centinela avanzado en el Mediterráneo, que dará la bienvenida a los viajeros de la Liga Naval».

El objetivo netamente político, imperialista, de aquel crucero, se desprende claramente de los documentos públicos y está totalmente confirmado por los documentos diplomáticos.

El conde Vincenzo Ferretti, representante de la Liga Naval, se fue en mayo a Barcelona y Palma de Mallorca para organizar el programa de su estancia en ese lugar, y el embajador italiano en Madrid, el marqués Paolucci di Calboli, escribió al cónsul de Italia en Barcelona (25 de mayo 1926) instrucciones detalladas. Con referencia a la travesía en junio, el embajador señaló que estaría «compuesta por alrededor de 280 personas de las mejores clases sociales de Italia» y recomendaba que la visita a Mallorca se hiciese «con cierta comodidad y flexibilidad del programa, posiblemente en coche». El 4 de junio de 1926, el embajador volvió a escribir al cónsul recomendándole que vigilara «para que las cosas estén preparadas con la debida elegancia, siendo necesario que el crucero, también por la calidad de los viajeros, consiga un ambiente agradable y apreciado del espíritu italiano».

Y agregaba: «Vuestra Señoría Ilustrísima no ignora que el gobierno le sigue con particular atención».

El cónsul en Barcelona impartía instrucciones detalladas al vicecónsul regente de la Agencia Consular de Palma de Mallorca, para regular las relaciones con las autoridades locales y facilitar la visita a la isla.

El crucero tuvo «naturaleza representativa» consistente, además de las recepciones oficiales, en la participación del Príncipe di Bitetto.

El siguiente mes de julio se organizó un segundo crucero, emotivo también, a Palma de Mallorca y Barcelona, en el que participaron 750 personas, de las cuales 450 eran estudiantes universitarios.

Los cruceros a España se sucedieron con regularidad, haciendo casi siempre escala en Mallorca. El 3 de junio de 1929, la embajada de Italia en Madrid recomendaba al cónsul general de Italia que facilitara la estancia en Barcelona y Palma a unos ochocientos vanguardistas[4], y el 17 de junio, el cónsul general hizo una recomendación a los viajeros de la Agencia Consular de Italia en Palma de Mallorca, y proponía las siguientes excursiones: la Iglesia de San Nicolás de Bari, la Iglesia de Santa María y el Castillo de Santa Bárbara, así como una visita a la Explanada y una excursión por la ciudad.

El regente de la Agencia Consular se *permitía* observar «que la Iglesia de San Nicolás, en lo artístico, no ofrece interés particular, y que la iglesia de Santa María, así como el Castillo de Santa Bárbara no *parecen* existir en Palma de Mallorca. Propuso, por lo tanto, una visita a la Lonja, «edificio antiguo y antiguo mercado de productos casi exclusivamente italianos».

El 8 de julio de 1929, el vicecónsul regente de Barcelona comunicaba la respuesta del director de la Agencia Consular de Palma de Mallorca al Marqués G. Medici del Vascello, embajador en Madrid.

El 2 de agosto siguiente, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Italia recomendó a la Embajada en Madrid y al cónsul general en Barcelona y Gibraltar, que los «casi 900 vanguardistas» participantes en el crucero, visitaran «Génova, Nápoles, Cagliari, Barcelona, Gibraltar, Lisboa, Palma de Mallorca, Civitavecchia».

El 15 de septiembre, 1.200 vanguardistas desfilaban en las calles de Palma de Mallorca. En 1934 los cruceros italianos a las Baleares se incrementaron.

En agosto de aquel año hicieron escala en Palma de Mallorca: dos cruceros del Grupo Universitario Fascista; un crucero organizado por el diario milanés *Il Secolo-La Sera*, un crucero

[4] El *avanguardista* era un joven entre 14 y 17 años perteneciente a la *Avanguardia giovanile fascista*, la primera organización que acogió a jóvenes del Partido Nacional Fascista. [N. de la T.].

organizado por la Cosulich[5], y finalmente un crucero de la Liga Naval que, además de en Palma, hizo una parada en Puerto Cristo. La presidencia de la Liga, al escribir el 13 de agosto al cónsul general de Italia en Barcelona, le recordó, (¡como si hiciera falta!), que los cruceros se organizaban para hacer a los socios de la entidad «la mejor propaganda marinera». En agosto de 1935 uno de los cruceros de la Liga Naval tocó Palma de Mallorca, donde hizo escala en abril de 1936 un crucero de la Compañía Italiana de Turismo de Roma. Que las Islas Baleares fueran una de las paradas favoritas de los cruceros no sólo por su belleza es, me parece, tan obvio que no puedo insistir en ello.

Los fines políticos se revelaban claros, como hemos visto, por la propaganda oficial a favor de los cruceros. En el folleto del gran crucero por el Mediterráneo occidental (24 de agosto-2 de septiembre de 1933) de la Federación Provincial Fascista Milanesa de organismos culturales se señala que la

> «Federación Provincial Fascista Milanesa de organismos culturales, por considerar que una de las principales características de la cultura moderna es el conocimiento adquirido, así como la lectura y la lengua de otros, también y sobre todo por la visión directa de las cosas, ha decidido promover la organización de un crucero en el Mediterráneo occidental, con el fin de visitar a los miembros de las instituciones individuales o adheridos a ella, por la costa más cercana que, por el mundo político en el que vivimos, representa para nosotros una cuestión importante para ser evaluada de varios modos, además de culturales, también políticos.
>
> »Así, el crucero tiene como objetivo ofrecer un recreo físico y espiritual, un reposo al incesante trabajo cotidiano, y al mismo tiempo un notable conocimiento de los países que bordean el Mediterráneo occidental, ilustrados además por medio de conferencias y proyecciones de películas que tienen lugar antes y durante la navegación.

[5] Línea de buques de pasajeros. [N. de la T.].

»Otro objetivo que la Federación se compromete a alcanzar, es fomentar un intento de comunión, aún más íntima, entre las instituciones federales y las adheridas, ya sea a través de iniciativas conjuntas, como a través del conocimiento y la amistad que el viaje en común hará nacer entre los miembros, estrechando nuevos y profundos vínculos entre las asociaciones».

La intensa propaganda de los cruceros para favorecer el aumento del turismo extranjero, competidor del italiano, estaba destinada a reactivar la pasión italiana por el mar, en el que Mussolini reconocía «un elemento de poder nacional».

También pretendía afirmar el prestigio de la Italia... imperial.

Capítulo II. El prestigio imperial

SI LOS CRUCEROS turísticos hacían escala en las Islas Baleares no era sólo por el objetivo descrito en el capítulo anterior. Había un motivo oculto: aumentar el prestigio imperial entre esas poblaciones. La frecuencia, en las aguas del archipiélago, de las escuadras y escuadrones del aire italianos, es gradual y continuada. En mayo de 1928, una escuadra aérea compuesta por 60 hidroaviones y mandada por el general De Pinedo, se detiene en Pollensa, después de sobrevolar la isla de Mallorca. Tiene un destructor como escolta, contará con la presencia del Secretario de la Fuerza Aérea, Italo Balbo, y del cónsul general de Italia en Barcelona, que fue a rendir homenaje a los aviadores, e informará al Ministro de Asuntos Exteriores (30 de mayo):

«En el lugar se encontraban para recibir a nuestros aviadores el Capitán General y el Gobernador Civil de las Baleares, todas las autoridades locales y una multitud de personas de todas partes de la isla e incluso de Barcelona. La acogida a la escuadra, que

amerizó con sus aparatos, y a los pilotos que descendían a tierra, fue extraordinariamente amable.

»El Consejo Municipal de Pollensa ofreció a S. E. Italo Balbo, al general De Pinedo y a los oficiales una copa de champán, que dio motivo para actos amistosos entre Italia y España y sus respectivos gobernantes.

»A bordo del barco español Dédalo tuvo lugar más tarde un almuerzo de honor al que asistió el general de Pinedo y el Jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, mientras que S. E. Balbo se excusó por haberse quedado en tierra, donde decidió enviar enseguida un telegrama de saludos a S. M. el Rey de España Alfonso XIII y al general Primo de Rivera. Por la tarde, S. E. el subsecretario de la Fuerza Aérea con el comandante de la aviación española, General Soriano, y los periodistas italianos fueron en coche a Palma para devolver la visita a las autoridades de Baleares y visitar la ciudad, regresando el 21 a Pollensa, donde se les esperaba para comer en el barco Dédalo.

»A las 6 horas del 28, el grupo se repartió por Pollensa en etapas sucesivas, conforme iban llegando.

»A pesar de la hora temprana y las costumbres locales, también a la salida asistieron muchas personas que llegaron al lugar en tan gran número como en la segunda fiesta de Pentecostés.

»Creo que debo resaltar especialmente el interés y la consideración más que amable, de todos por igual, de las autoridades oficiales, por contribuir al éxito de la travesía y prodigarse en manifestaciones de espontánea y sincera cortesía.

»También merece ser señalada la simpatía general, carente de envidia, con la que el público español comenta y habla de este vuelo de escuadrón, destacando la novedad y la importancia, como si se tratara de una empresa realizada por sus compatriotas.

»Ni siquiera el hecho de que, al fin y al cabo, se trata de un ejercicio militar y un alarde de fuerza, ha podido atenuar, con un matiz de preocupación instintiva, el entusiasmo insólito de la población para esta nueva gesta de nuestra fuerza aérea».

En junio de 1928 las unidades de la Primera escuadra naval italiana en crucero por el Mediterráneo oriental visitaban los

puertos de Palma de Mallorca, Alcudia, Ibiza, Mahón, Pollensa, Sóller y Ciudadela.

La estancia del explorador Taranto de la Primera escuadra submarina (16 a 22 de junio), tenía carácter oficial, marcado por un intercambio de manifestaciones de amistad ítalo-españolas: intercambio de salvas, visitas, recepciones, colocación de decorado, discursos, banquetes, excursiones, etc. La estancia del explorador Pantera y de los destructores Battisti, Manin, Sauro Nullo (24-30 de junio) dio lugar a similares muestras de amistad española-italiana.

Para aumentar dicho carácter oficial contribuyó la participación del príncipe Eugenio de Saboya, duque de Ancona, guardiamarina del Battisti, así como la del Almirante Bonaldi.

Los informes del agente consular italiano en Palma insisten en la buena acogida hecha por las asociaciones nacionalistas y los círculos aristocráticos, pero semejante fiesta se aguó un poco a causa de la indiferencia de los italianos residentes en Palma de Mallorca «ninguno de los cuales se presentó ante S. E. el Almirante Bonaldi» antes del día en el que fueron invitados a bordo del buque insignia por el agente consular local.

El oficial naval de la Embajada de Italia en Madrid lo indicaba (julio 23) al cónsul general de Italia en Barcelona, que escribió al secretario del *Fascio* de Barcelona (30 de julio):

> «Lamento tener que señalar que en la reciente estancia de nuestras unidades navales en las Baleares, ningún compatriota subió a bordo para realizar un acto de homenaje al Almirante, antes del día en que fueron invitados por éstos.
>
> »Porque entiendo que en Palma el *Fascio* tiene un cierto número de miembros, así se lo señalo a usted, para que se les comunique a esos seguidores que deberían haber sido los primeros de todos en tomar la iniciativa en esta visita».

La indiferencia de los compatriotas amenazaba el prestigio imperial y es natural que despertase profunda preocupación.

Parece claro, en todas las órdenes y los informes intercambiados entre las autoridades italianas, que los cruceros estaban destinados a producir asombro entre los habitantes de las Baleares. El director de la Agencia Consular de Italia en Palma de Mallorca, mediante escrito dirigido al cónsul general de Italia en Barcelona (29 de junio, 1929) acerca de la visita de los vanguardistas, decía:

> «Si la visita a la Explanada tuviera que responder al deseo de realizar algunos ejercicios de gimnasia o similar, no se recomienda, en primer lugar, porque siempre está lleno de materiales de construcción, segundo por la fuerte pendiente de la misma, que la hace inadecuada para realizar ejercicios colectivos de cierta importancia. A efectos de lo mencionado sería conveniente y de fácil ejecución, un campo de deportes de algún club deportivo local, lugar mucho más apropiado y que responde de mejor manera a los fines propagandísticos».

El 12 de agosto, ese agente consular escribía al cónsul general en Barcelona sobre la posibilidad de hacer coincidir la visita de los vanguardistas con las fiestas en honor del rey Jaime el Conquistador y el cónsul general se apresuró a informar (14 de agosto) a la *Opera Nazionale Balilla*[6]. El 15 de septiembre, los vanguardistas italianos visitaron Palma y el agente consular informaba así al cónsul general de Barcelona (21 de septiembre):

> «El interés mostrado por la colonia italiana y por la gente de Palma hacia la visita de los vanguardistas ha quedado claro desde los primeros comunicados transmitidos por esta Agencia a las autoridades locales y a la prensa, y por las continuas solicitudes de información sobre la llegada y los cambios en el programa previamente establecido.

[6] *Opera Nazionale Balilla*: organización fascista inspirada en la figura de Giovan Battista Perasso, conocido como «Balilla», que inició la revuelta contra los ocupantes austríacos en 1746. De ahí que cada joven *avanguardista* fuese llamado «balilla». [N. de la T.].

»En la mañana del día 14 (el día fijado para la llegada) las autoridades, los componentes activos de la colonia, los representantes del *Fascio* de Barcelona y mucho público, acudieron al puerto para esperar la llegada de los jóvenes camisas negras.

»Después de larga espera, y no habiéndose informado de la llegada del vapor, las autoridades y el público abandonaron el muelle, no sabiendo y no siendo capaces de dar explicación para justificar la llegada fallida.

»A las 17 horas del mismo día recibí un radiograma del cónsul general Chiappe, desde el cabo de Palos, donde me anunciaba la llegada del Cesare Battisti a las 9 del día siguiente; horario que no pudo cumplir por haber encontrado en su ruta viento en contra.

A las 11:30 horas del domingo se informó de la llegada de la nave y a las 12.30 el piloto echó el ancla lo más cerca posible al punto de desembarco. No fue posible hacer que amarrase en el muelle, a pesar de mi gran interés, habida cuenta del calado de 25 pies del Cesare Battisti. (El puerto de Palma permite un máximo de 21 pies a popa).

»Inmediatamente, y sirviéndome de la lancha a motor del servicio de sanidad del puerto, fui llevado a bordo con las autoridades para llevar los saludos de la colonia italiana y luego para las presentaciones de los diversos representantes, así como para asumir el mando del programa que se llevaría a cabo.

»Unos minutos después de nuestra llegada subieron también a bordo los representantes del *Fascio* de Barcelona Buzzanca y De Santis, y el sacerdote Sureda Blanes, enviado especial a Madrid de su eminencia el obispo de Simón.

»Antes de ser subido a bordo rodeado de las autoridades vimos, con entusiasmo, el espectáculo imponente y conmovedor de las lágrimas que ofrecían nuestros valientes vanguardistas, que se subían a cada lugar posible, a fin de ocupar todos los puentes y las cubiertas de la nave, y su enjambre despertaba admiración y envidia.

»Apenas anclado el Cesare Battisti, varios clubs náuticos del puerto y a pesar de la hora no muy propicia, se apartaron muchos barcos a motor dando atrevidos giros alrededor de la nave y dando así la bienvenida a los deseados huéspedes.

»Después de las presentaciones de las autoridades a bordo, se estableció el programa que se llevaría a cabo en las pocas horas

de estancia en las aguas de Palma, y por unanimidad, y con gran entusiasmo, decidimos asistir a la corrida que iba a tener lugar en la nueva plaza de toros de la ciudad.

»Inmediatamente me dirigí al propietario del Coliseo Balear José Tous Ferrer, para confirmar las 1.200 localidades y al mismo tiempo pactar una posible reducción en el precio. Muy generosamente el Sr. Tous me aseguró que pondría las condiciones especiales, y que lo resolvería todo terminada la corrida. Regresé a bordo para comunicar la noticia y entonces el entusiasmo por la corrida aumentó de un modo indescriptible.

»Inmediatamente comenzó el desembarco de las distintas unidades con los medios de a bordo y a las 15:45 todos los vanguardistas estaban en formación en la explanada del muelle. Esperándolos en tierra había varios italianos de la colonia y mucho público, y todo el mundo quería ver a los formidables hijos del Duce.

»A las 16 horas yo había fijado una visita al alcalde en el ayuntamiento y dispuesto, al mismo tiempo, de acuerdo con el cónsul general, que los vanguardistas desfilaran en formación frente a las autoridades municipales, y recorrieran, siempre en formación, la parte alta de la ciudad hasta llegar a la plaza de toros. A las 16:15 horas desde el balcón central del ayuntamiento y con la presencia del alcalde, los distintos concejales, el cónsul general Chiappe y algunos oficiales del mando, asistimos al impresionante desfile. Al paso de cada grupo, el alcalde y varios concejales, pasado un primer momento de duda, respondieron al saludo fascista con el brazo tendido y después de una media hora de desfile nos fuimos todos a la corrida.

»Tan pronto como se llena la pista con la música de los vanguardistas, llega del numeroso público un aplauso impresionante, lleno de emoción, y una multitud de pañuelos de colores saluda con entusiasmo a cada nuevo grupo de vanguardistas que entra en la pista. Terminado el desfile, se toca la marcha Real española y luego la italiana, todos se descubren la cabeza y prestan gran atención. Luego los vanguardistas cantaron a coro el himno del Balilla, seguido de interminables aplausos y vítores inolvidables. Inmediatamente ocupan las amplias gradas reservadas especialmente, y después de unos minutos comenzó la corrida.

»La atención y la emoción de este espectáculo son muy profundas en todos. Bruno y Vittorio Mussolini invitados por el alcalde, con los que están el cónsul general Chiappe y los oficiales, se niegan cortésmente a elegir un lugar en la primera fila donde poder seguir más de cerca las diversas fases de la corrida. El primer toro es ofrecido como tributo a los vanguardistas y el torero les lanza su montera; en un instante los valientes muchachos se la van pasando de mano en mano, y se la ponen en la cabeza con satisfacción mientras comienza la lucha contra el toro entre la mayor alegría.

»Después del tercer toro, como había establecido previamente el cónsul general, el grupo de vanguardia se reagrupó de nuevo en la pista, despidiéndose del Alcalde el Sr. Tous Ferrer, que con emoción me dice que no quiere aceptar ningún dinero por el espectáculo; saludamos a Palma y a sus hospitalarios habitantes y entre el entusiasmo general, la columna abandona la plaza de toros balear.

»Con la música al frente, seguida por el Cónsul General Chiappe, por oficiales del mando, por el escritor de este artículo que se ha concedido el honor de desfilar a la izquierda del cónsul general Chiappe, la columna pasa delante de la estatua del Rey Jaime I, conquistador de Mallorca, donde tres vanguardistas suben al monumento dejando un gran ramo de flores como homenaje de los jóvenes camisas negras al rey conquistador. Todos los grupos pasan y saludan y terminado el desfile se colocan las flores a los pies del conquistador.

»Los presentes comentan muy favorablemente el gesto de los camisas negras y rápidamente se lleva la noticia del homenaje al alcalde de la ciudad.

»Ahora atraviesan la parte baja de la ciudad y siempre al son ininterrumpido de los himnos fascistas, con el entusiasmo y la aprobación de la multitud reunida para admirar la esperanza futura de nuestra bella Italia, se llega a la explanada del muelle, punto de embarque.

»Las operaciones de embarque se hacen con regularidad y gran rapidez por los vanguardistas de primera categoría, se separan de tierra lanzando fuertes saludos y vítores ensalzando a España y Mallorca, correspondidos con entusiasmo por muchos mallorquines que vinieron a despedir la salida de los jóvenes camisas negras».

El Cónsul General de Barcelona, rehaciendo el informe del agente consular arriba mencionado (7 de octubre) para informar al Ministro de Asuntos Exteriores lo terminó así:

> «La impresión dejada por la visita de los vanguardistas en Palma ha sido excelente y ha dado lugar a muchos comentarios halagadores sobre la educación e instrucción de la juventud italiana en el Estado italiano y para los fines del mismo».

En abril de 1930 dos submarinos italianos (Millelire y Toti) permanecían en el puerto de Mahón. En septiembre de ese año, también estaba en el mismo puerto el buque-escuela Colombo.

En diciembre de ese año, seis hidroaviones, bajo el mando del ministro general Balbo, amarraban «debido al mal tiempo» en la bahía de Colonia de Puerto de Campos. En su informe sobre esta parada, el agente consular en Palma se centra en enfatizar cuanto ha podido contribuir al prestigio italiano.

> «Balbo no quiso de ninguna manera abandonar la playa, resignándose a dormir en un cobertizo de los pescadores locales. Ejemplo admirable y conmovedor que ha dejado en el corazón de los buenos y humildes un recuerdo de afecto sincero y casi de veneración por nuestros orgullosos "pioneros"... me encontré con los pescadores, la policía y los guardias civiles que comentaban de forma alegre la breve estancia de nuestros aviadores en las aguas de la Colonia, estancia que ha despertado una fuerte corriente de simpatía y camaradería y han sabido ser apreciadas las cualidades de audacia y nobleza de espíritu de la nueva generación italiana, dejando entre esta gente humilde pero noble, un recuerdo querido y duradero. Cuando dejaba la Colonia dos guardias civiles con lágrimas en los ojos me dijeron: "Piense Ud., un general tan joven, ¡que venga un ministro a estrechar la mano a un pobre guardia civil, cosa que no había visto nunca desde que vine al mundo!...", mientras que cerca de la playa un grupo de pescadores volcaban una barca de pesca y gritaban: ¡Vamos! ¡Vamos! Tira de aquí, tira de allá, en un italiano perfecto... Me

acerco y pregunto: "Pero, ¿habláis italiano...?". Ellos responden: "Sí, repetimos lo que nos dijo tantas veces el capitán Cagnas; aquél sí que es un Capitán, además el dialecto italiano se parece mucho al de Mallorca, y desde hoy cuando haremos algún esfuerzo hablaremos en italiano" [sic]».

Eso nos obliga a abrir un paréntesis que muestra cómo y cuán fuerte es la obsesión por el prestigio en los círculos oficiales italianos. Que los hidroaviones, sorprendidos por una fuerte tormenta, deban amerizar es lo más natural del mundo, pero no para los jerarcas del imperio mussoliniano. Habiendo reproducido *Il Corriere della Sera* el 22 de enero de 1931, bajo el título «Las horas de ansiedad de Balbo en Mallorca tras el amerizaje forzoso», y el informe del periódico *Le vie dell'aria* relativo a la llegada de los seis hidroaviones a la isla de Mallorca, el Ministro de Asuntos Exteriores sospechaba que el agente consular de Palma de Mallorca podría haber proporcionado a la prensa el texto del informe enviado al cónsul general en Barcelona sobre el tema, e instó al cónsul a llamar al agente consular «a una mayor confidencialidad y seriedad en la conducta». En junio de 1932 una parte de la escuadra naval del Tirreno amarró y llevó a cabo maniobras en las Islas Baleares.

El 26, seis cruceros ligeros aterrizaron en el puerto de Mahón, mientras que dos cruceros y una flotilla de ocho destructores atracaron en la bahía de Palma. El informe del cónsul general en Barcelona al Ministro de Asuntos Exteriores (23 de julio) revela la importancia política que daba el Gobierno italiano a esta visita naval.

«... Me mudé a Palma con un día de antelación y pude tomar contacto con las diversas autoridades locales y ver lo que había preparado el agente consular, para que, de acuerdo con las instrucciones que se les transmitió con prontitud, tanto a este como al de Mahón, nuestros barcos se encontraran con trato amable y atento para que su estancia fuera fructífera tanto desde un punto de vista técnico, como político.

»Tarea que he visto facilitada por el trabajo que hizo previamente nuestra embajada, como resultó evidente del acto excepcionalmente amable del Gobierno español al enviar a cuatro destructores de Palma para recibir a nuestro grupo. Dicho grupo, procedente de Cartagena, llegó también a Palma un día antes que nuestros navíos.

»En la mañana del día 26, establecidas las formalidades, visité al Almirante Burzagli, que me recibió con especial cortesía demostrando que apreciaba mucho que me hubiese presentado en persona a recibir a la escuadra.

»El día 26, al ser domingo, se acordó que la devolución de la visita tuviera lugar al día siguiente, antes de las visitas a las autoridades civiles y de la devolución a los militares de la visita realizada por ellos en primer lugar en la mañana del 26, como exige la diferencia de grado.

»Recibí al almirante en la sede de la Agencia Consular y luego lo llevé donde el gobernador civil, el alcalde y el obispo, —que advertidos de ello— se encontraban esperándome.

»Acorde con la escasa importancia que se suele dar en Palma a las ceremonias, y en proporción a la falta de familiaridad que tienen varias de las personas elevadas con los altos cargos del actual gobierno republicano-socialista, todas las autoridades se han expresado en términos afables e inequívocamente amigables con el almirante, diciendo que era un placer acoger la flota italiana y ofreciéndose, con espontánea y sincera largueza, para todo cuanto pudiese hacer la estancia más agradable.

»Dicho esto, sin embargo, no teniendo las autoridades intención de agasajar a la escuadra con una excursión y un cóctel, sea porque no se suele hacer en ocasiones similares a los buques de guerra de otros estados, sea debido a nuestra política para limitar los gastos en las celebraciones, entre el almirante y yo acordamos que en la comida que me había propuesto ofrecer al almirante y a un representante de la oficialidad de la escuadra, no se invitara a las autoridades españolas y lo mismo hizo el almirante en el almuerzo que tenía previsto dar en el Trieste. Por mi parte hice una excepción al invitar al comandante de la escuadra del destructor español venida —como dije— específicamente a Palma de Mallorca para hacer un acto de demostración amistosa a nuestra marina.

»El Almirante extendió la excepción al comandante de marina del puerto, lo que yo no creía que estuviera obligado a hacer, porque no me había devuelto la visita que le había hecho el día anterior a la llegada de la escuadra.

»Digo esto también, porque pasé por alto tal omisión, aunque habría una segunda vez —hace tres años me devolvió la visita sólo después de habérselo señalado—, pero en mi opinión no se tomaron la suficiente molestia para que nuestras naves ligeras pudieran tener reservado un amarre dentro del puerto, tal vez sacando los cuatro cazas españoles, cortesía que nuestra marina siempre practica en Italia y que también se usa aquí en Barcelona, en circunstancias similares. Sin embargo, se debe señalar una justificación parcial para esta falta de preocupación del mando de marina mencionado, porque en aquellos días tuvo que amarrar una nave de congresistas a los que Palma no ofreció alojamiento.

»El día 30 llegaron junto al correo, de manera privada, el embajador y la embajadora. Habiéndolo comunicado con tiempo a las autoridades, estas no dejaron de visitar al embajador a su llegada, antes de que se instalara a bordo del crucero Zara, donde el almirante había decidido ofrecer hospitalidad.

»Los ciudadanos de Palma obsequiaron a la escuadra invitando a los oficiales a una verbena en el club de tenis y una fiesta de baile en el Círculo Mallorquín. El motivo de esta fiesta fue la presencia en Palma de numerosos participantes en un congreso de médicos catalanes.

»El Almirante ofreció un té con baile a bordo del Trieste en la tarde del 29, que fue, desde cualquier punto de vista, tan bueno como para despertar en el medio local los comentarios más favorecedores.

»También fueron objeto de comentarios muy favorables para nuestra marina el comportamiento correcto y digno de la tripulación y el espíritu de franca y cordial camaradería que dejó huella en sus relaciones con la población.

»A este respecto merece ser mencionada la carta dirigida al agente consular en Palma después de la salida del equipo de Fomento del Civismo y la Cultura Ciudadana, asociación cultural de esa ciudad, que ha querido poner por escrito su admiración por el comportamiento de nuestros marineros “que dejaron en Palma

un grato recuerdo". La prensa —toda sin excepción— se hizo eco de la gran simpatía que despertaron en el ambiente nuestros oficiales y soldados, haciendo breves pero elocuentes elogios, en cuyas líneas se podía ver todo a nuestro favor, incluso en la comparación con los oficiales y los marineros de otras nacionalidades, comparación que estaba en la boca de todos los mallorquines cuando hablábamos de la escuadra.

»Fue precisamente, *El Día*, el periódico más hostil hacia nosotros, el que escribió el mejor comentario. Asimismo, tal comentario iba seguido de otro del mismo tono, que teniendo en cuenta el poco espacio disponible en esta gaceta de provincia, no fue apenas monopolizado en aquellos días por la conferencia médica (manifestación catalanista en el fondo) ni por la prensa a sueldo del conocido financiero y diputado March —el dueño de la isla— recientemente acusado por el gobierno actual a causa de sus especulaciones en la época de la dictadura[7].

»Sin embargo está el hecho de que a pesar de la actual divergencia de principios entre Italia y España, no he tenido que lamentar el más mínimo incidente en Palma, en Mahón, o posteriormente en Pollensa.

»La escasa Colonia de Palma fue convocada por el agente consular en la tarde del 28 para rendir homenaje a Almirante y en la mañana del 30 al Embajador. Además, desde Barcelona llegaron a Palma algunos compatriotas y tanto estos como los del lugar estuvieron presentes en la fiesta ofrecida a bordo del Trieste.

»El día anterior, la segunda escuadra había zarpado de Palma y realizando unos ejercicios para avistar y encontrar al enemigo con la división de Mahón, se unió a ésta y continuaron hacia Pollensa. Me embarqué en el Zara y me trasladé a esa localidad. Allí la escuadra se quedó hasta la tarde del 4, partiendo posteriormente hacia Argel, Bona y Philippeville.

»Pollensa es una bahía alejada de cualquier centro urbano, probablemente de ahí tome su nombre, así que la parada de nuestros barcos solo tenía importancia desde el punto de vista técnico, dado el valor militar de esta profunda ensenada capaz, junto a la adyacente de Alcudia, de albergar una flota completa.

[7] Se refiere a la dictadura de Primo de Rivera. [N. de la T.].

»En este sentido hay que decir que, en mi humilde opinión, se trataba de una feliz idea la de incluir a las Baleares en el nuevo crucero de la escuadra del Tirreno; feliz tanto desde el punto de vista político como del militar.

»Desde el punto de vista político, por los resultados que se pueden esperar en el trabajo de domesticación de ese feroz y ágil potro que es la prensa republicana de hoy, y desde un punto de vista militar para que nuestra marina se familiarice con la aguas y las costas de este archipiélago de las Baleares, destinado a desempeñar un primer y valioso papel para disputar a la flota beligerante en un eventual conflicto que tenga por escenario de operaciones el Mediterráneo occidental.

»Tanto por el informe del agente consular de Mallorca, como por la información verbal recibida del Almirante Castiglionese, que comandó la división de cruceros ligeros, y también de nuestra división en Mahón que tuvo que permanecer allí, no se ha encontrado acogida y asistencia más favorables que en Palma por parte de las autoridades civil y militar de esa ciudad. Y la ciudadanía no se manifestó menos amable y abierta hacia nuestros oficiales y marineros, que nos ofrecieron una fiesta en el local de la Liga marítima española. [...]

»La esposa del señor Facchi, a la que el Almirante confió la tarea de hacer los honores a bordo del Trieste a la hora del té, se desempeñó muy bien.

»Había entre nosotros quienes criticaron que el Círculo Mallorquín y los dirigentes no se encontraran a la entrada para recibir al Embajador y al Almirante y que al entrar en la sala del club no sonó el himno italiano. Pero hay que decir que el Embajador y el Almirante han llegado al Círculo cada uno por una entrada diferente, por no haberlo preparado con antelación, pues no lo consideraron importante. Sobre la omisión de la marcha real he sabido que el factor predominante del Círculo, por antipatía al actual régimen, ha sido evitar de cualquier modo que sonase el Himno republicano de Riego, como sin duda no se hubiera podido evitar hacer.

»Adjunto un par de recortes de los periódicos de Palma y Mahón relativos a la estancia de nuestro grupo».

En agosto de 1934 una escuadra italiana compuesta de un destructor, un explorador y ocho submarinos, llegaba al puerto de Mahón y al de Almería, pero la Embajada de Italia en Madrid explicó al cónsul general en Barcelona que «dichas visitas no tienen carácter oficial» (en el mencionado nº 2280 de 6 de julio). En mayo del mismo año un buque de la Marina italiana había estado en el puerto de Palma de Mallorca, pero ni el Cónsul General de Barcelona ni las autoridades locales españolas fueron informadas de esta llegada y el comandante del crucero se limitó a visitar al comandante militar, al alcalde, al gobernador civil y al obispo, y cuarenta y ocho oficiales de civil hicieron una excursión por los alrededores.

Las manifestaciones de amistad ítalo-españolas eran ya lejanas.

Capítulo III. Celos

LA ITALIA IMPERIAL, con la ávida mirada fija en las Baleares, vigilaba que ninguna actividad exterior pudiera, de un modo u otro, disminuir su prestigio y poner en peligro sus planes hegemónicos. El 26 de abril de 1927, el Cónsul General de Italia en Barcelona, Conde Romanelli, en una carta al Ministro de Asuntos Exteriores sobre la utilidad de sus visitas a los distintos Agentes Consulares, observaba:

> «Tiene especial importancia, en varios aspectos —incluso políticos— visitar al director de la Agencia en Palma de Mallorca, la capital balear, donde me asegura que se viene ejerciendo por elementos de Inglaterra y Francia una influencia preponderante, siempre en aumento, lo que podría algún día ser perjudicial para nuestros intereses, dada la posición estratégica especial de aquellas islas». (N. 948/III/P. Pers. 3).

Las autoridades consulares italianas prestaron particular atención a los buques de guerra extranjeros que patrullaban los puertos de las Baleares.

El cónsul general en Barcelona emitía el 31 de diciembre de 1928 a las agencias consulares de Palma, Ibiza y Mahón las siguientes instrucciones:

> «Ruego se me informe cada vez que llegue o salga de un puerto cercano una nave de guerra extranjera. Es suficiente que el comunicado se haga por correo, pero siempre con la mayor celeridad».

Estas instrucciones consulares eran el reflejo de las instrucciones ministeriales. El 28 de ese mismo mes, el consulado italiano en Barcelona recibió de Grandi, el Ministro de Asuntos Exteriores, el siguiente telegrama (14302/55):

> «Ruego a V. E. que a partir del 1 de febrero de 1929 informe por telegrama en clave a este Ministerio las salidas y llegadas de los buques de guerra extranjeros en los puertos mediterráneos de su jurisdicción. Los vice-consulados y la Agencia consular dependiente de esta Oficina, deberán hacer los informes del caso a V. S. para su envío a este ministerio».

Tres grandes nubes se cernían sobre las Baleares a la vista de la Italia Imperial. La nube inglesa, alemana y francesa.

El 18 de marzo de 1935 el cónsul general de Barcelona enviaba al Ministerio de Asuntos Exteriores y al embajador en Madrid un informe sobre la concentración en Mallorca de las escuadras inglesas del Atlántico y del Mediterráneo. El 23 del mismo mes aquel cónsul informaba de nuevo al Ministerio y al embajador, y les comunicaba la salida de la escuadra inglesa indicando que

«las maniobras, y en especial el viaje de ida, fueron alteradas por el mal tiempo que averió algunas de las unidades más pequeñas. Sólo la publicación separatista catalana *La Publicitat* en su número del 21 del corriente ha publicado al respecto una breve nota de la cual incluyo la traducción[8]. "El embajador británico en Madrid llegará aquí pasado mañana"». (N. 726/61 P. A. 48).

El 13 de marzo de 1926, el director de la Agencia Consular de Palma de Mallorca envió al Cónsul General en Barcelona un informe detallado sobre la concentración de las escuadras inglesas del Atlántico y del Mediterráneo en las aguas de Palma, haciendo hincapié en que las maniobras se habían suspendido debido al fuerte viento.

A continuación se muestra una lista de los eventos de amistad anglo-española que tuvieron lugar durante el tiempo de escala de la escuadra en Palma.

En octubre del año siguiente Primo de Rivera y Neville Chamberlain se reunieron en Palma de Mallorca. Mussolini picó el anzuelo enseguida, por lo que el cónsul general en Barcelona, escribió al director de la Agencia Consular en Palma un Confidencial (7 de octubre N. 9629 N./P.A./I) en el que pidió enviar un informe detallado de esa reunión «acompañando este informe con todos los detalles y las inferencias que crea interesante informar».

El 24 de abril de 1928 con motivo de la visita de algunos buques de guerra británicos, el director de la Agencia Consular señaló en un informe al cónsul general en Barcelona, que durante la estancia de los buques británicos no se hizo ninguna demostración excepcional de simpatía por parte de las autoridades locales ni de la población. Información esta, que el Cónsul General se apresuró (21 de abril. N. 1520/164 P. A./48) a

[8] La nota constataba el inusitado plan de las maniobras (111 navíos) y concluía asumiendo que no se trataba de un simple y normal entrenamiento, sino que tenía carácter estratégico y táctico. [N. de la ed. italiana].

comunicar al Ministro de Asuntos Exteriores. El 1 y el 7 de marzo de 1929, el director de la Agencia Consular en Palma señaló al cónsul general en Barcelona la llegada de buques de guerra británicos en el puerto de Palma, el 13 de marzo informó de la salida de los barcos y el 19 de ese mes de su entrada en la bahía de Pollensa. El Cónsul General avisó por telégrafo al Ministerio de Asuntos exteriores de los desplazamientos de la escuadra inglesa. El movimiento de los buques de guerra británicos en las aguas de Baleares en marzo de 1930 fue también el tema de las cartas del director de la Agencia Consular de Palma al Cónsul General en Barcelona, que informaba por telegrama al Ministro de Asuntos Exteriores.

El 11 de abril de 1932, el cónsul general en Barcelona notificó al Ministro de Asuntos Exteriores la presencia en la bahía de Palma de un buque de guerra británico, quien informó el mismo día de su llegada (8 de abril) al Consulado del lugar.

La visita de dos acorazados británicos en Palma, en febrero de 1932, dio lugar a los habituales informes consulares sobre el recibimiento hecho a la tripulación. Es característica la correspondencia relativa a aquella visita inglesa. El 2 de febrero, el agente consular en Palma señalaba para el 17 la llegada al puerto de cuatro buques de guerra ingleses. El 13 de febrero, el agregado naval de la embajada en Madrid solicita al cónsul general en Barcelona pedir directamente al agente consular en Palma la siguiente información: nombre y rango del comandante de las fuerzas navales; nombres y tipos de buques; puertos visitados y tiempo de permanencia en cada puerto; las relaciones con las autoridades locales y las posibles celebraciones; noticias sobre sus actividades en las islas con detalles sobre cualquier excursión.

El 20 de febrero, el agente consular de Palma, informando al agregado naval, se centra en los dos últimos puntos, subrayando la importancia que tienen para el gobierno italiano.

«Se han intercambiado los relativos saludos de cortesía con las autoridades locales, ofreciéndoles éstas el palco del teatro municipal para que los oficiales de las dos naves pudieran asistir a los espectáculos. Por otra parte, se ha organizado un partido de fútbol en el campo de deportes de la sociedad mallorquina entre los representantes de los barcos y el equipo C. D. Mallorca. No se observó ninguna actividad de los distintos países en los lugares importantes de la isla, y tampoco se hicieron excursiones, al estilo alemán, en el interior. El día 18 llegó a este puerto el vapor británico Laurente, de matrícula de Liverpool y de 18.724 toneladas, llevando a 500 turistas a bordo, y al día siguiente también llegó el vapor británico Express of Australia con 497 turistas, y pudiera ser que en la excursión que hicieron los turistas al interior de la isla, hayan participado oficiales de los dos acorazados, imposibles de reconocer porque normalmente visten ropa de civil. Tengo el placer de adjuntar a la presente los recortes del periódico local *Última Hora* que reproduce la noticia de la estancia de los buques en este puerto».

El 29 de enero, habiendo anunciado la llegada de los buques de guerra, el agente consular no olvidó incluir un recorte del periódico *Última Hora* que anunciaba un concierto vocal e instrumental de las bandas musicales y corales de las tripulaciones inglesas.

En abril de 1933, durante la estancia de las escuadras inglesas del Mediterráneo y del Atlántico en las Baleares, se produjo el habitual intercambio de cartas, informes y telegramas entre la Agencia Consular de Palma, el Consulado General en Barcelona, la embajada en Madrid y el Ministro de Asuntos Exteriores.

El director consular de Palma confirma, una vez más, en esta ocasión, su instinto político insistiendo en el aspecto político de las maniobras navales inglesas.

«Al igual que en años anteriores —escribe al Cónsul General en Barcelona (4 de abril)—, se han repetido incidentes y altercados entre oficiales y soldados en estado de embriaguez, incidentes que

evidencian en mayor medida la siempre notoria corrección y seriedad de nuestros marinos, demostrada en la visita del año pasado.

»La estancia de la flota británica se ha caracterizado este año por la excesiva cortesía usada con las autoridades locales por parte de los comandantes al mando, ofrecida en varias ocasiones, y sin ser correspondida, con varios banquetes, fiestas y té, y dando conciertos vocales e instrumentales a la población, visitas a los buques en horas establecidas, atenciones que contrastan con la rigidez acostumbrada en años anteriores.

»En los círculos oficiales de Palma se desea ver una cierta relación entre las recientes visitas de la flota británica en Mallorca y la visita a Roma del primer ministro británico.

El 25 de enero de 1934, el Agente Consular de Palma señaló al cónsul general en Barcelona que el día anterior había llegado a puerto un barco de guerra inglés. El 29, el cónsul informaba por telegrama de esa llegada al Ministerio de Asuntos Exteriores. La «reina de los mares» seguía preocupada por la «nación mediterránea». Una segunda nube amenazadora había aparecido en mayo de 1926: la de la escuadra naval alemana en crucero por el Mediterráneo «exclusivamente dedicado a España» —como señalaba el Cónsul General en Barcelona en un escrito del 2 de junio (N. 1823/166 A. P. 48) al embajador en Madrid. No era tanto el poder de la división naval alemana lo que preocupaba al cónsul, sino las fiestas ofrecidas a las tripulaciones tanto en Palma y Mahón, como en Barcelona. «A bordo del buque insignia —observó el conde Romanelli— se encuentra una banda militar que dará conciertos y destacan los uniformes de los marinos que son elegantes y casi lujosos».

Además de la banda y los uniformes, los alemanes tienen la diplomacia. Pero esto no es tan peligroso, según la opinión del señor conde, que así lo escribe el 8 de junio (N. 1879/174 A. P. 48) al embajador en Madrid:

«El vicealmirante Von Mommsen se ha ido a Málaga, y el embajador, conde de Welezech llegó aquí y se marcha esta tarde a la

capital. El propósito evidente de la visita alemana es granjearse las simpatías españolas, pero lo han hecho con esa falta de tacto y de oportunidad que es característico de esa raza, tanto es así que se puede decir que el efecto deseado no se ha conseguido. Adjunto una copia del informe en este sentido que me dirigió el cónsul en Palma.

»Al entrar en vigor del nuevo tratado, una propaganda más intensa y un aumento de la actividad, sugieren que Alemania quiere activar su acción político-económica en España, donde todavía cuenta con mucha simpatía y admiración. El embajador de Alemania ha hecho declaraciones políticas para que queden en la memoria y cuyo alcance este Consulado General ha procurado atenuar con un comunicado posterior».

En febrero de 1929, el paso de un crucero alemán por Palma causó la avalancha habitual de cartas, informes y telegramas de los servicios consulares italianos en España.

En mayo de 1930 un acorazado y siete destructores alemanes visitaron Mahón haciendo a bordo grandes recepciones y correteando por allí con un montón de coches, cosa que mencionaba el Agente Consular de la localidad en un escrito al cónsul general en Barcelona (24-6) para pedirle que le permitiera mantener alto el decoro en las recepciones con tripulaciones italianas.

En mayo de 1930 y en marzo de 1933, los movimientos de los buques de guerra alemanes aún interesaban a los agentes consulares de las Baleares y al cónsul general en Barcelona. Pero había mayor interés en que se dirigieran a la *sorella latina*[9].

El desembarco en el puerto de Palma (octubre de 1930) de submarinos de la escuadra francesa (mayo y noviembre de 1931, julio de 1933, etc.) afectan al gobierno italiano por el lado político y el estrictamente militar. El 11 de mayo de 1931, el Cónsul General en Barcelona, indicaba al Ministerio de Asuntos Exteriores (N. 1873/194 Pas. A./48) que el crucero francés

[9] La hermana latina. Hace referencia a Francia. [N. de la T.].

Duguaj-Trouin, había visitado el puerto de Mahón para asistir a la ceremonia de descubrimiento de una placa conmemorativa colocada en el mausoleo donde fueron enterrados los soldados franceses caídos en esa localidad durante la campaña por la conquista de Argelia en 1830.

Y los recortes de prensa adjuntos informan que, al discurso del cónsul general francés, respondieron el alcalde y el decano del cuerpo consular, y que la ceremonia terminó con un almuerzo ofrecido por el Ayuntamiento. Y también hubo, además de la participación en el desfile de las misiones civiles y militares, la intervención de bandas y grupos corales: esas cosas que debían preocupar no poco a los dirigentes de Roma.

Hemos visto que las «relaciones con las autoridades locales y cualquier celebración» son uno de los puntos principales de los informes consulares sobre los movimientos de los buques. Para ser breve, sólo cito algunos ejemplos.

> «El contraalmirante Sr. Traub anunció anteriormente que, con el fin de no interrumpir el funcionamiento normal de los servicios, no aceptaría más actos oficiales que las visitas de cortesía, y por lo tanto, no se ha realizado ninguna celebración en honor de los oficiales y los marineros de la escuadra.
>
> »Sólo he visto unos autobuses llenos de marineros y oficiales que visitaron los lugares más pintorescos de la isla, imitando cuanto hacen los alemanes en sus peculiares visitas a esta isla.
>
> »Se adjunta a la presente algunos extractos del periódico local, anunciando a modo de crónica, la llegada y salida de la escuadra francesa».

El agente consular de Palma se congratula de la frialdad con la que recibió a la escuadra francesa en julio de 1933. Es característico su informe al cónsul general en Barcelona:

> Real Agencia Consular de Italia
> Palma de Mallorca
> N. 63 Pos. 13

Palma de Mallorca, 5 de julio de 1933 – XI
Consulado General de Italia
Barcelona
Durante la estancia en Mallorca de los buques de guerra franceses, se repitieron los banquetes todos los días como anteriormente con el equipo inglés. El cónsul francés en esta ciudad, se había procurado de todos los medios para organizar fiestas y manifestaciones deportivas en honor de oficiales y marineros, sin embargo, a pesar de varios llamamientos por medio de anuncios y a través de la prensa local, no se ha realizado ninguna fiesta.
Los dos buques de guerra españoles que llevaban varios días anclados en la bahía, abandonaron la isla el día anterior a la llegada de los barcos franceses, se dice que para evitar, como en otras ciudades, los accidentes derivados de la rivalidad existente entre los marinos españoles y franceses.
El vicealmirante Dubost ha ofrecido a las autoridades españolas, a los cónsules de varias naciones y a distintas familias de la isla, un té a bordo del buque insignia, imitando en todo a cuanto ofreció el almirante Burzagli durante la visita a esta isla el pasado verano.
Con el mayor cumplimiento.
El Agente Consular.
F. Facchi

Los franceses, además de imitar a los alemanes en admirar los bellos paisajes y a los italianos ofreciendo el té, son incorregibles seductores. ¿El cónsul de Francia en Palma se ha atrevido a conceder una condecoración al gobernador civil de las Islas Baleares? El Cónsul General en Barcelona señala esta sospechosa «actividad del Consulado de Francia en Palma de Mallorca» a la embajada de Italia en Madrid (7 de marzo 1933. N. 1151/171 St./I). Otro asunto es un caso muy confuso de altruismo francés comunicado por la Agencia Consular en Palma al Consulado General en Barcelona (19 de marzo): que el marqués de Rabar ha regalado un yate al Club Náutico de Palma.

Pero la malicia de los franceses no había terminado. En abril del mismo año, el cónsul de Francia asistió a una fiesta a

bordo de un transatlántico francés anclado en Palma, hecho que fue objeto de un informe del agente consular de Palma dirigido al Cónsul General de Barcelona, y considerado como tema para un telegrama directo el 10 de abril a la Embajada de Italia en Madrid, para informarla de las actividades francesas en Palma.

La transformación en Consulado de la Agencia Consular de Francia en Palma de Mallorca el 1 de octubre de 1931 y las actividades del cónsul francés, fueron objeto de muchos informes del agente consular en Barcelona a la Embajada en Madrid y también al Ministro de Asuntos Exteriores.

El 8 de octubre el cónsul general escribió al agente consular de Palma (confidencial 4031 Pers. 2):

> «Le agradecería que me mantuviera informado de la llegada del nuevo titular del Consulado, del personal que lo constituirá y por último de cualquier otro asunto que pueda conocer sobre el tema en cuestión, que merezca toda nuestra atención».

El 17 de octubre el agente consular comunicaba al cónsul general:

> «Hoy ha tomado posesión del consulado de Francia el cónsul Sr. Louis Mougin.
>
> »En una notificación enviada a los cónsules de las otras naciones mencionadas: el gobierno de la República Francesa ha decidido reforzar la representación consular del archipiélago balear estableciendo un Consulado de Carrera.
>
> »El nuevo cónsul ya ha iniciado su labor enviando a los cónsules una circular invitándoles a tomar parte en una comisión proturismo y por encargo del Gobernador Civil de la provincia. No dejaré de informarle sobre este tema».

El 30 de octubre, el cónsul general, en una de sus cartas reservada-confidencial (4340 Pers. 2) al agente consular, escribía:

«Por favor, envíeme con la mayor brevedad posible una copia de la circular emitida por el cónsul de Francia sobre la comisión pro-turismo, circular a la que debe esperar para responder hasta que tenga las instrucciones del Consulado General de la que depende».

El mismo día, el cónsul General escribía un confidencial (N. 4344/565. Pos. Res. Pers. 2) al Ministro de Asuntos Exteriores en la que informaba sobre las actividades del nuevo cónsul de Francia:

«De inmediato ha procedido a contactar con otras representaciones consulares del lugar y ha invitado a las mismas a colaborar con él en una Comisión pro-turismo balear que se propone crear. Hago notar a V. E. el singular inicio de la actividad del nuevo cónsul en Palma Mallorca, especialmente porque el anterior cónsul pretende —como dice en una circular recién enviada a los cónsules extranjeros y que aguardo a poder ver— haber sido encargado de fomentar el turismo por el mismo gobernador civil de las Baleares.

»Este ostentoso interés francés por el turismo en las Baleares, me induce, por otro lado, a atribuir mayor valor a las informaciones recientemente recibidas, según las cuales, el Gran Hotel Formentor ha tomado terreno adyacente situado en la desembocadura de la bahía de Pollensa, cedido por un argentino a una compañía francesa. La bahía de Pollensa fue uno de los fondeaderos de la escuadra de Balbo en su crucero por el Mediterráneo en mayo de 1928. Es una bahía de escaso calado, pero es excelente para los buques torpederos más ligeros».

El 2 de noviembre, el agente consular en Palma informó al Cónsul General (N. 109 Pos. Res. 2) de la circular del cónsul francés. Carta que abochornó al Cónsul General, que el 10 de noviembre (4460 pers.2) escribió al Agente Consular:

«Tomo nota de que el texto de la circular emitida por el cónsul francés es bastante diferente de lo que podría suponerse a partir de

sus comunicaciones anteriores. Nada se opone entonces a que responda a la carta accediendo a la invitación».

El mismo día, el Cónsul General escribió al ministro de Asuntos Exteriores (N. 4461/5862 pers.2) rectificando el informe alarmista N. 565 del 30 de octubre. Los bellos uniformes de la Marina alemana, las buenas bandas de los ingleses y las fiestas de baile del consulado francés, todo eso hacía sombra a los observadores de Roma, que siempre vieron en peligro el «destino Mediterráneo», pero no desesperaban y no olvidaron, tras un una mirada cautelosa a derecha e izquierda, su propia tarea de penetración.

República francesa
Consulado de Francia
Palma. Circunscripción consular: Islas Baleares
Palma de Mallorca, 17 de octubre de 1931
Señor Agente consular y estimado colega:
El gobernador de las Baleares me ha pedido que designe a un miembro del cuerpo consular en Palma para participar en los comités que se formaron en el curso de la reunión para el desarrollo del turismo en las Baleares, que se celebró el pasado viernes en los locales del gobierno civil.
Tengo el honor de invitarle a ser parte de esta representación consular y le pido que me haga saber su respuesta tan pronto como sea posible.
Acepte, Sr. Agente Consular y querido colega, el testimonio de mi más alta consideración.
Cónsul de Francia
L. Mougin

Capítulo IV. La mirada del águila

QUE LA ATENCIÓN DE ROMA estuvo constantemente dirigida hacia las Baleares, está ahora suficientemente probado, por lo que es innecesario insistir sobre el tema. Pero por lo que sigue, adquiere mayor importancia el carácter imperialista de ese interés y se avecina el trabajo de preparación de la conquista que examinaremos en el siguiente capítulo.

El 28 de julio 1926, el cónsul general en Barcelona informaba al embajador en Madrid de la visita realizada en ese mes por los ministros de Guerra y Marina a las bases estratégicas españolas en el Mediterráneo, «y en particular en las Islas Baleares» (rep. N. 223). El 11 de diciembre de 1926, el mismo Cónsul informó al Ministro de Asuntos Exteriores y a la Embajada en Madrid, de la llegada a Palma y a Mahón de material de artillería (N. 4004/333 P.A. 39). El 21 de mayo de 1927, el Cónsul General en Barcelona rogó (carta N. 1207) al Coronel Valerio, agregado militar en la Embajada en Madrid, que le proporcionara dos copias del mapa militar de la isla de Mallorca, y el 6 de octubre del mismo año renovaba su solicitud (N. 2610/P. B./5). El 19 de octubre de 1928, el Cónsul General pidió al regente de la agencia consular en Palma que completara su informe sobre la visita del Rey de España a la isla de Mallorca «incluyendo cualquier noticia que pudiera recoger los resultados de las maniobras realizadas por la escuadra española en aguas cercanas» (N. 4157/P.A./1). El regente consular, satisfaciendo la solicitud N. 3147 que le hizo el Cónsul General de Barcelona, le enviaba un informe prolijo (12 de noviembre de 1928. N. 91 Pos. 2 R.), en el que describe en detalle los distintos desplazamientos de las unidades navales durante la visita real, acentuando las dificultades de maniobra debido al mal tiempo, tanto en la bahía de Palma como en el puerto de Pollensa.

El 17 de junio de 1929, el regente consular de Palma señaló al cónsul general en Barcelona (N. 75/Pas. A./48) la llegada a la bahía de Alcudia de algunos buques de guerra de la Armada Española. E informes similares se hicieron el 27 de septiembre de ese año (N. 112 Pos. A./48), el 30 de Septiembre de 1930 (N. 113 Pos. A./48), el 19 de marzo de 1931 (N. 30 Pos. A./48). El 1 de marzo de 1932, llegó a Palma el nuevo comandante militar de las Baleares, el general Miguel Núñez de Prado y Susbielas, en sustitución del general Cabanellas, y el 9 de noviembre de ese año, el cónsul general en Barcelona, informó al Ministerio de Asuntos Exteriores y a la Embajada de Italia en Madrid (N. 3872/148 Pos. A./15.):

«He sido informado por las Agencias Consulares en Palma y Mahón, de que en la última semana de octubre, el jefe de la Base Naval de Cartagena, vicealmirante Juan Cervera, ha visitado las Baleares a bordo del destructor Alcalá Galiano.

»El Almirante Cervera estaba particularmente interesado en las operaciones de defensa de Palma, Mahón y Pollensa, que ha inspeccionado minuciosamente. La visita del Almirante a las Baleares, casi al mismo tiempo que el viaje de Herriot a Madrid, ha despertado los más variados comentarios. Sin embargo, parece que la visita es un preludio a la creación de una base naval en Mahón, a la que se destinarán los buques actualmente pertenecientes a la base de Cartagena. En cambio, en Pollensa se podría crear una base aérea».

Las obras que se debían llevar a cabo en el puerto de Mahón no podían no interesar a Roma, como se desprende del siguiente documento:

N. 4004/786. Pos. A./1
Asunto
Obras militares en las Islas Baleares
19 de noviembre 1932 - XI
Al R. Ministro de Asuntos Exteriores

Roma
C.P.C.
A la R. Embajada de Italia
Madrid
A raíz de la información enviada con el informe N. 3222/150 de 10 de noviembre del corriente y anterior, tengo el honor de presentar una lista detallada de los trabajos que se llevan a cabo en el puerto de Mahón, incluido un primer lote de 6 millones de pesetas.
A través de una empresa local que deseaba entrar en concurso, he sabido que el tiempo para la presentación de proyectos se ha restringido intencionadamente con el fin de adjudicar la ejecución de la obra a las agencias del agrado del gobierno.
Con el mayor cumplimiento
El R. Agente Consular
F. Facchi.

En el noticiario del 25 de diciembre 1932 (n° 4550/200-Pos. St. 1), destinado al Ministerio de Asuntos Exteriores y la Embajada en Madrid, el Cónsul General en Barcelona marcó un artículo del diario conservador local *La Vanguardia* en el que se ponía de relieve el carácter político-militar de las obras en el puerto de Mahón.

Mallorca iba a ser objeto de investigaciones especiales por la inteligencia militar italiana. El 13 de marzo de 1933, el detective Nait..., al servicio del cónsul general en Barcelona, les pasaba la siguiente nota:

«El sujeto que fue a Palma de Mallorca (sospechoso de espionaje) se llama Zam Botiva, de 45 a 48 años. Vive con una amante italiana naturalizada francesa llamada Maria Arezzo, que se ha quedado en Madrid donde espera el regreso de su amante.

»El pretexto del viaje de Botiva será el de ir a excavar las Baleares en busca de tesoros ocultos».

Al día siguiente, el cónsul general en Barcelona telegrafiaba al embajador italiano en Madrid. El informante advierte que

«...agentes de policía de Madrid parten hacia las Islas Baleares para seguir al supuesto espía italiano procedente de Madrid, la persona tendría el extraño nombre Zam Botiva, de 45-48 años. Comunico lo anterior para cualquier eventualidad».

La urgencia de salvar a tal sujeto, «que el cónsul Romanelli podría considerar» un posible espía militar, no podía ser más evidente.

El gobierno italiano podría ser muy respetado si metiera las manos en las obras militares de las Baleares y, de no conseguirlo, trataría de denunciar la intromisión británica. El 13 de febrero de 1936, el Cónsul General en Barcelona, escribió al embajador en Madrid:

«Una revista local de la que este Consulado General se sirve para publicar artículos de nuestro interés, está preparando un número especial dedicado a las Islas Baleares. No sería inoportuno que en dicho número se colocara un artículo relacionado con la intromisión británica en las fortificaciones y bases navales de la región.

»Siempre que esta embajada dispusiera de dicho material, le agradecería que me lo hiciera saber».

La visita del infante don Jaime a Palma de Mallorca en septiembre de 1929, fue también objeto de un informe consular muy detallado, que demuestra una vez más el gran interés con que el gobierno italiano seguía la situación política del archipiélago. Con la situación militar de las Baleares, esa era la política que más interesaba al gobierno italiano.

El 14 de mayo de 1927 (N. 1142 - P.B./39) el cónsul general en Barcelona, escribía al *Fascio* italiano de las Islas Baleares:

«Este consulado aprecia mucho el hecho de que el *Fascio* haya informado de la noticia tendenciosa publicada por el periódico *El Día* de Palma.

»Siempre que —como se dice en la hoja a la que respondemos— se publiquen en la prensa local otras noticias y artículos hostiles a nuestro país, este *Fascio* hará siempre un trabajo útil y grato a este Consulado, informando a través de la agencia local consular».

El mismo día en que el cónsul general escribía al director de la agencia consular en Palma de Mallorca (N. 1143 - P. B. 39.):

«En relación a la noticia tendenciosa que se trata en el folio 33, me gustaría saber si entre los periódicos locales se encuentra alguno que sea particularmente hostil.

»De hecho, espero que me sean facilitados y enviados todos los artículos con tono hostil hacia nuestro país, así como espero de esos periódicos la rectificación de las noticias publicadas, como me han prometido».

El 19 de mayo, el Cónsul General escribía al ministro de Asuntos Exteriores (N. 1187/133 -. P.B./39):

«... También he recomendado al vicecónsul en Palma que me mantenga al tanto de la postura hacia nosotros de la prensa local, y que me envíe rápidamente aquellas noticias que considere de especial importancia».

El 7 de octubre del mismo año, el cónsul general, mediante escrito al vicecónsul en Palma (N. 2629 - P.A./1) le instaba a informarlo en detalle sobre la reunión que se llevó a cabo allí entre Primo de Rivera y Chamberlain, y le decía:

«Me gustaría, incluso en el futuro, que sin demora tenga informado a este consulado de cualquier hecho que pudiera afectar a la política interior o exterior de España».

El 9 de noviembre 1928, el cónsul general en Barcelona escribió al vicecónsul en Palma (N. 3947 - P.A./73) el siguiente confidencial:

«Le ruego que me envíe con la mayor brevedad posible un informe detallado sobre la visita realizada recientemente por S. M. el Rey de España en esa isla.

»También en el futuro me gustaría que me tenga minuciosamente informado de los hechos, eventos, visitas, ceremonias, llegada de buques de guerra, opiniones de la prensa local, etc., que de algún modo puedan tener alcance político o interés para nuestro país».

El 12 de noviembre, el vicecónsul en Palma envió al cónsul general en Barcelona un informe sobre la visita del Rey de España, pero el cónsul general no estaba satisfecho, por lo que el 19 escribía al torpe cronista (N. 4157 - P.A./1):

«Más que la crónica, era mi deseo que me expusiera sus impresiones personales sobre la visita de S. M. el rey de España en esa isla. Sus impresiones sobre la acogida que le hizo la población local al Soberano, los acontecimientos sucedidos, incidentes, repercusiones, etc. Le ruego, por lo tanto, que complete su informe en este sentido».

La actitud de la prensa local de las Baleares es seguida con un interés desproporcionado con respecto a la importancia de aquellos periódicos de provincia en la vida política española.

El 16-18-19 de enero de 1929 *La Última Hora*, periódico local de Palma, publicó una serie de artículos titulada «Motivo para una expansión española en Oriente». El 21 de enero, el agente consular de Palma envió estos artículos al cónsul general en Barcelona que el 25 de enero los envía al Ministro de Asuntos Exteriores y ese mismo día escribe al agente consular:

«Le agradezco los interesantes artículos sobre la expansión española en el Este, publicado por el diario *La Última Hora*, rogándole que continúe con este valioso aporte de información».

El 11 de febrero, el agente consular de Palma transmite al cónsul general en Barcelona un artículo recortado de *La Última Hora* sobre «Italia y el levante Mediterráneo». El 15 de febrero, nuevo envío de un artículo de *La Última Hora.* El 28 y 30 de mayo, el agente consular de Palma manda al cónsul general en Barcelona artículos aparecidos en los periódicos locales *El Día* y *La Última Hora.* El 18 de junio, el cónsul general en Barcelona informa al Ministerio de Asuntos Exteriores de los artículos publicados en los periódicos de Palma. También los del 27 de junio, del 3 de octubre, del 9 de octubre.

El 2 de mayo de 1931 el Agente Consular de Palma envía al cónsul general en Barcelona un artículo recortado de *La Última Hora,* titulado «Nuestro enemigo el francés», y que el cónsul se apresura a transmitir el 6 de mayo al Ministerio de Asuntos Exteriores. Ese mismo día, escribe a la agencia consular en Palma:

«Le agradecería que me mantuviera informado con regularidad, incluso a través de unas pocas líneas, de la situación política local que se desprenda de sus impresiones personales y de las consultas de los periódicos de diferentes tendencias».

El 22 de julio de 1932, el Canciller del Consulado General en Barcelona escribe al agente consular en Palma que el Cónsul General quiere los recortes de periódicos locales relacionados con la visita de la flota italiana en el puerto, y en especial «los comentarios de *El Día*».

El 10 de mayo de 1933 el agente consular de Palma envía al cónsul general de Barcelona algunos recortes de *La Última Hora* relativos a Italia.

En marzo de 1935 el cónsul general de Barcelona envió por vía aérea y con acuse de recibo, un artículo de un diario barcelonés, *La Vanguardia*, titulado «El archipiélago Balear». El primero de abril transmite a la embajada en Madrid un recorte de una ilustración sobre Italia publicada en un periódico de Palma.

El primero de junio transmite a la misma dirección, cinco artículos publicados en los periódicos de Palma.

La lista es exasperante, pero prueba que los intereses del gobierno italiano estaban dirigidos constantemente a la postura de la prensa de las Baleares. Ya se perfila claramente la obra de penetración que ilustraremos en el siguiente capítulo.

Capítulo V. Las Baleares: colonia mediterránea

LOS QUE NO TENGAN en cuenta el valor esencialmente estratégico que las Baleares tenían a los ojos del imperialismo italiano, caen en el error de suponer que por ese archipiélago gravitaban formidables intereses económicos que defender y potenciar.

No es así. En febrero de 1929, el agente consular en Palma escribió al cónsul general en Barcelona para justificarse por no haber vendido dos entradas para un baile en beneficio de las escuelas italianas en Barcelona, que éstas le habían enviado:

> «Lamento mucho que usted pueda haber dudado de que la razón de que yo haya devuelto las dos entradas, sea debida a una falta de interés o negligencia en el cumplimiento de la tarea que me ha sido encomendada.
>
> »La verdadera razón es, por el contrario, que no existen en esta colonia personas ricas o de algún modo acomodadas, a las que les sea fácil soportar tal gasto o donación.

»Como creo que será de su conocimiento, los componentes de la colonia italiana de Mallorca son trabajadores, obreros, pequeños comerciantes, vendedores ambulantes, profesores de música, etc., todas personas que se ganan la vida modestamente y en consecuencia no tienen los medios para poder hacer donaciones o participar en las celebraciones de tal importancia (11 de febrero, N. 31, Pos. 18)».

El doce de febrero de 1931 el mismo agente consular escribía al cónsul general en Barcelona (N. 19, Pos. B. 23):

«Muy a mi pesar me veo obligado a devolver los dos boletos para el baile de la Colonia, no habiendo encontrado entre los residentes italianos ningún comprador».

En 1929 había en la isla de Mallorca 106 italianos. En diciembre de 1935 había 66. El 22 de agosto de 1935, el Agente Consular de Mahón daba noticia de 11 residentes italianos permanentes en la isla de Menorca. Por lo tanto, se puede decir que la colonia italiana de las Baleares era muy pequeña y pobre.

Si los intereses italianos en las Baleares no eran importantes, la penetración de otras potencias en el archipiélago español preocupaba enormemente a los círculos oficiales italianos.

El 19 de noviembre de 1928 el Cónsul General en Barcelona envía al Ministro de Asuntos Exteriores un informe (N. 4151/430, Pos. AA./1), basado en la información que había recibido de Palma «por vía confidencial», sobre las negociaciones de compra de centrales eléctricas y de tranvías de la isla por parte Utilities Corporation, de Filadelfia, que también tenía una propuesta para la electrificación de los ferrocarriles. La fianza de la operación iba a ser adelantada por

«...un cierto Juan March que se ha hecho fabulosamente millonario, primero con el contrabando de tabaco, a continuación, durante la guerra, haciendo abiertamente espionaje para los británicos y ayudando clandestinamente a los submarinos alemanes.

»Como una inversión de ese capital que se ha mencionado, no es susceptible de —dicen personas conocedoras de la isla— un interés mayor del 2%, la iniciativa de la sociedad estadounidense da pie a suponer que se oculta un interés de otra naturaleza que la económica».

Para situar exactamente las razones del interés que las esferas oficiales italianas sentían por las Baleares, hay un informe detallado del cónsul general en Barcelona, sobre su visita a la Agencia Consular de Palma y Mahón, que envió al Ministro de Asuntos Exteriores (10 de abril de 1929, N. 1.120/139, Pos. 3 Pers.).

En dicho informe se confirmaba la pequeñez numérica y financiera de la colonia italiana en la isla de Mallorca.

«Antes de la guerra se contaron en la isla más de cien compatriotas que emigraron allí desde nuestras provincias del sur después de la caída de los Borbones. Pero la Agencia Consular, bajo la regencia de Cabrer, perdió el rastro de la mayor parte de ellos debido a que estaban dispersos en los pueblos de la isla y tenían pocas oportunidades para ponerse en contacto con el consulado, pudiendo incluso eludir el servicio militar español, sin necesidad de comprobar su inscripción en la lista de leva del consulado.

»De los italianos establecidos recientemente, son pocos los trabajadores especializados que han sido reclutados por la oficina metalúrgica dirigida por el Sr. Facchi.

»En la industria hotelera, que en la isla de Mallorca es muy rentable por la gran afluencia de turistas de todos los países de Europa y América, teníamos hace unos años una posición notable, pero tras el fracaso del Sr. Zerboni, que construyó y dirigió el Hotel Vitoria, el mejor de Palma, y un cambio de dirección del Gran Hotel, estamos ahora totalmente ausentes.

»Incluso en el movimiento marítimo, nuestra bandera está casi ausente de los puertos de Mallorca, en los que las transacciones se realizan principalmente con Francia, Alemania e Inglaterra, con la exportación de productos agrícolas y calzado (próspera industria de la isla) y la importación de objetos manufacturados.

»Sin embargo, ha llegado a mis oídos que una quinta parte del extenso y rico latifundio del archiduque Salvador de Austria en el oeste de la isla, sería ahora propiedad de un compatriota residente en Trieste. Pudiendo tener esto algún interés, he pedido al agente consular que haga averiguaciones y que me informe.

»Recientemente, una compañía naviera francesa que hace el servicio Marsella-Argel, ha comenzado a hacer escala en Palma durante los meses de invierno para aprovechar el transporte de una parte de los turistas y atraer a unos cuantos hacia sus colonias de África por un lado, y por otro, a la Costa Azul en el viaje de vuelta.

»Esta iniciativa francesa sugiere estudiar la conveniencia de que algunos de nuestros vapores de Norteamérica o Sudamérica incluyesen ocasionalmente, a la ida o a la vuelta, el puerto de Palma. [...]

»La Oficina [la Agencia Consular de Mahón], situada en la planta baja de un edificio donde vive el Agente con su familia, no sólo es muy digna, sino que posee además la ventaja de ser fácilmente visible desde cualquier parte del puerto y la base naval.

»Como se sabe, el puerto de Mahón está formado por un brazo de mar que penetra en la isla durante siete u ocho kilómetros, convirtiéndolo en un gran y providencial refugio para buques sorprendidos por las terribles tempestades de esta zona del Mediterráneo.

»De hecho, debo decir, con justicia para nuestro agente, que sus mayores y mejores servicios han sido estar a punto de ir al rescate de nuestros barcos y tripulaciones naufragados o en peligro.

»Entre Mahón y Ciudadela, que son los principales centros de la isla de Menorca, residen en total una docena de italianos que, rápidamente avisados por nuestro agente, vinieron a Mahón para hacerme una fiesta.

»Todo el mundo tiene para vivir, si no confortablemente, al menos dignamente.

»Los principales recursos de la isla son los productos de la cría de ovejas y el ganado, ambos captados principalmente por el mercado francés.

»A diferencia de la vecina Mallorca, que tiene una exuberante flora y abunda en olivos y almendros, Menorca, golpeada tres cuar-

tas partes del año por los vientos del norte, tiene poquísima vegetación arbórea y los olivos que allí crecen resultan improductivos.

»La principal industria existente en la isla es la confección de calzado, que se estableció allí para aprovechar el bajo coste de la mano de obra, ya que la materia prima (pieles curtidas) procede de los Estados Unidos.

»Para dar prueba de la reputación adquirida por algunas de estas fábricas de zapatos, basta decir que hay varios cientos de paquetes que diariamente parten desde Mahón hacia los principales centros de América del Sur, mientras que varios cientos más son vendidos, y muy buscados, incluso en París.

»Me he permitido mencionar esto porque escuché a una persona competente expresar la idea de que convendría que algunas de nuestras mejores fábricas de calzado se instalasen en la isla, incorporando algunas de las mejores, para juntar la confección a máquina —casi desconocida en la isla— con la manual, en la que la mano de obra local es maestra.

»Creo superfluo tener que detenerme en la importancia militar de las dos islas porque es bien conocida.

»No pasa un año en que la flota inglesa no visite los magníficos fondeaderos de Mallorca, Pollensa, Alcudia, Palma, con capacidad para alojar escuadras aún más numerosas que aquella que recientemente se concentró con 98 unidades (ver telegrama N. 33/12, de 13 de marzo pasado).

»Incluso Alemania, no hace mucho, hizo estacionar en Palma durante varios días el Berlín, cuyos oficiales aprovecharon para visitar la isla de Mallorca a lo largo y ancho.

»En Mahón, el gobierno español, aprovechando la particular configuración de ese puerto, ha creado una base naval en cuyo montaje todavía sigue trabajando.

»Me dijeron que el próximo año será propuesto un almirante para comandar la base, esto sugiere que durante ese tiempo el trabajo se habrá completado y podrá amarrar cualquier unidad mayor que los tres torpederos que he visto anclados».

El Cónsul General no se hacía, como se ve, grandes ilusiones sobre la penetración económica italiana en las Baleares. El pres-

tigio italiano y la importancia militar del archipiélago son las dos preocupaciones que predominan en su informe.

Capítulo VI. Las herramientas de penetración

ECHANDO UN VISTAZO al cuadro de los representantes consulares italianos en España[10], se puede ver la importancia especial

[10] Las provincias de Madrid, Toledo, Guadalajara, Cuenca, Ciudad Real, Soria, Segovia, Ávila, Valladolid, Zamora, Salamanca, Badajoz, Cáceres: Consulado de Italia en Madrid; Agencias Consulares en Badajoz y Valladolid.
Las provincias de Barcelona, Tarragona, Lérida, Gerona, Huesca, Zaragoza, Teruel y las Islas Baleares: Consulado General de Italia en Barcelona (Calle Mallorca, 27, D); Agencias Consulares en Cadaqués (Gerona), Gerona, Ibiza (Baleares), Palamós (Gerona), Palma de Mallorca (Baleares), Mahón (Baleares), Rosas (Gerona), S. Feliu de Guíxols (Gerona), y Tarragona.
Las provincias de Vizcaya, Santander, Burgos, Logroño, Coruña, Pontevedra, Lugo, Orense, Oviedo, Álava, Palencia, León, Guipúzcoa y Navarra: Consulado de Italia en Bilbao (Gran Vía, 46); Agencias Consulares en Castro Urdiales (Santander), Coruña, Ferrol (Coruña), Gijón (Oviedo), San Sebastián (Guipúzcoa), Santander, Vigo (Pontevedra).
Las provincias de Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz, Jaén, Málaga y Granada: Consulado de Italia en Sevilla (Calle Mateos Gago, 11); Agencias consulares en Algeciras (Cádiz), Cádiz, Conil (Cádiz), Málaga, Sanlúcar de Barrameda (Cádiz).
Las provincias de Valencia, Almería, Alicante, Castellón, Murcia, Albacete: Consulado de Italia en Valencia; Agencias Consulares en Alicante, Almería, Cartagena (Murcia), Denia (Alicante), Gandía (Valencia), Garrucha (Almería), Mazarrón (Murcia), Torrevieja (Alicante), Vinaroz (Castellón de la Plana). [N. de la ed. italiana].

que daba a la colonia italiana de Baleares el gobierno italiano, propietario de tres agencias consulares en Palma, Ibiza y Mahón. Téngase en cuenta que el viceconsulado en Palma se estableció durante la guerra europea y que el vicecónsul de carrera titular del puesto fue sustituido por un regente español, que antes había dirigido durante muchos años aquella agencia consular. El regente fue sustituido, porque chocaba con el secretario del *Fascio* de Palma, cuyo informe al secretario del *Fascio* en el extranjero fue aceptado por el Ministro de Asuntos Exteriores, Grandi, que el 2 de junio de 1928 (telegrama N. 07361) ordenaba al cónsul general de Italia en Barcelona que reemplazara al regente español con «cualquier nacional que cumpla con los requisitos». Si no se reemplazó fue por el hecho de que murió, dejando el puesto a un italiano residente en Palma, director de una fábrica metalúrgica, fascista y ex sargento de aviación, con garantías de la Prefectura de Turín y recomendado al Ministerio de Asuntos Exteriores por el Cónsul General en Barcelona (carta de 6 de octubre de 1928, N. 3425/370, P. Pers. 3).

Español fue también el agente consular en Mahón, y cuando en julio de 1934, presentó su dimisión, no se propuso a españoles.

El profesor Juan Hernández Mora, buen conocedor de la lengua y la literatura italianas y persona independiente y considerada, fue descartado debido a la oposición de un capitán de buque de la Inspección de submarinos (Ministerio de la Marina) que pintó al profesor como «un ardiente republicano, conocido en el país por su participación en los desórdenes del cambio de régimen y por haber destruido y pisoteado públicamente el retrato del ex rey» (carta de Siracusa —16 de agosto 1934— al cónsul general en Barcelona), información que el almirante de división Novaro, (carta de Almería 3 de septiembre de 1934), envió a la Secretaría de Marina, basándose en los datos del capitán del buque.

El 5 de junio de 1934 el agregado naval de la Embajada de Italia, comandante Lombardi, escribió a un funcionario del Consulado General en Barcelona: «teniendo en cuenta el historial del Sr. Ponseti (el director español de la agencia consular de Mahón) sería indispensable que este agente haya desaparecido para ese momento» (la llegada a Mahón, en agosto, del buque escuela Taranto). En el siguiente mes de julio, Ponseti *caía enfermo* y dimitía. El problema de su sucesión dio lugar a un intenso intercambio de cartas entre ministerios, embajadas y consulados a favor de uno u otro candidato, y el 8 de noviembre, el Ministerio de Asuntos Exteriores aconsejó posponer el nombramiento de un Agente consular en Mahón (telegrama N. 08.640/19).

Tampoco se resolvió el problema en febrero del año siguiente, de manera que el Ministerio instó al cónsul general en Barcelona a tomar medidas definitivas sobre la Agencia Consular en Mahón (telegrama N. 01.400/7).

El problema de tomar medidas en la agencia consular en Ibiza, impuesto tras la muerte del regente español, fue igualmente laborioso.

El cónsul general en Barcelona, escribió el 24 de octubre de 1934 al Ministerio de Asuntos Exteriores (N. 3. 367-687) «para exponer nuevamente el asunto señalado en diciembre de 1933» (Informe N. 2116/357):

> «Como ya he dicho en el informe, en la isla de Ibiza no residen compatriotas y hay muy pocos desembarcos de naves italianas. Sin embargo, el admitir la gran importancia que, por obvias razones político-económicas, tiene la ciudad, me ha llevado a concluir sobre la oportunidad de mantener la Agencia Consular en cuestión, que, mientras en circunstancias especiales puede ser para nosotros una valiosa fuente de información, no tiene, por otro lado, ningún gasto ni requiere una atención especial».

El Cónsul General concluye proponiendo al banquero Juan Torres Tur, que el 20 de septiembre de 1935 se puso a disposición de la «Noble e Hidalga Nación italiana», confiando en que «estando al frente el Jefe del Gobierno, el señor Mussolini, pueda salir victoriosa de su cometido».

Los agentes consulares italianos en las Baleares resultaron, en los documentos examinados, objeto de un interés político-militar que llevó a un examen más detallado del problema de los nombramientos, que se concederán a españoles de confianza: es decir, a moderados pro-fascistas y dispuestos a servir a un amo extranjero.

El cónsul general en Barcelona, en marzo de 1928, visitó por fin las Agencias Consulares en Palma y Mahón dependientes del Ministerio de Asuntos Exteriores, y al embajador en Madrid. El 12 de marzo de 1932, el cónsul general en Barcelona anunciaba al agente consular en Palma la próxima llegada del vicecónsul, «que hace con su señora un viaje de corta duración y de carácter privado».

El 22 de abril siguiente el agente consular en Palma pudo escribir al cónsul general en Barcelona:

> «Con la reciente transformación de la Agencia Consular de Francia en Consulado de carrera, la única nación representada por una Agencia Consular es la nuestra. Considerando la especial importancia turística, política y comercial que ha alcanzado la isla de Mallorca en los últimos años, y teniendo presente que de los 17 países con representación consular, 12 tienen Consulados y 5 Vice Consulados, me he tomado la libertad de exponerle la conveniencia de que Italia también sustituya a la actual Agencia Consular por un consulado, o al menos con un Vice Consulado. Considero que es necesario exponer las ventajas morales y también materiales que esta transformación aportaría a nuestro prestigio, que seguro usted mejor que nadie sabrá precisar».

Las Baleares, tablero de un juego de fuerzas mediterráneas, adquirían cada vez más importancia para Roma, que no estaba

interesada en el título, sino en la actividad de su puesto de avanzada imperial.

Y esta actividad merece un examen especial.

Capítulo VII. Cómo avanza Roma

LAS AGENCIAS CONSULARES italianas en las Baleares no eran más que puestos de avanzada imperialista del gobierno de Mussolini.

El 16 de abril de 1929, el cónsul general Romanelli (1.083, Pers. 3), dando instrucciones al agente consular en Palma de Mallorca, le escribía:

> «Por cuanto concierne a la asistencia espiritual y material de los compatriotas, le recuerdo cuanto le he sugerido verbalmente, a saber, la conveniencia de impulsar una escuela nocturna italiana que sirva también como centro dominical, club recreativo, sección del *Fascio*, etc. La iniciativa me parece realizable con poco gasto y molestia para nadie.
>
> »Una vez puesta en marcha no dejaré de ayudarle con los libros, publicaciones y posiblemente también con algún fondo».

El 30 de julio de 1935 el Cónsul General instaba (2471, P. 3) al agente consular en Mahón a proporcionarle noticias sobre el «sentido de apego a la Patria» de los compatriotas que vivían permanentemente en la isla de Menorca.

La correspondencia entre el Cónsul General en Barcelona y los Agentes Consulares en las Baleares se centra casi exclusivamente en la situación política local, en el prestigio italiano, en las influencias extranjeras, así como en los movimientos navales y aéreos de otras naciones por los alrededores y su influencia política, y en las iniciativas militares del gobierno español.

El prestigio italiano en las Islas Baleares: este es el interés predominante de Roma que se extiende por todo el cuerpo diplomático y consular.

Un ciudadano español de Palma se dirigió, el 30 de julio de 1935, al cónsul general en Barcelona, para que le indicase libros y folletos sobre el drenaje de las Lagunas Pontinas. El 1 de agosto, el cónsul general se apresuró a enviar a ese ciudadano un folleto de *Obras Públicas en Italia*, y solicitó al Ministerio de prensa y propaganda las publicaciones de interés para un señor «que ha manifestado hacia nosotros sentimientos de enorme simpatía», y comunicó al interesado la petición hecha al Ministerio. El 8 de agosto, el Ministerio informó al Consulado General en Barcelona del envío de las siguientes publicaciones, para hacerlas llegar al admirador de Palma:

Litoria. [Actual ciudad de Latina]
Baravelli – La «limpieza integral» en Italia. (Cop. 5)
La limpieza del Agro Pontino. (Cop. 5)
La conquista de la tierra. – El Duce en el Agro Pontino.
La conquista de la tierra. – El Duce trilla el grano de Litoria.
La conquista de la tierra. – Higiene y sanidad del mundo rural.
La conquista de la tierra. – Componentes minerales menos conocidos de los organismos vivos.
La conquista de la tierra. – La segunda escuadra naval en Sabaudia.
Serpieri – Rehabilitación integral. (Copia 2)
La rehabilitación integral. (Copia 3.)
El Fascismo y la agricultura.

El 19 de agosto, el Cónsul General comunicó al admirador español que le había enviado las publicaciones recibidas del Ministerio, y aseguró al Ministerio que había enviado dichas publicaciones al interesado.

No hace falta decir que las agencias consulares italianas en las Baleares fueron centros de difusión de las publicaciones oficiales en italiano y castellano, y no es de extrañar, dado el

continuo interés que mostraba el gobierno italiano por la prensa local de las Baleares, tratando de influenciarla directamente.

El 22 de junio de 1927 (N. 1536) el cónsul general de Barcelona pidió al agente consular en Palma información detallada sobre los diarios más importantes que se publicaban en aquella división consular.

De la ficha informativa de aquel agente (27 de junio, No. 39) se deduce que no era muy fácil influenciar, y aún menos controlar, a esos periódicos.

El Día, «liberal a conveniencia del propietario» el banquero multimillonario Juan March, no tenía accionistas, tenía su propia imprenta y no tenía necesidad de subvenciones. Patrocinando «exclusivamente» los intereses del propietario —un hombre de «moralidad perjudicial» (sic), y que no tenía continuidad de carácter político—, aquel diario, falto de organización técnica, estaba en declive y no tenía crédito en el sector liberal (reputado, según el agente consular, entre personas de ideas avanzadas).

El diario de crédito «grande, extraordinario» era *El Correo de Mallorca*, pero «no estaba dispuesto a servir a ningún interés particular» que no fuera el del catolicismo. El obispo era el único propietario «del que depende en exclusiva», sin accionistas, es subvencionado por católicos ricos.

Con un único propietario y con superávit, el diario conservador *Almudaina*; y con un único propietario y con superávit, el diario monárquico *La Última Hora*.

No había, como vemos, ninguna posibilidad real de controlar tal o cual periódico mallorquín. Quedaba la probabilidad de influir en la prensa local.

La Embajada de Italia en Madrid seguía con interés la prensa de las Islas Baleares, tanto que una carta pro-fascista desde Roma con firma de Pilar Baquero de Ferretti, y publicada por *El Bien Público*, hizo que el embajador solicitara información (25 de enero de 1933, telegrama N. 227) al consulado general

en Barcelona, información que el consulado pedía (3 de febrero 521, St./1) a la agencia consular en Palma, la cual aceptó e informó (13 de febrero, N. 14, Pos. 10). Con no menos rapidez el consulado la transmitía (17 de febrero, N. 767/45, Res. St./1) a la embajada.

Parece obvio decir que la Agencia Consular de Palma tuvo entre sus misiones específicas la de influir a la prensa local en un sentido pro-fascista. Aquel agente consular escribió el 2 de septiembre de 1935 (N. 82, Pos. 17) al Consulado General en Barcelona:

> «En el día 27 del mes en curso, he puesto en este Consulado General seis ejemplares del periódico local *El Día* del 25 de agosto, en el que se publicó el artículo que se me envió.
>
> »El director de ese periódico, Nicolás Brando, nos ha ofrecido inmediatamente dicha publicación, expresándome que ve con gran simpatía nuestra causa y que por ello seguirá publicando noticias favorables a nuestro país.
>
> »Dado que los periódicos locales se alimentan casi exclusivamente de las noticias leídas en los periódicos extranjeros, creo que sería muy útil y conveniente que se enviaran, de forma gratuita, al director de *El Día*, algunos periódicos italianos. Actualmente recibe gratuitamente desde París *L'Italia nuova* y algún periódico francés.
>
> »Me satisfaría mucho que este Consulado aprobara mi propuesta».

El cónsul general adjunto Grillo contestaba así (10 de septiembre 2.994, prensa):

> «Veo con placer que se ha ocupado con rapidez del asunto por el cual se interesó, comprendiendo así la utilidad de servirse de la prensa para hacer frente a ciertos ataques extranjeros, y de algún modo, dar a conocer lo que Italia hace en el terreno de la civilización. Su idea de enviar los periódicos italianos a *El Día* es excelente, y hoy mismo están disponibles en el local de C.I.T., para

que, con carácter experimental, por un periodo de tres meses, se envíen a la redacción de ese periódico la *Stampa* y el *Corriere della Sera*. Este Consulado asume el gasto correspondiente. Le ruego que, a su debido tiempo, proporcione noticias sobre la recepción de los periódicos.

»Le envío un nuevo artículo: "Lo que Italia ha hecho en sus colonias de África Oriental", con el ruego de hacerlo publicar».

La penetración italiana en las Baleares por medio de los negocios, acompañaba a la específicamente política. Para ser breve, valga un ejemplo típico. La piedra necesaria para restaurar Castelnuovo de Nápoles, en 1933, fue pedida a las canteras de Santín, en la isla de Mallorca.

Fue el embajador en Madrid, Raffaele Guariglia, quien, en noviembre, telegrafió desde Nápoles para pedir el cargamento, como se desprende de una carta del cónsul general en Barcelona (9 de noviembre, 4140/pág. 8).

Roma, no contenta con controlar estrechamente y hacer continuas sugerencias a sus propias agencias consulares de las Baleares, quería que el *Fascio* de Barcelona asimilara al de Palma.

Si en agosto de 1928, la Secretaría General del *Fascio* en el extranjero ordenaba que el «*Fascio* italiano de las Islas Baleares», pasase a formar parte de la sección de Barcelona, era para someter a los fascistas de Palma al control directo del Consulado General en Barcelona, que fue siempre el centro de gestión de la penetración italiana en el archipiélago, observado con envidia, con avidez, por la mirada de Roma, es decir, de Mussolini.

La importancia dada por el Consulado General al *Fascio* de Baleares, es la prueba de las recomendaciones emitidas por el Cónsul al agente consular en Palma, que «quiere mantener con los fascistas de la costa las más cordiales relaciones, asesorarles y ayudarles en todo lo posible» (Res. 4 enero de 1927, N° 17, PA/1), y también el hecho de que el agente consular, apoyado por el cónsul general, impidió que el gobernador castiga-

ra a los organizadores de ese *Fascio* formado «sin el permiso necesario de las autoridades españolas» (Res. del Cónsul general al Ministro de Asuntos Exteriores del 12 de enero de 1927, Nº 70-/10, PA/l).

Capítulo VIII. Dos hermanas latinas

CUANDO MUSSOLINI, en septiembre de 1923, se vio obligado por el veto británico a abandonar Corfú, Primo de Rivera daba su golpe de Estado. En el siguiente mes de noviembre, el rey de España llegó a Roma en el ambiente fascista de rumores de acuerdos secretos por los cuales Mussolini se había asegurado, en caso de guerra, la ayuda de la armada española, así como el derecho a utilizar las bases navales en España.

Pero en diciembre de ese año, se cerró el acuerdo que regulaba la administración internacional de Tánger entre los gobiernos inglés, francés y español, y Mussolini no tuvo más remedio que protestar por la exclusión de Italia.

En la primavera de 1926, durante la Conferencia franco-española para la reestructuración del Rif, la prensa italiana pidió que se convocara una Conferencia internacional en la que Italia tuviera derecho a participar y reclamar para sí una zona de influencia. Pero Briand, Primo de Rivera, Chamberlain y Stresemann estuvieron de acuerdo en afirmar que nada justificaba la convocatoria de una Conferencia internacional.

Mussolini continuó siendo amigo de España y Primo de Rivera mantuvo, sin romper con la política de entendimiento con Francia e Inglaterra, su amistad con Italia, por lo que el 7 de agosto de 1926, el rey de Italia y el de España firmaron un tratado de amistad, de conciliación y de neutralidad valedero por diez años. La prensa italiana acogió el tratado como un gran triunfo en el campo de la política mediterránea, y destacó el

hecho de que la línea entre las Baleares y el puerto militar de La Magdalena (Cerdeña) cortaría la línea francesa Toulon-Bizerte.

En octubre de 1927, tres buques de guerra italianos entraron en el puerto de Tánger y permanecieron allí tres días sin preocuparse de la administración internacional de esa ciudad, y esta manifestación de fuerza venía a reclamar al gobierno de Madrid y al de París, que el gobierno de Roma no estaba dispuesto a permanecer ajeno a las negociaciones franco-españolas sobre la cuestión de Marruecos. Briand respondió firmando un Tratado de amistad y de arbitraje con Yugoslavia, al que Mussolini opuso un nuevo Tratado de alianza defensiva con Albania. El 22 de diciembre de ese año, la *Tribuna* publicó un artículo no oficial en el que se decía que Italia finalmente habría aceptado su sacrificio, aunque doloroso, en el Mediterráneo occidental, para reconocer y garantizar el predominio de Francia, con la condición de que Francia consintiese sacrificarse a favor de Italia en el Mediterráneo oriental.

Las Baleares y Marruecos: aquí están los dos objetivos españoles del imperialismo italiano. Desde el advenimiento de la República (abril de 1931) en adelante, la situación de la política interna de España fue el tema de los extensos y detallados informes consulares.

A la agencia consular italiana de las Baleares se le pedía con frecuencia que informara sobre la situación política local al cónsul general en Barcelona. El 20 de mayo de 1931 (N. 57, Pos. St./1) el agente consular de Palma escribió al cónsul sobre Juan March Ordinas, que pasaba de ser monárquico liberal a republicano de centro, en competencia y lucha con los republicanos socialistas. El nombramiento como embajador en Roma de un republicano antifascista de Palma, D. Gabriel Alomar (informa el agente consular de esa ciudad, 3 de junio de 1931), es entendido por los «dirigentes de Mallorca» como «un gesto de política de encaje de bolillos», porque «los conocidos del nuevo embajador me dicen confidencialmente que de este mo-

do se evitarán artículos contra el fascismo, pues dicen que este señor tiene un carácter sumamente aterrador».

Nos encontramos, en casi todos los documentos diplomáticos y consulares relacionados con las Islas Baleares, con tres temas dominantes: la importancia estratégica de sus puertos, el prestigio italiano sobre la población y la situación política local.

Desde el lado español, había poca preocupación con respecto a Italia. *La Vanguardia*, diario conservador de Barcelona, señaló el 2 de diciembre de 1930, «Una nube sobre el Mediterráneo». No era una nube italiana, sino francesa. Y el columnista, José Mª Salaverría, ensalzaba a la Italia fascista en estos términos:

> «Italia ha tenido la virtud de restituirle al Mediterráneo la importancia que había ido perdiendo. El mar que antes fuera el centro vital de la civilización concluyó por convertirse en un modesto lago bordeado de ilustres ruinas y venerables recuerdos. Pero Italia está ahí, en medio de ese mar cerrado y sin poder salir de él. Francia y España pueden mirar hacia otros lados, escoger otras salidas hacia el mundo; Italia se ve encerrada en su mar chiquito, y como no es capaz de resignarse a la pequeñez, procura agrandar su cárcel a fuerza de grandes complicaciones. Mientras Italia se sostenga en la actual tensión nacionalista, el mundo no podrá relegar al olvido el Mediterráneo. El Mediterráneo vuelve a recobrar categoría política gracias a Italia» [sic].

El articulista afirmaba que «la ambición imperialista y la codicia de nuevos territorios» proceden de Francia, y es la nación «que mayor número de colonias posee» y que «tiene más colonias de las que su limitada industria y su no menos limitada natalidad necesitan». Pero por otro lado Italia no es una aliada segura ya que «es la más fuerte competidora de nuestro aceite, nuestro vino, nuestras frutas y conservas», y también porque en América del Sur «el espíritu italiano es el mayor rival del nuestro; y las Baleares se ofrecen ya a la secreta mirada de los italianos como una posible conjetura para las inciden-

cias del porvenir». ¿Conclusión? Sagrado egoísmo y el rearme de España, que debe renunciar a vivir al margen de la política de otras naciones.

El cónsul general en Barcelona se apresuró a comunicar al Ministerio de Asuntos Exteriores (15 de diciembre 1930, número 4571/467, P. St./1) el artículo antes citado. Que España pudiese abandonar su política de aislamiento para entrar en liza como potencia mediterránea, sólo podía preocupar a la Italia fascista, que siempre esperaba sustituir a Inglaterra y Francia en el predominio del «Mare Nostrum». La influencia inglesa, temida por franceses y alemanes, podría empujar a España a apoyarse también en Italia, para impedir que la influencia de esas primeras potencias se transformase en exigente tutela, especialmente en Marruecos.

Lo que la Italia fascista más temía era que España se apoyase en alguna potencia alejada del Mediterráneo y por lo tanto, no determinante en cualquier juego de equilibrio. Esta preocupación es evidente en un informe del cónsul general en Barcelona sobre la visita de una división japonesa en Barcelona, informe de fecha 19 de mayo de 1934 (1476/107, A./49) y dirigida a la Embajada en Madrid y al Ministerio de Asuntos Exteriores. En este informe es evidente la preocupación porque la visita de dos cruceros japoneses, en viaje de instrucción en el Mediterráneo, tuviera un significado político.

> «Vale la pena mencionar la importancia que le dieron a esta visita las autoridades locales, importancia que no parece estar justificada, tanta, que no hay quien no se asombrara de la acogida oficial extraordinariamente calurosa que se les hizo a los marineros japoneses.
>
> »Para recibir a la división japonesa, el Gobierno español envió el acorazado Jaime I; el ministro de Japón en Madrid y el Ministro de la Marina, el Sr. Rocha, llegaron a Barcelona y se quedaron durante toda la duración de la visita. Realizadas las visitas protocolarias, el Estado Mayor de las naves japonesas fue a la tumba

del señor Macià, donde esperaba el Presidente de la Generalidad en persona, y depositaron una corona de flores con los colores nipones.

»El Ministro de la Marina, para devolver la visita que se le hizo a bordo del Jaime I, condecoró con la medalla al Mérito Naval español a algunos oficiales japoneses.

»Durante la estancia de la numerosa división, se hicieron banquetes y ceremonias oficiales en las que estuvieron casi siempre presentes a la vez el Presidente de la Generalidad y el Ministro de la Marina. Los banquetes fueron ofrecidos por el Ministro de la Marina, por la Generalidad (en el restaurante de Montserrat), por el almirante japonés, por el Ministro Plenipotenciario del Japón, por el alcalde, y el comandante de la división militar ofreció un almuerzo. También se llevó a cabo una función de gala en el Gran Teatro del Liceo, y una revista militar de la compañía de desembarco japonés, que tuvo lugar en la Calle de Tokio, en agradecimiento al Ayuntamiento de Barcelona por haber dado este nombre a una calle de la ciudad para esta ocasión.

»A las 8 horas del día 8 del corriente, los barcos zarparon de Barcelona, poniendo así fin a una visita que ha despertado mucho asombro por los episodios que la caracterizaron y que interesó a la población, la cual señaló que, a pesar de todo, la visita de la tripulación no había dejado el más mínimo beneficio económico a la ciudad, porque la tripulación tenía prohibido realizar compras, e incluso simplemente sentarse en un café.

»Después, a bordo de los barcos se instaló una tienda de objetos japoneses que los visitantes y huéspedes estaban moralmente obligados a comprar.

»Otro detalle digno de mención, y que puede explicar la razón de tan cálida bienvenida por parte de las autoridades catalanas «muy sensibles en esto», fue que el mando japonés, en las diversas comunicaciones enviadas a las autoridades locales, tanto para anunciar la llegada, como durante la permanencia de los buques en el puerto, ha usado siempre y exclusivamente la lengua catalana».

Los alemanes con sus bellos uniformes, los británicos con sus bandas, los franceses con su seducción, bastaban para preocupar a los observadores de Roma. Y se sumaron, en mayo de

1934, incluso los japoneses con su diplomático catalán. Mussolini tenía que empezar a pensar que el cortejo a España ya era suficiente. Visto que la escala de seda no descendía por la ventana de Verona[11], arrojó a un lado la mandola y se preparó para actuar como un matón. Franco iba a ganar pronto y sería un amigo para la Italia fascista menos cauteloso que Primo de Rivera. Rechazado por Francia, llega a acuerdos con Hitler, anticipando el reparto del botín así: las Baleares para Italia y Marruecos para Alemania.

Capítulo IX. La ocupación italiana

COMO VIMOS en el capítulo anterior, en 1935 el diario de Juan March, *El Día*, se puso a disposición de Italia, o mejor dicho, del Gobierno italiano. Muchos notables de Palma estaban en buenas relaciones con el Agente Consular de Italia de esa ciudad[12], y un fascista.

El 9 de mayo de 1936 la sección Renovación Española de Palma encargó al agente consular italiano que transmitiera sus felicitaciones «al Duce y a la Nación hermana», y el 13 del mismo mes el Círculo Tradicionalista de Palma dirigía a ese agente consular comentarios similares.

El 19 de julio, Palma de Mallorca estaba en las garras del golpe de estado fascista. El gobernador se negó a armar a las

[11] Alusión a *Romeo y Julieta*, obra de W. Shakespeare. [N. de la T.].
[12] El cónsul general en Barcelona, escribió 23 de noviembre de 1935 (N. 396 B.A. 37) a dicho agente consular: «el entendimiento con el Sr. Tous Ferrer puede resultar extremadamente útil, teniendo en cuenta sus sentimientos, para que publique los artículos que este Consulado general envía». [N de la ed. italiana].

organizaciones de trabajadores[13] CNT y UGT, y la heroica huelga general, que duró 22 días, no hizo sino aumentar la ferocidad de la represión.

La Falange Española empezó a administrar aceite de ricino, y llevó a cabo detenciones en masa, pero fue con la llegada de los fascistas italianos que comenzó la represión despiadada, los edictos terribles y la cara derrota.

La ocupación italiana ha sido, y es, el factor principal del triunfo fascista en las Islas Baleares. Desde el inicio del movimiento fascista en Mallorca aparecía semanalmente en la isla un hidroplano italiano que realizaba el servicio postal entre Palma y Génova, y fue utilizado en los frecuentes viajes del hijo de Juan March, el cual, con el marqués de Sayas, organizó la intervención italiana. Pronto aparecieron los bombarderos trimotor y los cazas italianos. El 17 de marzo de 1937, un corresponsal de *Agence Espagne*, de regreso de las Islas Baleares, declaró:

> «Palma de Mallorca es una base de aviación controlada por oficiales italianos. Esta base tiene unos quince hidroaviones, que desembarcaron el 23 de febrero pasado del buque italiano Adriático, de 5.500 toneladas y cuyo puerto de origen es Trieste.
>
> »En cuanto a los aviones, hay 46 bombarderos del tipo Breda, trimotores de 9 cilindros y 9 estrellas. El motor es de la marca Alfa Romeo (Pegasus) de 550 caballos de fuerza cada uno, refrigerado por aire. Estos aviones tienen ametralladoras de un calibre de 12,7 mm. Pueden transportar 2.000 kg de bombas en dos compartimentos verticales a la derecha y a la izquierda. La longitud del aparato es de 15,05 m. Con una carga de 2.000 kilogramos de bombas, el radio de acción de los aviones es de 1.100 kilómetros.
>
> »Por otra parte, la base marítima de Palma cuenta con nueve hidroaviones del tipo Macchi MC 77, con una longitud de 9,07 m, que pueden contener un equipo de 4 hombres.

[13] Ver: M. Pérez, *Mallorca bajo el terror fascista*, ed. CNT, Valencia, 1937. [N. de la ed. italiana].

»La bahía de Pollensa tiene una base de hidroaviones, donde están anclados: 7 aparatos del tipo Piaggio P. 16, aparatos bombarderos pesados en duraluminio, 3 motores radiales Stella. 4 con potencia de 610 caballos cada uno y una longitud de 10,03 m»[14].

Le Journal de Barcelona (24/1/37) publicó la siguiente información debida a un observador directo:

«El material y los pilotos son exclusivamente italianos.

»De 150 pilotos, sólo hay dos españoles. Los aviadores italianos no ocultan su identidad ni su grado; están vestidos con monos en los que se destacan abiertamente las insignias del fascismo italiano, y llevan un gran pañuelo con los colores italianos.

»Excepto uno, son oficiales regulares de la armada italiana, formados en Lonate Pozzuolo. Están comandados por un coronel que tiene bajo sus órdenes a un mayor y cinco capitanes. Todos los demás son tenientes, y la cantidad de sub-oficiales es mínima. Todos están alojados en el Grand Hôtel y en el Hotel Alhambra.

»El número de oficiales proporcionalmente mayor al número de aviones, se explica por el hecho de que muchos de estos oficiales están allí para estudiar las condiciones y la organización de un bombardeo aéreo de la costa española.

»El aeródromo se encuentra al sur de Palma, en dirección a Molinar, y está perfectamente equipado con hangares, en su mayoría astilleros de reparación.

»La hidrobase está en el mismo puerto de Palma, que es perfecto para este uso. Los hidroaviones se almacenan en los hangares de mercancías del muelle de la aduana.

»Dos aviones están siempre en el agua listos para volar inmediatamente. La verdadera hidrobase de la isla está en Pollensa. Fue construida bajo el pretexto de servir a la línea semanal Roma-Cagliari-Pollensa. El verdadero propósito de esta base es el de permitir la concentración de los hidroaviones que Italia tiene dispuesto (ya camuflados) en Cerdeña, en previsión de un bombardeo aéreo de Barcelona y de toda la costa de Cataluña»[15].

[14] En francés en el original. [N. de la T.].
[15] En francés en el original. [N. de la T.].

Hay que añadir que un avión italiano realiza tres veces a la semana el trayecto de ida y vuelta Roma-Palma.

La marina italiana también está en el primer plano. En los primeros días del golpe fascista, un buque mercante italiano, escoltado por un crucero ligero, desembarcó material de guerra en el puerto de Palma. En aquel puerto estaban anclados, desde el inicio del movimiento, un acorazado y tres cruceros ligeros italianos, que protegían el contrabando de armas. Las tripulaciones de esos barcos caminaban por las calles de Mallorca junto a las señoritas de la Falange y cantaban *Giovinezza*[16]. La reocupación de la isla de Ibiza la llevaron a cabo tres buques mercantes de la Compañía Transmediterránea (Ciudad de Palma, Jaime I y Mallorca) repintados en negro y con bandera italiana[17]. Los escoltaban tres navíos de guerra italianos, y con los falangistas y los mercenarios del Tercio, desembarcaron los marinos italianos al mando del *Conde* Rossi.

Los buques de guerra facciosos se abastecieron en la isla de Asinara (Cerdeña) y tres petroleros italianos se aprovisionaron de benzina fabricada en Pollensa y Palma. Todas las tropas y la milicia estaban equipadas con el rifle italiano modelo 91, y en Mallorca se organizó, bajo la dirección de técnicos italianos, una fábrica de armas. Casi todas las ametralladoras eran Breda.

El control de pasaportes lo hacían los italianos, las cartas enviadas a Mallorca se franqueaban con sellos italianos y estaban bajo el control italiano en la aduana de Mallorca.

El 14 de marzo de 1937, Valencia[18] captaba el siguiente mensaje radiotelegráfico directo desde Palma, dirigido al representante diplomático italiano ante general Franco:

---

[16] *Giovinezza* (Juventud) fue el himno, entre 1924 y 1943 del partido fascista de Mussolini. [N. de la T.].

[17] El Ciudad de Palma cambió su nombre por el de Calabria. [N. de la ed. italiana].

[18] A causa de la guerra, el gobierno de la República se había trasladado de Madrid a Valencia. [N. de la T.].

«El Almirante Viacchini, de la escuadra italiana, está a punto de salir de permiso. Le ruego a S. E. que haga todo lo posible para que el Almirante continúe su servicio aquí, porque ha hecho en Palma un trabajo digno de atención, teniendo en cuenta la importancia que tiene esta isla como base aérea y naval. Dado que el Almirante debe ser relevado el lunes, urge solucionar este problema».

Las intenciones, la voluntad de conquista, no pueden ser más evidentes.

El misterioso *Conde* Rossi, dictador de Mallorca, podría, como dijo en un discurso pronunciado en Manacor, anunciar la conquista de Cataluña y la instauración del régimen fascista en toda España.

Conclusiones

ESTAS CONCLUSIONES no pueden ser ni un resumen ni una síntesis. Los hechos expuestos, los documentos reproducidos, son lo suficientemente elocuentes para que el lector llegue, por sí mismo, a una conclusión.

La política diseñada para dejar a Mussolini libertad de acción en España tiene como consecuencia el aumento de la megalomanía imperialista del dictador. El dominio fascista en el Mediterráneo se está convirtiendo en un hecho y Mussolini podría incitar a Egipto contra Inglaterra, y a Túnez, Argelia y Marruecos contra Francia, mientras refuerza el poder colonial italiano en Trípoli y Etiopía.

He recogido algunos documentos. Este libro no pretende ser un dosier, pero lo pongo a disposición de la opinión pública.

No soy imparcial, porque soy un proscrito desde hace once años y estoy en medio de la refriega. Creo que es aplicable a este libro el aforismo del profesor Gaetano Salvemini: «La imparcialidad es un sueño, la honestidad es un deber».

He tenido en las manos documentos que, con un poco de malicia periodística, me habrían permitido hacer de este libro-dosier un panfleto de gran éxito.

He preferido ser escrupulosamente honesto. No presumo de haber hecho una obra de historiografía, pero tengo la certeza de haber usado los documentos, recogidos con laborioso escrutinio, de los archivos del Real Consulado General de Italia en Barcelona, con la escrupulosidad de un historiador honesto.

MUSSOLINI Y LA PRENSA ANTIFASCISTA[69]

LOS DECRETOS, ahogando completamente la libertad de la prensa italiana, no han sido sino la normalización de un sistema de violencia contra tipografías, redacciones, periodistas y periódicos. Mussolini, que había protestado violentamente contra la censura impuesta por el gobierno de F. S. Nitti y que se había declarado repetidamente por la más amplia libertad de prensa, en el otoño de 1920 comenzó a exaltar las devastaciones, los incendios, las palizas sangrientas, los secuestros arbitrarios, las intimidaciones a mano armada. En suma, todo cuanto podía contribuir a acabar con la prensa de oposición al fascismo.

El diario social-democrático *Il Lavoro* (*El Trabajo*) de Génova, protestó por el incendio del *Lavoratore*, diario socialista de Trieste, y *El pueblo de Italia* (*Il Popolo d'Italia*), órgano personal de Mussolini, amonestó (número 26 de octubre de 1920) al periódico protestante, amenazándole con una represalia análoga.

El diario socialista de *Gallarate* (Milán) *La Lotta di clase*, expresó la duda de que la destrucción del «Diana» (consecuencia de un atentado anarquista de protesta contra la arbitraria detención de Malatesta, de Borghi y de otros camaradas) fuera debida a los fascistas. *Il Popolo d'Italia* (2 de abril de 1921) publicó un comentario en el cual se amenaza con plomo y petróleo en el caso de no hacer una retractación.

Mussolini, en un artículo de fondo suyo (número del 29 de mayo de 1921) en respuesta a algunas polémicas, acerca de algunas declaraciones suyas de tendencia republicana, con periódicos liberales-monárquicos, reclama la devastación y el incendio del periódico católico de Údine, *Il Friuli*, ocurrida el 16 de mayo de 1921: «¿Quién puede impedir que la suerte co-

[69] Extraído de *La Revista Blanca*, 1-2-1932.

rrespondida a un periódico popular del Friuli, no deba corresponder también a alguno de los más venenosos y abyectos periódicos antifascistas del liberalismo italiano? Ciertos gusanos están aplastados y ciertos tumores ya están quemados».

Polemizando con el periódico liberal de Roma *Il Paese*, *Il Popolo d'Italia* escribía al día siguiente: «*Il Paese* es un periódico burgués, de aquella burguesía asquerosa que tiene a su mesnadero *Cagoia*[70] (Nitti) y que nosotros, fascistas, deberemos combatir con el hierro y con el fuego, por cuanto representa un elemento de desintegración y de corrupción de la vida nacional».

El 18 de abril de 1922 el diario de Mussolini amenaza con repetir la destrucción del *Avanti!:* «si el *Avanti!* no cesa en su idiota y nefanda obra de provocación, el 30 de abril las calles de Milán serán ocupadas desde por la mañana a la tarde por muchos miles de fascistas, decididos a celebrar —aunque con un ligero retraso— el tercer aniversario de su primera batalla y de su primera victoria».

El *Avanti!* es destruido a principios de agosto y Mussolini escribe al *Fascio* de Milán una carta difundida por la Oficina de Prensa del Partido Fascista, en la cual la adhesión es completa: «Las acciones de represalia que habéis desencadenado tienen mi incondicional aprobación; si hubiera estado yo en Milán habría trabajado en preparar una represalia en escala más extensa aún». (*Popolo d'Italia*, 6 de agosto de 1922.)

La destrucción del *Avanti!* es un frecuente motivo de complacencia para el *Popolo d'Italia*. En un suelto titulado «Honor a los fascistas milaneses» (2 de septiembre de 1922) se habla de un número único ilustrado pro-*Avanti!*: «los legionarios milaneses reciben en otro lugar, en la misma publicación funeraria, la exhortación a su obra. Hay muchas y diversas fotografías que establecen claramente que después de la obra de santa venganza no ha sido tan ineficaz y reducida como había parecido en un

[70] Cobarde. [N. de la ed.].

principio. Hay muchos escombros a la vista en aquellos grabados. Por lo demás, lo más y lo mejor será en otra ocasión».

El 22 de noviembre de 1922 (Mussolini se halla en el gobierno), polemizando con el *Avanti!*, se invita a los fascistas a «la devastación de las máquinas y a la destrucción de las copias del periódico, no ya como un acto de vandalismo, sino como una urgente, necesaria e indispensable operación de higiene nacional».

En abril de 1923, las iras del *Popolo d'Italia* se revuelven especialmente contra el diario socialista unitario de Milán, *La Giustizia*. En el número del 8 de abril dice: «Este periódico que se está convirtiendo en un libelo, abusa de la paciencia del Fascismo. Vemos que ya se acerca el día en que se despertará tal reacción entre los fascistas, que no serán bastantes los desmayos, los lamentos ni los llamamientos desesperados del temor, para salvarle de un fin prematuro».

En el número del 20 de abril escribe: «El objeto de estos cálculos míos es claro y lo confieso. Quiero demostrar con ellos que si un día u otro el lobo fascista entrara en el redil unitario, que es el más puerco de todos, ningún pastor en el mundo tendrá derecho a protestar».

En septiembre de 1924, el *Popolo d'Italia* se lanza particularmente contra el *Corriere della Sera*, el gran diario liberal-conservador de Milán: «¿Se quiere la tragedia?... Cualquier cosa que sucediera, el ánimo de los fascistas quedará exento de responsabilidad» (10 de septiembre de 1924). En diciembre de aquel año (n.° del 19 dic.), se excita a la destrucción del mayor diario italiano: «No basta protestar contra el *Corriere della Sera*. ¡Es preciso herirlo en sus partes vitales!».

En enero de 1925, un corresponsal de *Firenze* (*Florencia*) magnifica la destrucción del diario conservador-masón *Il Nuovo Giornale* (31 diciembre de 1924): «...Hay quien vigila, se guarda y da la voz de alarma apenas la casa de los reptiles se decide a moverse. ¡Y entonces con los dolores! Así como acaeció el 31

de diciembre de 1924, fecha que nadie olvidará, ni los fascistas —para los cuales señala un retorno a los soberbios entusiasmos de las horas heroicas— ni los antifascistas... Podrán seguir otras fechas más hermosas (o más terribles, según los gustos): esto dependerá del desarrollo de los acontecimientos, del cambio de la situación en algún modo y del mudar más o menos de sistema por cierta gente de nuestro conocimiento. ¡Veremos!» (Número del 13 de enero de 1925).

Toda vez que el *Popolo d'Italia* es el órgano personal de Mussolini, bastarían los casos citados para demostrar su grande y continua responsabilidad en las devastaciones de los periódicos antifascistas o no lo suficientemente aduladores, pero, para completar el cuadro, creo oportuno exponer alguna otra prueba.

César Rossi (uno de los más autorizados jefes del fascismo, emigrado a Francia después del asesinato de Matteotti, por enemistad con Mussolini y detenido mediante una estratagema, y condenado a veinte años de cárcel) recuerda en sus memorias que, ocurrida, en el otoño de 1923, la devastación de la tipografía Zerboni de Milán, habiendo él provocado una indagación del *Fascio* y un voto de deploración del Directorio Nacional, al día siguiente le dijo Mussolini que se conmovía demasiado, porque «la invasión llegaba a propósito, pues habría servido para poner sobre aviso a los tipógrafos que estuvieran dispuestos a imprimir para los adversarios en la inminente lucha electoral». A cuanto afirma Rossi, en marzo de 1924, Mussolini ordenó al prefecto de Nápoles que suspendiese toda vigilancia al diario *Il Matino*, que se hallaba en pugna con el «duce» para la formación de la lista Nacional de la Campania, para hacer posibles las incursiones de los fascistas oficiales, y fue Mussolini a ordenar las violentas demostraciones del 7 de abril, de aquel año, contra el *Corriere della Sera*.

Mientras ordenaba secretamente las violencias contra las tipografías, los periódicos y los periodistas de oposición, Mussolini hacía *oficialmente* el papel de «normalizador». El 4 de

noviembre de 1922, declaraba al comité directivo de la Federación Nacional de la Prensa que habían circulado órdenes precisas para impedir aquellas violencias (*Il Popolo d'Italia*, 5 de noviembre 1922). El 19 de junio de 1924 el *Giornale d'Italia* anunciaba que el gobierno había comunicado órdenes contra los asaltadores de los periódicos de oposición.

¡Todo ello no era sino humo! Aún en 1925, el *Popolo d'Italia* (1 de enero) escribía, después de la devastación del *Nuovo Giornale* de Florencia: «Frente al malvado, continuo e innoble escándalo de la prensa de oposición, la repetición de actividad del Fascismo no puede extrañar. El Fascismo no podía aceptar como un San Sebastián la muerte lenta bajo una lluvia de flechas envenenadas. Debía llegar el día de lo insoportable, el día de la legítima defensa... El fuego que ha alumbrado a *Florencia*, ¿por quién fue encendido sino por la prensa de oposición que desde hace seis meses lanza llamas por toda Italia?».

No pudiendo impedir la salida de los periódicos de oposición, el legionarismo fascista operó extensamente en la más o menos sistemática destrucción de las copias de aquellos periódicos. o asaltando los vehículos de la expedición o substrayendo los paquetes en las estaciones, en las oficinas de correos y en las imprentas. Estas empresas terminaban casi siempre con un fuego de artificio en tomo al cual los camisas negras se entregaban a danzas y a cantos de peligrosa embriaguez.

Por lo general, *Il Popolo d'Italia* guarda silencio sobre estas empresas, pero cuando habla de ellas, su complacencia es evidente. Basten estos ejemplos. He aquí una correspondencia (n.° del 7 de octubre de 1921): «Esta mañana el periódico libelesco (*Il Mondo*) ha encontrado digna sepultura en las aguas del Tarento. ¡Yace sepulto!». Un corresponsal turinés, anunciando la destrucción de numerosos paquetes del diario liberal *La Stampa*: «Después de cuanto ha sucedido, nuestras palabras no pueden ser más que de deploración por el odio vertido por *La Stampa* en estos últimos tiempos sobre el fuego de las

pasiones políticas. El gesto de los fascistas turineses es sacrosanto y comprensible por todos».

No ha sido escrita todavía la historia de la prensa fascista. Se verán páginas heroicas. Se verá cuánto valor, cuánto espíritu de sacrificio ha exigido no sólo el conducir campañas, sino también el simple envío de correspondencias. La prensa fascista siempre ha estado llena de intimidaciones, a las cuales seguían casi siempre las palizas, cuando no era el asesinato. *Il Popolo d'Italia* ha dado siempre el ejemplo de este «estilo». He aquí algún ejemplo entre los numerosos. Revolviéndose contra el escritor Marco Ramperti, colaborador del *Secolo* de Milán, escribe (n.° del 24 de noviembre de 1920): «...En cuanto a las pullas satisfactorias con que el antedicho señor adorna su *prosita*, que esté con cautela, porque los fascistas son capaces de romperle la filiación de manera definitiva».

El 3 de enero de 1921 es apaleado brutalmente en la calle, en Lucca, y apaleado nuevamente en el tren, el abogado G. Panunzio, director del periódico *La Russia dei Soviety*. *Il Popolo d'Italia* (n.° del 4 de junio) comenta: «Los estacazos fascistas propinados sobre sus espaldas están y estarán muy bien colocados». Con el título: *¡Estacazo y réplica! Una leccioncita al escriba de Dronero*, el diario de Mussolini (n.° del 26 de agosto de 1922), anuncia que cierto Lanternini, que había atacado a los fascistas en el *Progresso di Dronero*, ha recibido «una pronta y justa lección» de los fascistas de Cuneo, y termina el suelto con estas palabras: «¡El incidente está terminado...!».

El antiguo publicista socialista Paolo Valera, que había sido durante varios años amigo íntimo de Mussolini, publica artículos antifascistas en *Il Martello* de New York. *Il Popolo d'Italia* (4 de octubre de 1922) lo amenaza así: «...el ojo del fascismo llega lejos. En cuanto a la mano del fascista, más lejos aún. Acuérdese ese viejo fantoche de Paolo Valera que nadie insulta impunemente al fascismo, ni aun desde Nueva York. Y si le

importa enviar al caballero Larghi —inspector del cementerio— su esqueleto intacto, que se conduzca en consecuencia».

En un suelto contra *Il Mondo* de Roma, en el mismo número: «¿Quieren saber los demócratas del *Mondo* cuál es nuestro programa? El de romper los huesos a los demócratas del *Mondo*. Y esperamos hacerlo pronto».

Atacando a *La Libera Stampa* de Lugano por una correspondencia de Italia de un tal Petronio (n.° del 9 de marzo de 1923): «...Advertimos, además, a los redactores de *La Libera Stampa* —que bien sabemos por qué van con frecuencia al otro lado de la frontera— que no se encuentren nunca y que no sean *individualizados* por algún fascista. Y a Petronio le decimos: "En guardia, 'compañero'. ¡Ciertas bellaquerías se descuentan antes o después, pero se descuentan amargamente!"».

También los caricaturistas son la bestia negra del *Popolo d'Italia*. He aquí dos advertencias contra Scalarini, del *Avanti!*: «Entonces, visto y considerado que en el *Avanti!* no hay ya quien tenga el buen sentido de llamar a Scalarini y pedirle si "no se avergüenza de concebir y de hacer ciertos dibujos", será oportuno que el embadurnador sepa que sus porquerías son vigiladas, y que si cree hallar el camino libre para las mismas, puede decirse que se equivoca. Y que se equivocan sus cómplices lo mismo que él. Esto no es una amenaza, sino una simple advertencia».

En el n.° 6 de junio de 1923: «La prosa bellaca y las inconvenientes viñetas del dibujantillo del *Avanti!* son tenidas en cuenta y no es propio el decir que la tolerancia fascista carezca de límites...» (N.° del 11 de noviembre de 1923).

Con evidente complacencia el *Popolo d'Italia* (7 de septiembre de 1924) se refiere a la agresión súbita a Piero Gobetti (conocido escritor político, crítico de arte y editor) por parte de algunos mutilados turineses irritados por un artículo suyo sobre Carlo Delcroix, gran mutilado de guerra adulador del fascismo. La susceptibilidad del diario de Mussolini es enorme. El

novelista Pitigrilli escribe: «Existe gente hábil que va a trabajar al extranjero para formarse un *capitalito* y venir con él a pasar la vejez en Italia. Yo me formo un *capitalito* en Italia para ir a vivir al extranjero».

Un redactor del *Popolo d'Italia* arremete (número del 27 de septiembre de 1925) contra un artículo violento que termina con una amenaza de muerte: «Si verdaderamente el menguado-obsceno quiere irse lo más pronto a... Palestina, no tiene necesidad de esperar por el *capitalito*. ¡Hay otros caminos para llegar a la meta! Entre otros existen los... fascistas (rápidos, rapidísimos) y basta solicitarlos para obtenerlos, y para obtenerlos en seguida».

El diario de Mussolini respira el furor de Mussolini que, en su papel de Presidente del Consejo, tenía que refrenar muchos de sus desfogamientos. Y existen elementos para demostrar esta directa responsabilidad.

Il Popolo d'Italia del 7 de diciembre de 1922 publicaba en primera página un suelto en letra negrilla con el título «Aviso para reflexionar» dirigido a los diarios socialistas y más especialmente a *La Giustizia*: «Es hora de pedir a estos señores que la dejen. La revolución fascista ha sido generosa. Pero ¡ay! si los jefes del socialismo o del comunismo abusan de ella. La revolución fascista no ha procedido a ejecuciones sumarias —y podía hacerlo muy bien —, pero cuidado con los malos pasos, antiguos canallas del socialismo italiano. Lo que no ha ocurrido podría ocurrir, porque, recordadlo bien, la revolución fascista apenas ha comenzado...».

Il Nuovo Paese de Roma, aprobando y reproduciendo este suelto, advertía que el propio suelto había sido escrito mientras se hallaba Mussolini en la redacción del *Popolo d'Italia* de paso para Milán. Y el *Popolo d'Italia* del 8 de diciembre de 1922 reproducía la noticia.

Que el 22 de febrero de 1924 ordenase Mussolini al teniente Guido Narbona, entonces vicesecretario del *Fascio* de Turín, una

«severa lección fascista» a Piero Gobetti, cuya actividad antifascista se hallaba circunscrita casi únicamente a *Rivoluzione Liberale*, revista de cultura y de crítica histórica y política, es muy creíble, puesto que se posee el autógrafo del siguiente telegrama de Mussolini al prefecto de Turín: «Se me informa que el conocido Gobetti ha estado recientemente en París y que está en Sicilia. Ruego informarme y vigilar para hacer nuevamente difícil vida este necio opositor gobierno y fascismo».

Mussolini, Presidente del Consejo, se ocupa al fin de los suscriptores de los periódicos de oposición. Una memoria de Rossi refiere: «...diariamente el comandante Fasciolo tenía la orden, a indicación de Mussolini, de enviar a los *fascios* locales los nombres de los suscriptores de la *Voce Repubblicana*, del *Avanti!*, de la *Unità*, de la *Italia Libera*, etc., etc., a fin de que fuesen purgados y apaleados...». Llegando tales listas, desde Roma, a los *Fascios* locales, las sistemáticas violencias contra los lectores de los periódicos de oposición y la correspondiente neutralidad de la fuerza pública y la indulgencia de la magistratura hacia los culpables de aquellas violencias, se explican perfectamente.

A un telegrama que le envió el honorable Barzilai, presidente de la Asociación de la Prensa, saludando en él al «colega» ascendido al gobierno, Mussolini contestaba el primero de noviembre de 1922: «Vencidas las condiciones del excepcional momento, intento salvaguardar la libertad de prensa, con tal que la prensa sea digna de la libertad. La libertad no es sólo un derecho, pues también es un deber». (*Popolo d'Italia* del 2 de noviembre de 1922).

El 4 de noviembre declaraba al comité directivo de la Federación Nacional de la Prensa que no intentaba aplicar medidas restrictivas de la libertad de Prensa (*Popolo d'Italia* de 5 de noviembre de 1922) y lo afirma de nuevo en el Consejo de ministros del 8 de noviembre. Pero el temor de la Prensa de oposición, que no desarmaba, era demasiado grande. Y el 6 de

diciembre del mismo año, *Il Popolo d'Italia* revela las intenciones restrictivas del Gobierno: «... El problema de la Prensa —especialmente la romana— comienza a preocupar al Gobierno... Así no se puede ir adelante. Los ambientes fascistas más próximos al Gobierno están decididos también a poner una disciplina a los periódicos. Ante el espectáculo de inconsciencia ofrecido diariamente por cierta prensa, nadie se sorprenderá si el Gobierno fascista impone la censura o adopta medidas más severas aún».

Il Popolo d'Italia, durante todo el año 1923, incitó al Gobierno a apretar los frenos. ¡Mussolini azuzaba a Mussolini!

Comentando la suspensión del periódico humorístico socialista el *Asino* (*Popolo d'Italia* del 14 de diciembre de 1923): «Ahora la autoridad política ha dicho que basta y ha dicho bien, porque también para las carroñas existe un límite. Y cuando se encuentran insepultas, se entierran. Pero más que todo ha dicho bien precisamente por aquellas *humanísimas y generosas* razones de orden público sin las cuales los grandes bellacos del *Asino* estaban a punto de pasar de los verdaderos límites, no sólo políticos, sino también personales. La medida estaba colmada y se desbordaba a poco, y bien lo saben los que han *ordenado* —en estos últimos tiempos, obedeciendo superiores disposiciones— el *estar firmes y no moverse*. Los escritores y los dibujantes del *Asino* tienen hoy una sola cosa que hacer juntamente con los del *Avanti!*: *dar gracias a la autoridad política por el procedimiento tomado*».

En marzo de 1924, Mussolini, contestando al *Avanti!*, anunciaba nuevos giros de vidas. (*Avanti!*, 25 de marzo de 1924.) El crimen Matteotti fue el último empujón hacia la abolición de la libertad de Prensa. En aquellos días, el Despacho de Prensa de la Presidencia del Consejo, comunicaba: «Algunos periódicos se dedican desde hace muchos días a publicar una serie de noticias y de rumores que turban a la opinión pública y que pueden entorpecer la instrucción de la justicia que sigue su curso

de un modo inflexible. El Gobierno reclama a la Prensa el deber del necesario control acerca de las noticias infundadas o de especie alarmista a fin de evitar la aplicación de procedimientos necesarios para salvaguardar al espíritu público de maniobras no siempre desinteresadas». (*Popolo d'Italia* del 17 de junio de 1924.)

Que Mussolini ha acabado con la moribunda libertad de Prensa para sofocar el escándalo provocado por el crimen Matteotti, ha sido reconocido por el mismo *Popolo d'Italia* (1 de marzo de 1925): «Si no hubieran sido interpuestos los procedimientos restrictivos provocados, precisamente, por la interesada campaña periodística de los partidos de oposición, la tarantela macabra continuaría aún».

Fue en julio de 1924 cuando salió la ley fascista sobre la Prensa. Fue el fin completo de la Prensa de oposición. Y también la Prensa fascista tuvo el freno, siendo controlada estrechamente por Mussolini y por los jefes más autorizados.